

JUAN ESTEBAN CONSTAIN

Ningún tiempo es pasado



LITERATURA RANDOM HOUSE

Juan Esteban Constaín

Ningún tiempo es pasado

Literatura Random House

SÍGUENOS EN
megustaleer



Me Gusta Leer Colombia



@megustaleerco



@megustaleerco

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*Para Poncho Rentería y Enrique Santos Calderón,
la barra brava.
Für Patricia Salazar y Rachid Römheld.*

Introducción

Tengo un libro rarísimo que compré hace un par de años en Berlín: se llama *De mi diario de caza* (*Aus meinem Jagdtagebuch*) y lo publicó en 1912 Guillermo de Prusia, quien fue el último príncipe heredero de ese reino y del Segundo Imperio Alemán, y quien despliega allí, en una sobria edición ilustrada de tapas verdes, no solo su pasión por la caza como deporte y como destino por excelencia, desde hace siglos, de la nobleza y la realeza, sino también su concepción del mundo: su idea de lo que deben ser y son las cosas; su ingenua lectura de la realidad, “la historia anotó su nombre y lo empolvó...”, decía el poeta Hugo Gutiérrez Vega. De hecho no podría uno imaginarse hoy un libro de mayor incorrección política que ese, salpicado de fotos con animales recién cazados y muertos, con hombres blancos de sombrero, bigote y monóculo —la “civilización”, el horror—, y nativos de todos los colores en el África profunda sirviéndoles a los europeos y rodeándolos en sus faenas con una mirada que es al mismo tiempo de espanto y de curiosidad, casi de risa nerviosa y verdadera histeria. Hay una imagen de Victorio Emanuel III, el rey de Italia, ataviado con todos los arreos para salir a la jungla a matar. El pie de foto, escrito por el príncipe alemán mismo, dice: “El Rey de Italia presto al noble cumplimiento del deber”.

Como suele ocurrir siempre con esas imágenes europeas de principios del siglo xx, por lo menos las que llegan hasta 1914, hay en ellas un fulgor y una alegría incontenibles, un despreocupado entusiasmo que es el de la *belle époque* francesa: la vida como una celebración, el arte que brota por todos los poros del mundo. Se trata, sin embargo, y hoy ya lo sabemos muy bien, de un

esplendor terminal, del crepúsculo en la tarde de una civilización que se muere. ¿Cómo no se daban cuenta ellos mismos, los protagonistas de esas fotos, de que eso iba a pasar? ¿Cómo podían bailar tan irresponsables sobre la boca del volcán? Así hay también un fresco en Pompeya, de principios del siglo I, en el que una cantidad de gente sube feliz por el Vesubio sin imaginarse jamás que pronto iba a estallar, sin saber que las entrañas de esa montaña estaban listas a volar en mil pedazos. Es igual la humanidad en la víspera de la llamada “Gran Guerra”, la Primera Guerra Mundial: sonámbulos todos, como dice Christopher Clark en su magnífico libro sobre el tema, un libro que se llama justo así, *Sonámbulos*: sonámbulos todos camino del abismo.

Otro libro también excelente, *1913*, del alemán Florian Illies, cuenta mes a mes, casi día a día, cómo fue ese año de prodigio que parecía el “verano del siglo”: un año antes del horror, un año antes de que todo se acabara. En enero, en una misma tarde de invierno, están en la misma plaza de Viena tres jóvenes cuyos pasos debieron de cruzarse sobre la nieve: Hitler, Stalin y Tito. Desde Praga hasta Berlín le escribe cartas de amor desafortunadas Franz Kafka a Felice Bauer, y una noche tiene él la aterradora pesadilla de amanecer convertido en un insecto, entonces empieza a escribirla a la mañana siguiente. En febrero maneja a toda velocidad su carro el archiduque de Austria Francisco Fernando, sin saber lo que le esperaba al otro lado del camino, en Sarajevo, un año y medio después; debía de ir a veinte kilómetros por hora. En marzo le escribe Thomas Mann una carta a Jacob Wassermann en la que le dice: “El hallazgo de la responsabilidad y la irresponsabilidad en la guerra es un profundo descubrimiento poético...”. Se lo dice sobre la guerra de 1871, a la que los que la vivieron también alcanzaron a decirle “la Gran Guerra”. En abril, en *National Geographic*, publica Hiram Bingham las primeras fotos de Machu Picchu, el gran descubrimiento arqueológico con el que se ha iniciado el siglo: nada tiene más futuro que el pasado. En mayo

pelean Rilke y Rodin y en junio el pintor expresionista alemán Franz Marc pinta un cuadro que se llama *Los lobos* y que lleva un subtítulo enigmático: “La guerra en los Balcanes”. Se refiere a la del año pasado, la de 1912, en la que se enfrentaron el Imperio otomano contra Bulgaria, Serbia, Grecia y Montenegro. Pero es también como una profecía, pues a finales de ese mes una nueva guerra va a estallar allí mismo, como consecuencia directa de la anterior. Ahora son Serbia, Rumania, Grecia, Montenegro y el Imperio otomano los que se enfrentan contra Bulgaria: el orden de los factores siempre altera el resultado; cada victoria del pasado es una nueva ocasión para que los mismos actores, desde cuadros diferentes del ajedrez de siempre, vuelvan a matarse. Nunca hay botín suficiente para saciar tantas gargantas.

Ese es el panorama, esos son los tiempos a los que Stefan Zweig llama en sus memorias “los días de la seguridad”, o algo así: una especie de paraíso en el que el mito del progreso está cumpliendo todas sus promesas, corre el vino, suena el jazz, pintan los pintores y cantan los poetas y los novelistas se sientan a desenterrar la mejor forma de la vida que conocemos, la ficción, el tiempo hecho memoria y literatura como el agua que se escapa de las manos. En 1913 se publica el primer tomo de *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, y James Joyce toma notas, en Trieste, para una novela que empezará a escribir al año siguiente y en la que quiere contar todas las cosas del mundo, *Ulises*; allí mismo, en esa ciudad que es un cruce de caminos, Joyce le enseña inglés a Italo Svevo. Los augurios no podían ser mejores.

Pero la detonación de ese disparo absurdo en Sarajevo, en el verano de 1914, vino a cambiarlo todo, para siempre. Un fogonazo solo —dos, más bien, y ambos por error: ese error que a veces es el destino—, y fue como si a la alberca de la historia se le cayera un tapón y toda el agua empezara a salirse por allí, todos los conflictos que estaban reconcentrados y que bullían debajo de ese mundo en apariencia tan feliz pero que era el resumen de siglos enteros de decisiones mal tomadas, de imperios mal levantados y mal

liquidados, de pueblos envilecidos, de países mal inventados, de lenguas mal dejadas en el lado que no era, de razas y religiones que no se podían ni ver y que habían quedado condenadas a pertenecer a una misma quimera que no existía y que por supuesto tenía que explotar. Todo eso se desató en 1914: las torpezas de los diplomáticos europeos desde el Congreso de Viena de 1814 y 1815, o sea un siglo entero de torpezas; los enfrentamientos ideológicos heredados del siglo XIX, una guerra que se iba a proyectar como una sombra a lo largo de todo el siglo XX; los conflictos sociales entre una burguesía rebotante, una nobleza decadente y un proletariado enardecido, pero también los conflictos raciales, y étnicos, y políticos alimentados por prejuicios históricos, de lado y lado, que eran tan fuertes, o más, como las fronteras nacionales. Y detrás de todo eso el mito de la nación: la parroquia elevada a concepción del mundo, a última tabla de salvación para sobrevivir en un tiempo que vería por primera vez a los aviones volar. Y detrás de todo eso, también, lo que Ernst Cassirer llamó “el mito del Estado”: la maquinaria descomunal y avasalladora, que luego desembocaría en los totalitarismos de derecha y de izquierda, del Estado: el “Leviathan” hobbesiano, un monstruo que era como la vieja carcasa de las monarquías, pero ahora con mucho más poder y toda la técnica en sus manos, y una ideología para embrujar a las masas. Un pueblo, un líder, un imperio.

Quienes fueron a la guerra de 1914 creyeron que duraría poquísimos, un mes a lo sumo; muchos de ellos marcharon al frente cantando, sonrientes. Las trincheras les revelaron el horror y la trampa en que estaban metidos: en Verdún, en el Somme, en Ypres, en toda Europa ocurría el fin del mundo todos los días, durante esos cuatro largos años en que se apagó la *belle époque*. No en vano muchos de los grandes artistas de esa víspera memorable fueron al frente y allí combatieron y allí murieron o no, sobrevivientes del fin de los tiempos: el ya mencionado Franz Marc (que murió en 1916), pero también Ernst Jünger, quien vivió hasta los 103 años. Lo peor de la Primera

Guerra Mundial no fueron solo sus caídos y su desolación, no. Lo peor es que con ella, entre sus escombros, quedaron sembradas las semillas de todo lo que vendría después: allí está, allí sigue estando, el origen de nuestro tiempo, al menos una de sus partes más brutales. Allí están las causas de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo: la humillación de Alemania, el triunfo del comunismo en la Rusia de los zares, la crisis económica que fue el fertilizante perfecto para la aparición de los peores y más sanguinarios demagogos, la peste que en 1919 mató casi tanta gente como la guerra misma...

Y algo fundamental: la desaparición del Imperio otomano, cuyos vestigios y cuyas ruinas se repartieron, en el último aliento de su nostalgia imperial, las potencias victoriosas. Y lo hicieron muy mal. Esa nueva geografía nacida de la guerra es el inicio de muchos de los conflictos más graves de hoy, sobre todo, claro, en el Medio Oriente. O más que el inicio es su irremediable perpetuación, su desbordamiento, como si las estúpidas fronteras que trazó la diplomacia después de 1918 fueran a la vez de pólvora y de fuego, de sangre: líneas divisorias hechas en un mapa sobre una mesa de caoba en algún despacho occidental, con hombres muy solemnes decidiendo la suerte de un mundo que les pertenece y del que ignoran casi todo: quiénes están allí, qué lenguas hablan, a qué dioses les rezan.

Pero al mismo tiempo el siglo xx fue un salto exponencial en la historia de la humanidad: un salto demográfico, pues en menos de noventa años nuestra especie se quintuplicó y lo sigue haciendo, sobre todo en las zonas más pobres del planeta; un salto estético y sociológico, el de un mundo que se inicia casi con el recuerdo cercano de los daguerrotipos y llega hasta las selfis de hoy tomadas por un niño de cuatro años en su celular; un salto tecnológico, con más avances en un solo siglo que los que hubo quizás en los cuatro o cinco siglos anteriores, todos juntos. ¿Ha progresado nuestra especie? Sí y no, como solo se puede responder a una pregunta de ese tipo; todo siempre es sí y no, casi siempre. Según lo que entendamos por

“progresar”, además, según lo que cada quien crea que es mejor en cada época, y si avanzamos hacia una vida mejor o hacia el abismo. Esa es una polémica interminable, casi la línea divisoria de dos filosofías contrapuestas.

En términos objetivos hay quienes dicen, con las cifras en la mano, con los indicadores del caso, que nunca había estado mejor la humanidad: que nunca había vivido más largo, por ejemplo, o nunca había tenido más remedios para curarse, que nunca había habido tantos derechos reconocidos para tanta gente y en tantos lugares, y que nunca los niveles mínimos de bienestar habían sido tan amplios y tan democráticos, en el verdadero sentido de la palabra. Falta mucho, dicen quienes ven el vaso medio lleno, pero negar los avances es estúpido e injusto; falta mucho y siempre faltará más, pero cada día es una conquista sobre la enfermedad, la pobreza, el dogmatismo y el pesimismo. Carlo Franco, un historiador amigo y un sabio, un erudito italiano como ya quedan muy pocos, o ninguno, suele decir que hoy un obrero francés vive mejor que Luis XIV, el rey más poderoso e importante de Francia en toda su historia. En el plano de la vida cotidiana, dice él, en la posibilidad por ejemplo de tomar antibióticos cuando está enfermo o recibir agua caliente todos los días en su casa, no importa si es invierno o es verano.

Al mismo tiempo, sin embargo, ese relato del progreso como una profecía que se ha ido cumpliendo, como una epifanía, exhibe las grietas de un mundo que no ha podido desterrar del todo el hambre, la guerra y la enfermedad. Hay lugares que viven en el siglo XXI, y otros que a duras penas están “descasando” el siglo XV o el siglo XVI, o ni siquiera: hay lugares que parecería que en algunos de sus hábitos están saliendo del Neolítico. Es una exageración, sin duda, pero que sirve para mostrar cómo distintas versiones de la evolución pueden convivir en un mismo momento de la historia, cómo puede haber tantas caras tan distintas de un mismo tiempo, de una misma época y a veces en una misma sociedad, en un mismo lugar. Un paleoantropólogo francés, Jean-Jacques Hublin, acaba de publicar los

resultados de una larguísima y reveladora investigación que hizo durante años sobre un fósil humano encontrado en Marruecos. Según él, el *Homo sapiens* es por lo menos 100.000 años anterior a lo que hasta ahora se creía, y su línea evolutiva es mucho más rica, compleja y fragmentaria que lo que había postulado la ciencia hasta hoy. Eso quiere decir que en el largo camino de la humanidad, desde el principio, hubo retrocesos y caídas (obvio), pero quiere decir también, y sobre todo, que lo común en nuestra especie es esa suerte de convivencia temporal y cultural en la que no todas las versiones de lo humano dan la misma hora, ninguna ni siquiera da la hora exacta. ¿Pero a qué reloj creerle? Esa es la lucha por el poder en la historia, todo se interpreta según donde esté trazada la línea del meridiano 0.

A mí lo que me abruma, muchas veces que pienso en ello, es saber que el mar Mediterráneo es hoy un campo santo, una fosa común. De un lado están las playas de quienes van al mar a descansar, y del otro lado las naves infames y precarias de quienes abandonan su tierra, su cultura, su lengua, para sobrevivir si es que pueden. Ese problema, esa tragedia, excede por supuesto los azares y las casualidades de la geografía, y refleja las contradicciones y las trampas de un mundo que lo ha logrado todo y que sin embargo sigue arrastrando, a veces, los lastres del pecado original. Solo que ahora somos 7.500 millones de personas, cinco veces lo que éramos hace cien años, en un planeta amenazado de verdad por un desastre ecológico que nunca antes se vio. O quizás sí, quizás por eso ahora está tan de moda otra vez la “macrohistoria”: esos relatos desmesurados de la humanidad vista como un objeto arqueológico, y cuyo tiempo se mide en categorías dilatadas de miles de años, sin anécdotas ni hechos ni imperios ni nada, casi sin épocas. Un amigo economista dice que lo que le gusta de esos “modelos” es que son más bien “modelos termodinámicos”, estructuras físicas que no tienen mucho que ver con la historia misma sino con la evolución como una totalidad, como una abstracción, como la naturaleza en un juego de probabilidades.

Pero también la gente lee más novelas históricas que nunca, y más biografías, y más cronologías bien escritas y contadas como una novela: la memoria es por supuesto las dos cosas, la eternidad y el instante, la lenta y dilatada línea del destino del hombre y las pulsaciones de cada destino individual que la hacen vibrar a cada segundo, y otro más, y otro, y otro. Eso tiene de conmovedor y de bueno, y de malo, la historia: que no solo avanza hacia adelante sino también hacia atrás: que no solo va ocurriendo, sino que cuanto más progresamos más podemos saber de nuestro pasado, como si el ensanchamiento del horizonte dejara ver mejor lo que vamos dejando a nuestra espalda.

Este libro recoge algunas crónicas sobre temas históricos y sobre algunos personajes fundamentales para mí. Es una antología en el sentido exacto de la palabra: un florilegio, una suma de textos que fueron publicados sobre todo en periódicos y revistas, y que por eso mismo cargan consigo la fatalidad del periodismo que es la del tiempo y el espacio: la premura y el afán con que uno debe escribirlo todo, el reloj arriba como una espada de Damocles, y la obligación implacable de acomodarse a las cuartillas que son, ni una más ni una menos. Casi todo lo que está aquí en este libro fue publicado en el periódico *El Tiempo*, mi casa, a cuyo director, Roberto Pombo, le agradezco en el alma por su generosidad. Pero también me gustaría agradecerles a los editores, a quienes hicieron posible que estas páginas salieran por primera vez y las mejoraron tanto: a Andrés Mompotes, a Ricardo Ávila, a Paola Villamarín, a Bernardo Bejarano, a Pacho Celis, a María Paulina Ortiz, a Carlos Restrepo, a Julio César Guzmán, a Víctor Vargas. También les agradezco a Daniel Samper Ospina y Diego Garzón en la revista *SoHo*, a Fernando Gómez en la revista *Donjuan*, a Pilar Calderón en la revista *Diners*, a María Isabel Rueda y Fernando Gómez en la revista *Credencial*, a Paco Rodríguez en la revista de la Universidad del Rosario, a Mario Jursich Durán que me pidió el artículo sobre “Los Nuevos” y el Café Windsor. No puedo no

mencionar a mi querido amigo Eduardo Barajas, sin cuyo apoyo nada de esto habría sido posible.

Este no es un libro de historia: son historias, más bien: crónicas y perfiles que buscan desentrañar del pasado la novela que hay en él, la novela y el canto y el cuento. Porque ningún tiempo es pasado, como suele decirlo mi profesora Cinzia Crivellari, nada ocurre en vano, nada pierde del todo sus huellas. Y eso es lo que nos hace humanos, el hombre es un animal que recuerda aun cuando quiere olvidar. Menos mal.

Berlín, junio de 2018

CRÓNICAS DE LA GRAN GUERRA

La guerra en que nació el mundo en que vivimos

Era primero de enero de 1914 y parecía de verdad que ese año que apenas empezaba iba a ser uno apacible y feliz, muy feliz. Incluso las estrellas destilaban optimismo ese día, con Marte y Pólux brillando desde muy temprano en el cielo del norte. Varias ciudades europeas pasaron maravilladas la Nochevieja con el estreno del *Parsifal* de Richard Wagner, que durante dos décadas había sido objeto de un severo veto por parte de su autor para que no se tocara por fuera del Teatro del Festival de Bayreuth.

Pero ya era 1914, desde las cero horas, cuando sonaron las primeras notas del preludio de la ópera. El veto había caído: en Berlín, en Bolonia, en Praga, en Budapest, en Roma. La música sonó. En Barcelona se hicieron los sordos y empezaron media hora antes, a las 23:30 del 31 de diciembre de 1913: qué más daba, ya pronto sería un nuevo año para todos, un gran año. El periódico estadounidense *The Evening News* dijo en su editorial: “No ha habido tantos años en que los augurios de un buen año fueran tan brillantes como en este...”.

Hoy sabemos que debajo de esa ingenua placidez dormía un volcán a punto de estallar en mil pedazos, y que muy pronto su lava se iba a desbordar sin que nadie pudiera hacer nada para evitarlo. Se ve en las fotos de los que fueron a la guerra: la incredulidad y el aturdimiento, la nostalgia por el mundo que se les iba entre las manos. La *belle époque* dejaba de serlo; la calma de la víspera era la que antecede a las tormentas. La calma, el temporal, la tempestad. Tempestades de acero.

¿Qué ocurrió? ¿Cómo es posible que un mundo que parecía instalado para

siempre en sus conquistas y en sus triunfos se saliera de cauce, hasta el desastre? En lo que iba corrido del siglo xx había habido conflictos y problemas, sin duda, siempre los hay. Pero parecía que por fin la humanidad había llegado a la “altura de los tiempos”, a la cima: en la ciencia, en la política, en el arte, pocas veces las cosas habían estado mejor. Como dijo José Luis Comellas: sin hambre, sin peste y sin guerra.

Solo que tanta dicha pendía de un hilo: del sutil equilibrio que las potencias europeas, dueñas del mundo y enemigas históricas, habían logrado durante el siglo xix: ese “siglo largo” del que hablaba Eric Hobsbawm, y que según él empezó en 1789 con la Revolución francesa y terminó en 1914, justo con el inicio de la Gran Guerra. El siglo de la industrialización y la consolidación de los imperios coloniales, el de la exacerbación de los nacionalismos. El siglo de Marx y de Nietzsche, de Dickens y Garibaldi. De Bismarck y de Rosa Luxemburgo.

Desde el Congreso de Viena, en el que las grandes monarquías de Europa, de 1814 a 1815, redibujaron su mapa ante la derrota de Napoleón Bonaparte, la historia política y diplomática del siglo xix fue una sucesión agotadora de asambleas y congresos internacionales —en Verona, en París, en Londres, en Berlín— para garantizar la paz y el equilibrio del sistema.

Como en un juego de naipes o de ajedrez, en el que los dueños del mundo se lo repartían a golpes de audacia y sigilo. Como en una ruleta, también. Una ruleta rusa.

Pero si en el plano político la doctrina de Viena era conservadora y buscaba la restauración del viejo orden, o por lo menos su invocación nostálgica, como el fantasma que era, en el plano social y económico, y cultural, nuevas fuerzas se abrían paso y encontraban a codazos una grieta y un pedazo de luz. Eran fuerzas muy dispares, además: la de la burguesía triunfante, verdadero motor de la industria, el imperio y el capitalismo; la de los pobres del mundo, rebelados contra la industria, el imperio y el

capitalismo.

La de los anarquistas y los liberales, y los reaccionarios, y los socialistas, y los poetas, y los nacionalistas, y los románticos, y los opiómanos. La de aquellos que creían que su patria se merecía por fin un Estado, e incluso la de aquellos que creían que su Estado se merecía por fin una patria, por qué no. Revueltas por doquier y guerras que se hacían para que no hubiera guerras; imperios bajo cuya sombra se retorció un enjambre de pueblos e intereses que no siempre eran los mismos. Ni su lengua ni su religión ni su pasado.

De los viejos imperios coloniales, el de Inglaterra era el único que sobrevivía de verdad, invicto y opulento: dueño y señor del mar, su capital era entonces —y lo fue durante mucho tiempo más— la capital del mundo. Así que su política fue siempre defensiva, buscando el equilibrio en el continente europeo y cuidando, eso sí, que a nadie se le ocurriera tocar sus posesiones de ultramar. Más ahora que España y Portugal y Holanda se habían hundido; ahora que eran un recuerdo, un escombros.

Pero el problema estaba en el centro y en el este de Europa, donde aún humeaban, como brasas, las huellas de los ejércitos de Napoleón; huellas que borraría Bismarck. Allí Rusia buscaba acrecentar su poder —y lo hizo— a costa del Imperio otomano, que sin embargo había sido el incómodo garante, durante cuatro siglos, de la estabilidad imposible en los Balcanes y en el Medio Oriente. Pero los búlgaros querían su independencia, y los serbios, y los rumanos, mientras Austria mostraba impotente sus manos cansadas, ahora que el poder estaba en Berlín y no en Viena.

Esa es, sin duda, otra de las causas de la Primera Guerra Mundial: la manera en que Otto von Bismarck consolidó la unidad del Imperio alemán después de la guerra franco-prusiana (1870 a 1871), y las consecuencias para Europa que tuvo ese triunfo político y militar del Canciller de Hierro: el aislamiento diplomático de Francia, por un lado, y algo que empezó a preocupar en lo más profundo a Inglaterra, por el otro: el surgimiento del

apetito colonial entre los reyes alemanes y su pueblo.

Entre 1877 y 1878 —haciendo casi un recuento taquigráfico; nunca hay suficiente tiempo para el pasado— el Imperio ruso, otro viejo fantasma, derrotó al Imperio otomano en una guerra en la península de los Balcanes y en el Cáucaso. No lo hizo solo, no: Serbia, Rumania, Montenegro y Bulgaria pelearon a su lado, buscando sacudirse del dominio turco. Y lo lograron. Se hizo entonces el Congreso de Berlín, en el verano del 78, para que las potencias se repartieran una vez más el botín.

Fue allí donde el Imperio austrohúngaro se adueñó de Bosnia y Herzegovina, con un sutil ropaje de protectorado que le duraría hasta 1908, cuando se la anexionó ya del todo, sin pretextos ni modales. Pero era obvio que algo así lo enfrentaría con Rusia, y sobre todo con aquellos que reivindicaban en los Balcanes el “paneslavismo”: la unidad de los pueblos eslavos, divididos en el sur no solo por razones religiosas sino también por razones políticas e ideológicas.

Así que el incendio ya estaba prendido pero como en los viejos caserones cuando hay un corto circuito: solo por dentro al principio, devorando a su paso la madera y las vigas, las entrañas. Exhalando el olor del fuego que aún no se ve. “Truenos subterráneos”, los llamó Alfonso Reyes. Era cuestión de tiempo —la cuenta regresiva del reloj, seis años, cinco, cuatro...— para que el polvorín explotara y el mundo con él.

Aunque a Inglaterra no le preocupaban tanto esas cosas; ya llegaría el momento de hacerlo. Pero la actitud del Imperio alemán sí, ahora en manos del káiser Guillermo II, un arrogante e impetuoso dispuesto a hacer valer a cualquier costo su poder y sus planes. Eso precipitó la alianza inglesa con Francia y luego con Rusia: con la primera en 1904, para garantizar el orden colonial en el África del Norte, y con la segunda en 1907, para garantizarlo en Asia Central y en India. La “Triple Entente”.

En 1911 vino la segunda crisis marroquí —la primera había sido en 1905,

casi con los mismos actores—, cuando una rebelión contra el sultán hizo que Francia enviara tropas a protegerlo y a salvarlo; a eso se había comprometido, qué remedio. El káiser mandó entonces, hasta Agadir, a un delegado de negocios suyo, Herman Wilberg. Luego, con el argumento de que su hombre corría peligro, envió un buque cañonero, el Panther. Solo que el barco llegó antes.

Daba igual: la guerra ya era un hecho cumplido, el tiempo seguía corriendo. En 1912 y 1913 hubo dos guerras más en los Balcanes, tic, tac, tic, tac. Qué extraño: nadie parecía darse cuenta de nada. “¿Cree usted que pasará algo?”, le preguntó un amigo a Joseph Conrad. “Nada”, respondió el novelista. “Nada”.

1914 prometía ser un año apacible y feliz. En el verano la gente estaba más interesada en el juicio a madame Caillaux o en ir al mar o al cine que en ir a la guerra. Era el “tiempo de la seguridad”, como dijo Stefan Zweig. Ese tiempo que estalló en mil pedazos con un fogonazo en Sarajevo.

Continuará, qué duda cabe. Eso es lo bueno del pasado: que suele continuar.

Un fogonazo en Sarajevo

En 1964, cuando los computadores eran tan grandes que ocupaban una habitación entera y había que meterles varias tarjetas perforadas para copiar o procesar la información —las USB de la época: la música de la pianola—, el profesor Robert C. North, de la Universidad de Stanford, decidió usarlos para responderse una pregunta fundamental: quién había empezado la Primera Guerra Mundial, la Gran Guerra, la “guerra para acabar todas las guerras”.

North llevaba varios años haciendo experimentos de laboratorio con las ciencias sociales, convencido de que solo los computadores, esas máquinas llegadas del futuro con bombillos y botones y ruidos de luciérnaga, podían digerir bien los volúmenes infinitos de información con que trabajaba un sociólogo, por ejemplo, o un historiador. El suyo no era un dilema excluyente sino una síntesis, porque cuantos más datos pudiera incorporar a su análisis el “científico social”, mejor.

No era un combate entre el hombre y la máquina sino un matrimonio por conveniencia. Y como la obsesión de North eran los conflictos internacionales, su grupo de estudios en Stanford se propuso encontrar un método que pudiera determinar, con los números sobre la mesa, computador en mano, las variables que influían en el estallido o el desarrollo, o la suerte, o la atenuación o la intensidad, de una guerra cualquiera.

Fue así como estos apóstoles de la fe en los números escogieron a la Gran Guerra como su primer objeto de estudio y de trabajo, para que dos “computadoras” programadas para el caso, una IBM 7090 y una Burroughs 220, procesaran en su lógica algorítmica los datos que les metían, no solo

sobre la guerra misma, sino también sobre su víspera, sobre las nubes negras que la antecedieron y persiguieron durante treinta años, como un temporal, sin que casi nadie se diera cuenta.

¿Y qué dijeron las máquinas? El profesor North lo contó luego en varios artículos académicos y un libro, que sin embargo fueron una decepción para los espíritus noveleros que esperaban escandalosas revelaciones. Porque las máquinas no dijeron nada, o casi nada. O bueno: dijeron lo que ya se sabía, como siempre. Lo confirmaron en un lenguaje esotérico que interpolaba y retorció las complejas relaciones de poder entre las grandes potencias del mundo antes de 1914 y hasta 1918. Como en un juego: un juego con millones de muertos auestas.

Porque, más allá de sus resultados, lo interesante del experimento del profesor North y su gente estaba en esa intuición de que la Primera Guerra Mundial fue también una catástrofe demográfica, una revolución estadística que solo así, con muchos números, millones de números, podía entenderse en su verdadera dimensión: la de un conflicto global que arrasó con el siglo XIX y el pasado, y en el que las grandes conquistas de la humanidad, o las que parecían serlo, como el arte y la ciencia, iban a ponerse al servicio de la muerte.

Tras largos siglos, milenios, de un crecimiento regular y predecible del número de habitantes en la Tierra, las décadas finales del siglo XIX significaron un verdadero desquiciamiento de esa línea monótona que trazaba el desempeño demográfico de la humanidad en toda su historia. Como si en el dibujo del contorno de un valle se levantara de repente la falda de una cordillera. Entre 1880 y 1914, la población de Europa pasó de trescientos millones de personas a cuatrocientos cincuenta millones: el 50 % en menos de cuarenta años.

¿Pero quién empezó la guerra? Los expertos y los computadores dicen que allí no se puede pensar en un solo culpable. Que todos lo fueron: Inglaterra y

Francia, con su alianza cordial; Alemania, con sus delirios coloniales; el Imperio austrohúngaro, con su torpeza geopolítica, sobre todo en los Balcanes; Serbia y su irredentismo paneslávico, apoyado por Rusia, que jugaba a varias bandas. Y el Imperio otomano disolviéndose por fin, para su propia desgracia y la dicha de los que fueron a repartirse sus despojos.

Sin embargo, aunque no lo dijeran las máquinas del profesor North, y aunque en términos históricos no sea muy riguroso interpretarlo así, sí podemos decir también quién empezó la Primera Guerra Mundial. Quién y cuándo. Podemos rastrear sus pasos por Sarajevo esa mañana del 28 de junio de 1914, convencido de que muy pronto iba a ser un héroe y un mártir de la libertad de su patria. Él y sus otros seis compañeros, todos temblando ante la procesión, con bombas en la gabardina y un revólver en el bolsillo. Y el veneno, y el sudor, y el miedo.

Desde principios del siglo XIX —claro: podría decirse que desde siempre, o desde el siglo XIV, pero por algo hay que empezar o no acaba uno nunca— fue profundizándose en los Balcanes el sentimiento nacional e independentista de los distintos pueblos que allí habían vivido bajo la dominación turca. Unos practicaban la ortodoxia eslava, otros la griega; unos eran musulmanes, otros cristianos. La lengua y la cultura, allí, no siempre coincidieron con las fronteras que habían trazado los imperios según sus intereses y caprichos.

Pero la Primera Guerra Mundial también fue eso: el quiebre de la lógica territorial de los viejos imperios, frente al deseo de las naciones que querían su propio Estado. Y la Europa del Este era el ejemplo perfecto de ello. En 1878, el Imperio austrohúngaro se anexionó Bosnia y Herzegovina, suscitando la furia impotente de Serbia, que se sentía el “Piamonte” —como en Italia— del paneslavismo del sur, y que reclamaba el derecho de ser la cabeza de un solo país en el que estuvieran todos los serbios, todos.

Miles de jóvenes, tanto en Serbia como en Bosnia, crecían con la

convicción de que el culto a la patria era el único consuelo frente a una vida de miserias y privaciones, en la que además siempre había un imperio al que culpar: el turco primero, el austríaco después. Por eso la rebeldía y la violencia eran allí una forma legítima, a veces la única, de la política: porque en ellas residía la última esperanza de la libertad del pueblo. O eso decían los agitadores, muchos de ellos enquistados en lo más alto del poder y del gobierno.

Y el Imperio austrohúngaro era un enorme navío que hacía agua por todas partes, con treinta millones de almas a bordo en una suerte de torre de Babel ingobernable: checos, húngaros, italianos, rumanos, serbios, croatas... Y era en los Balcanes donde se iba a consumir su naufragio, a manos de los rebeldes de Bosnia apoyados por el gobierno de Belgrado, apoyado a su vez por Rusia y por Francia. La Mano Negra se llamaba la organización que llevaba las armas hasta Sarajevo.

El viaje a Bosnia en junio de 1914 del archiduque Francisco Fernando de Habsburgo, heredero de la corona austrohúngara porque su primo Rodolfo, el hijo del emperador Francisco José, se había suicidado, era una imprudencia; otro suicidio. Y él mismo lo sabía y se lo dijo a su tío, el emperador. Pero en eso consiste ser el heredero de un trono milenario, en que el deber es la única voluntad. Además iba a ir acompañado por su adorada esposa, Sofía, a la que en Viena nadie le había conferido nunca ningún honor de verdad. El honor que sí tendría en Sarajevo.

Y es curioso, porque Francisco Fernando era el único miembro del imperio, en mucho tiempo, que tenía una postura amable hacia los serbios. Quizás por eso lo escogieron como blanco: porque los moderados son el peor estorbo de los radicales, siempre. El 25 de junio llegaron a Bosnia los archiduques, cada uno por una ruta distinta. Se hospedaron en Ilidza, donde el 27 dieron un banquete con un postre profético: “Bomba a la reina”. El 28 de junio los despertó la bruma. Era verano.

De los siete rebeldes agazapados ese día entre la gente, solo uno, Nedeljko Čabrinović, fue capaz de atacar al cortejo imperial. Lanzó su bomba, ingirió el veneno y se botó al río. En las tres cosas falló y lo arrestaron, aunque una astilla fue a dar a la cara de Sofía y otra hirió al coronel Merizzi, edecán del archiduque. Pero la procesión siguió hasta el ayuntamiento. Gavrilo Princip, el asesino, maldijo la mala suerte de su compañero y fue por un sándwich a un café de la calle Francisco José: la calle que llevaba el nombre del emperador de Austria y Hungría, qué paradoja.

Allí estaba parado Gavrilo Princip cuando vio al frente de él, tal cual, el carro del archiduque que por una fatalidad se había equivocado de camino, o no se había desviado según la decisión tras la bomba fallida, y trataba en vano de devolverse. El asesino no lo podía creer; no tuvo tiempo ni siquiera para ello. Salió y disparó: una bala en el abdomen de Sofía y otra en el cuello de Francisco Fernando. Como dijo Henri Castex: las dos primeras balas de la Primera Guerra Mundial.

“Felices los que aun antes de morir tienen la sangre fría...”. No es una frase del computador del profesor North: es del poeta Wilfred Owen, que murió en la guerra, la Gran Guerra. La guerra para acabar con la guerra.

¿Cuándo empezó? Quizás en el siglo XIX, o en el XIV. Pero también ese 28 de junio en Sarajevo. Dos balas que eran el presagio y el recuerdo de todas las demás.

Las armas y las letras

El 2 de septiembre de 1914, un mes después de que hubiera empezado la guerra —la Gran Guerra la llamarían luego: la guerra para acabar todas las guerras—, el gobierno inglés reunió en secreto, en Wellington House, a algunos de los mejores escritores del país, los más influyentes ante la opinión pública. Cuando ya todos estaban en la mesa, el ministro liberal Charles Masterman les reveló la misteriosa razón por la que los había llamado: estaban asistiendo al nacimiento de la Oficina de Propaganda de Guerra de la Gran Bretaña.

Los veintiséis escritores que estaban allí sentados, como estatuas, algunos con bastón, otros con pipa, se miraron sorprendidos. ¿Una oficina de propaganda para la guerra? ¡Qué disparate era ese! Masterman asintió con gravedad y fue directo al grano: el país se aprestaba a vivir las horas más duras y necesitaba a sus mejores hombres. Unos irían al frente, otros no. Pero todos podían librar y ganar esa guerra. Por eso los había llamado: porque era el momento de que su pluma se pusiera al servicio de la causa victoriosa. Era el momento de la acción.

Allí estaban, en efecto, algunos de los más grandes y populares escritores de la Gran Bretaña: James Matthew Barrie, el creador de Peter Pan; sir Arthur Conan Doyle, el creador de Sherlock Holmes; Gilbert Keith Chesterton, el creador del Padre Brown. Estaban también Thomas Hardy y John Galsworthy, George Trevelyan y Herbert George Wells. En resumen, la crema y nata de las letras británicas. Y todos a una (hasta Kipling, que se había excusado, pero que era un patriota con el que siempre se podía contar)

se levantaron en pie de guerra. Era el momento de la acción, sí.

Durante los siguientes meses, y durante los siguientes cuatro años, fueron muchos los manifiestos y libros patrióticos que salieron de las manos de los “escritores de Wellington House”. Entonces nadie supo que se trataba de una misión secreta y oficial y que lo que parecía un brote espontáneo de literatura comprometida y heroica era también el cumplimiento riguroso de un plan desde lo alto en el que incluso algunos escritores recibían un salario mensual del gobierno por sus servicios prestados y por la manera en que sus ficciones ayudaban a “entender” la realidad.

La idea de crear esa oficina de propaganda para la guerra había sido de David Lloyd George, el ministro de Finanzas, quien a mediados de agosto de 1914, cuando ya zumbaban por todos los rincones de Europa las balas y las bombas, los recuerdos de ese mundo que se estaba yendo al diablo, se enteró de que los alemanes tenían su propio despacho para inculcar en la gente la certeza del triunfo inminente del Imperio alemán: su grandeza y su vigor y la justicia de su causa, y la perversidad de la causa de los enemigos, cuyas derrotas y cuyos errores era preciso magnificar.

Para cuando se reunieron en secreto ese 2 de septiembre los mejores escritores de la Gran Bretaña que habrían de empeñar su pluma y sus palabras al servicio de la guerra, el curso de los acontecimientos recientes que la habían precipitado se podía resumir ya con toda claridad: el 28 de junio de 1914, en Sarajevo, el joven nacionalista serbobosnio Gavrilo Princip mató al heredero de la corona del Imperio austrohúngaro, el archiduque Francisco Fernando de Habsburgo. A él y a su esposa Sofía: los dos primeros muertos de la Primera Guerra Mundial.

Vino entonces un largo y tortuoso mes de intrigas diplomáticas entre las cancillerías europeas. Un mes de mensajes cifrados, de cartas entre los reyes —tres eran primos: el de Inglaterra, el de Rusia y el de Alemania—, de ultimatoss. El 28 de julio Austria le declaró la guerra a Serbia, y al otro día el

zar pidió que el conflicto fuera a la Corte de La Haya, no sin antes movilizar a sus tropas. El primero de agosto Alemania le declaró la guerra a Rusia, y el 3, a Francia. El 4 de agosto fue Inglaterra la que le declaró la guerra a Alemania por la invasión de Bélgica. La Gran Guerra.

Y no es de extrañar que el gobierno inglés quisiera usar a sus escritores para la propaganda de la guerra. Porque toda Europa, y no solo Inglaterra, vivía un desbordado esplendor cultural y artístico, como nunca antes se había visto ni se vería después, el cual se vertió todo sobre los campos de batalla. La Gran Guerra, basta ver la lista de quienes combatieron en ella o contra ella, también lo fue de las artes y las letras. Pocas veces en la historia tanto talento había ido al frente a matar o a morir. A sobrevivir: en la guerra solo hay vencidos, decía el pintor y poeta Max Ernst.

Maurice Barrès, el escritor nacionalista, el amigo de Maurras, hizo alguna vez, en uno de sus diarios, una cuenta alegre y trágica al tiempo: la de cuántos escritores franceses —solo franceses— habían muerto en los campos de batalla entre 1914 y 1918. “Doscientos diez”, escribió. Doscientos diez prosistas o poetas que fueron el último fulgor, ellos también, de la *belle époque*: de esa fiesta que era París, por cuyas calles bailaban Picasso y Juan Gris, Marie Laurencin y Guillaume Apollinaire, herido en 1916 y quien murió en noviembre de 1918, dos días antes que la guerra.

Lo cierto es que nadie pensó que esa guerra fuera a durar tanto ni que fuera tan mortífera y atroz, tan real. El 2 de agosto, en su diario, Franz Kafka deslizó una entrada enigmática que aún tratan de descifrar los expertos y los psicoanalistas: “Alemania le ha declarado la guerra a Rusia. Fui a nadar por la tarde”. Así se veían el mundo y sus peligros, quizás, desde la espléndida Praga de los días finales del Imperio austrohúngaro: esa Praga de los cafés y los amaestradores de pulgas que no tenía nada que envidiarle a Viena, solo la prosa magistral de Stefan Zweig.

Más que un artículo habría que escribir otro libro —y hay varios,

magníficos— sobre el destino cruzado de los artistas en la Primera Guerra Mundial. Sobre Paul Klee, que pintaba el camuflaje de la aviación alemana; sobre Maurice Ravel, que compuso en Verdún *La tumba de Couperin*; sobre Walt Disney y su ambulancia, con un dibujo suyo en la carpa. Sobre Lewis Melville, que interceptaba y mejoraba las cartas de amor de los presos alemanes. Sobre Saki, el magnífico cuentista, cuyas últimas palabras, en la trinchera, fueron: “¡Apaguen ese puto cigarrillo!”.

Pero ningún cruce de caminos en la guerra, en la Gran Guerra, la guerra que casi acaba con Europa, es tan interesante como el de dos escritores cuyos pasos se estuvieron pisando los talones por varios meses durante el verano de 1916. Fue en la batalla del Somme, una de las más largas y brutales de toda la historia. Allí combatieron y cayeron heridos, con un mes de diferencia, entre julio y agosto, Robert Graves y Ernst Jünger: maestros ambos, el uno inglés y el otro alemán. Nacidos el mismo año, 1895, los dos dejaron sus memorias del horror.

Las de Graves se llaman *Adiós a todo eso* y son un ajuste de cuentas con el patriotismo, con el miedo, con la amistad; un retrato desencantado de la guerra y de los fantasmas, vivos y muertos, que rondaban las trincheras persiguiendo a las moscas. Las de Jünger se llaman *Tempestades de acero* y son eso: la exaltación viril del patriotismo, del miedo, de la amistad; de las granadas que volaban como moscas, de su olor; de los fantasmas que se levantaban para morir en las trincheras.

Una mañana Jünger encuentra un dedo tirado y alcanza a pensar en llevárselo consigo. No lo hace por una razón que él mismo escribe con total frialdad, casi con ironía: un dedo, sin los demás, no le sirve para nada. Quizás solo para guardar un cigarrillo... También una mañana, otra, o la misma, Graves encuentra a su lado una mano mutilada. ¿De quién pudo haber sido? Vomita y prende un cigarrillo. En la guerra solo hay vencidos.

Eso piensa, quizás, otro soldado que está en esa misma batalla del Somme,

desahuciado en octubre por la fiebre de las trincheras: J. R. R. Tolkien. Es su primera vez en Mordor, como lo dijo hace poco Guillermo Altares. Esa tierra arrasada que unos meses después, en 1917, recorrerá también, con espanto, C. S. Lewis, el gran amigo de Tolkien y autor de *Las crónicas de Narnia*.

No hay novedad en el frente, decía Erich Maria Remarque. Salvo la que esperaba Alan Seeger en su poema: “Tengo una cita con la muerte / cuando la primavera traiga de vuelta sus días azules y hermosos...”.

Seeger murió en el Somme, en la Gran Guerra. La guerra que iba a acabar todas las guerras.

La tregua de Navidad

La escena es tan conmovedora que parece de un cuento o de una novela, y sí: con ella se han hecho canciones y libros, películas, monumentos, obras de teatro y hasta un video del ex-Beatle Paul McCartney, que la usó en un sencillo de 1983 que se llama *Pipes of Peace*, las pipas de la paz. Pero lo increíble es que ocurrió, que fue así. Por un instante pareció que la guerra ya no estaba; que se había terminado o que nunca comenzó. Por un instante se callaron las balas que volaban como abejas por el cielo plomizo del invierno, y sobre los cadáveres y la nieve se levantaron los árboles de Navidad.

No se sabe muy bien dónde se inició todo, ni cómo, ni cuándo: solo que en la noche del 24 de diciembre de 1914, o en la tarde de ese día, o en la mañana, según otras fuentes, algunos soldados ingleses empezaron a cantar canciones de Navidad. O fueron los soldados alemanes los que lo hicieron desde el otro lado, o los unos y los otros al mismo tiempo. Primero con timidez, espiándose por entre las trincheras. Viendo en la distancia, a través de la bruma y del lodo, una cara enemiga que era también un espejo: los mismos ojos del miedo y de la muerte, la misma mirada de curiosidad y de asombro. La misma sonrisa.

No fue además un plan deliberado ni impuesto desde arriba. Al revés: ningún comandante, en ninguno de los bandos, quería que sus hombres se acercaran al enemigo: que olieran su humanidad, que lo vieran vivo, que oyeran su corazón latir antes de hacerlo volar en mil pedazos, regado por el campo de batalla. Nada había más peligroso para el valor de la tropa que “fraternizar” con el contrario —ese era el término que usaban con repudio los

generales, “fraternizar”—, pues la guerra carece de sentido cuando los que la libran se dan cuenta de que sus enemigos son iguales a ellos.

Lo cierto es que en ese diciembre de 1914 las acciones llevaban ya cinco largos y extenuantes meses, y muy pronto, de manera silenciosa y brutal, empezó a quedar claro que la estrategia de una “guerra de movimientos” rápida y contundente, sobre todo desde el lado alemán, le estaba dando paso a un escenario muy distinto e inesperado, que al final definiría la naturaleza y la memoria de la Gran Guerra: el de la llamada “guerra de trincheras”, en la que se iban a consumir y hundir los ejércitos, matándose bajo la tierra sin poder avanzar siquiera, palmo a palmo.

Atrás habían quedado esos primeros días de agosto en que los hombres salieron marchando y cantando como si fueran a una guerra de otros tiempos: los tiempos honorables de sus abuelos, o los tiempos heroicos de sus papás. Los de toda la historia pasada que arrastraban como un lastre a sus espaldas, y que murió con ellos. Quienes marcharon tan felices a la guerra del 14 no lo sabían —no podían saberlo tampoco; nadie sabe la vida que le toca en suerte o en desgracia—, pero esa guerra era el fin de una era y el inicio de otra nueva.

Y bastó con los primeros balazos para descubrirlo en toda su desgarradora dimensión. Ni siquiera la guerra franco-prusiana, que parecía tan reciente, ni la de Rusia y Japón o las de los Balcanes, que en verdad lo eran, servían como un punto de referencia para entender o medir lo que les corría pierna arriba a Europa y al mundo con la guerra de 1914 a 1918, la Gran Guerra. Nuevas armas, nuevos materiales, nuevas estrategias y nuevos intereses iban a cambiar para siempre la forma de matarse en el mundo, y los millones de muertos de esa tragedia se dieron cuenta de eso cuando ya era demasiado tarde.

Porque de verdad fue así: los soldados marcharon a la guerra creyendo que duraría muy poco y que pronto regresarían todos cubiertos de gloria, pero la

dura realidad, como suele hacerlo siempre, los despertó a golpes y los puso a correr en la batalla sin que supieran siquiera, en muchos casos, cómo disparar un arma; cómo matar y cómo morir, cómo sobrevivir. Y esos días que se esperaba que fueran tan cortos y tan fáciles y tan rápidos, antes de volver a casa con el pecho lleno de medallas y no de balas, se fueron haciendo cada vez más largos y más sórdidos y más tristes. Días que fueron meses y luego años.

Y así desde el principio, desde agosto de 1914. El frente occidental, que iba del mar del Norte hasta la frontera de Francia con Suiza, era el principal escenario de la guerra, y en él combatían el Imperio alemán, por un lado, a la ofensiva, contra Francia y la Gran Bretaña. Con Bélgica como un mojón y un despojo cuya heroica neutralidad casi la arruina del todo. La estrategia de los alemanes, siguiendo el plan que desde principios de siglo había trazado el general Alfred Graf von Schlieffen, consistía en propinarle a Francia un ataque veloz y devastador.

Solo así, creían los alemanes, se iba a aniquilar al enemigo en la frontera occidental para luego ocuparse del oriente y sus problemas, con la ayuda del Imperio austrohúngaro. Y aunque muy al principio el “Plan Schlieffen” pareció funcionar según los cálculos de su creador y de sus ejecutores póstumos, la idea de una “guerra relámpago”, así como así, tan fácil y tan rápida, se fue anegando pronto en una serie de batallas que resultaron ser más arduas y mortales de lo que había supuesto nadie; como pasa siempre con las batallas y con la guerra. Y el otoño llegó con la lluvia y con el lodo.

Dicen los que saben —David Stevenson, por ejemplo, o Christopher Clark o Henri Castex— que el punto de quiebre en ese primer año de la guerra, el que la determinó hacia el futuro e hizo que fueran evidentes la torpeza y la ingenuidad de quienes se la imaginaban muy rápida y feliz, fue la primera batalla del Marne, entre el 5 y el 12 de septiembre de ese año hace casi cien años. En ella los aliados lograron frenar el avance del poderoso ejército

alemán hacia París, repeliéndolo hasta el río Aisne. Fue entonces cuando se creó el mortal equilibrio de las trincheras, esa calma chicha plagada de cadáveres y días sin remedio ni salida.

Porque ya nadie se iba a hacer daño de verdad, o lo que es mucho peor: todo el enorme daño que se hacían los ejércitos de lado y lado del frente occidental era ahora un ritual y un deber; un punto muerto, valga la ironía. Metidos bajo la tierra, como topos, los soldados vivían ahora en las trincheras, aunque llamarle vida a esa manera de morir o de sobrevivir no sea justo. Durmiendo entre los cuerpos a pedazos de sus compañeros de la víspera y el olor a carne quemada, a pólvora; bajo las tempestades de acero: el invierno, la nieve, la lluvia, el lodo.

Así que nadie sabe muy bien cómo ocurrió todo, ni dónde, ni cuándo. Incluso hay quienes niegan que hubiera ocurrido. Pero es una historia tan bella que merece ser cierta; con la fe que solo despierta la ficción. Como si hubiera salido de un cuento o de una novela, y sí. En la mañana o la tarde o la noche del 24 de diciembre de 1914, soldados de ambos bandos del frente occidental se vieron a los ojos desde la trinchera, se vieron al espejo. Luego cantaron canciones y acordaron ir al centro sin matarse, entre risas, hablando cada uno su lengua que ese día era la de todos.

No fue una sola tregua ni en un solo lugar: fue un brote espontáneo y contra los que mandan, en muchas partes a la vez; como las luces que de golpe se empiezan a encender a lo largo de un camino una noche cualquiera. Lo dicen las cartas de los que allí estuvieron: cambiando medallas y cigarrillos, miradas, recuerdos. El teniente Dougan Chater escribió: “Nos tomamos fotos con los alemanes. Ojalá haya otra tregua en Año Nuevo para ver cómo salieron...”.

Incluso se cuenta, según una leyenda inspirada en testimonios verdaderos, que varios partidos de fútbol se jugaron en esa tregua de Navidad del año 14. Johannes Niemman, del Regimiento Real Número 133 de los Sajones, dejó

en una carta su relato del más célebre de todos, contra ingleses y escoceses: “De pronto uno de ellos vino con una pelota jugando y haciendo chistes. Así empezamos un partido en medio del fango y el hielo. ¡Ganamos los alemanes 3 a 2!”.

Muy pocos de los que vivieron esa tregua se imaginaron que la guerra fuera a durar tanto. Pero esa noche, bajo los árboles de Navidad iluminados y las balas en silencio, jugando fútbol, pareció por un instante como si la guerra se hubiera acabado ya, como si no hubiera empezado jamás. Es una escena tan conmovedora que merece ser cierta.

Y lo es: si no, con ella no se habrían escrito cuentos y novelas y películas y una canción.

Los colombianos en la Gran Guerra

Las noticias de *El Tiempo* a finales de julio de 1914 parecían ser más o menos las mismas de siempre: las de toda la vida en esta aldea colonial y lluviosa y sedienta de chismes; sedienta de sí misma, de su propia sed. El 28, el Imperio austrohúngaro le había declarado la guerra al reino de Serbia, y Europa estaba a punto de estallar en mil pedazos mientras que en Bogotá solo se hablaba del ferrocarril a Tamalameque y del párroco de Topaipí (Cundinamarca), que en un raptó de locura había decidido darles botellazos en la cabeza a quienes se alejaran de la fe.

Entonces, el 3 de agosto, empezaron a llegar cables inquietantes que atravesaban como chispas la noche bogotana, con titulares apocalípticos e incomprensibles: “La colosal guerra europea”, “El gobierno alemán tiene plena confianza en el ejército”, “La ley marcial en Rusia”... El día 4 los colombianos se levantaron con la noticia a todo pulmón: la guerra había empezado, la Gran Guerra. La guerra que iba a acabar con todas las guerras, y a la que el editorial de *El Tiempo* llamó un cataclismo: “Una maldición que hubiera caído sobre la humanidad entera”.

Las gentes se miraban aterradas por la calle, con la boca medio abierta y una mano en ella, casi sin entender la información que llegaba del otro lado del mar. Se hablaba del “zar” o del “káiser”, del “emperador”, del “archiduque”, de “Sarajevo”: sombras nada más, sombras que entraban a esta caverna de Platón para confundirnos y asustarnos. Luego, con el paso de los días, todo empezó a tener más sentido, los velos se fueron corriendo y aquí también tomamos partido, unos por la “civilización latina” y otros por el

“poderío germánico”.

¿Y los colombianos que estaban allá, los que habían cruzado el mar sin imaginarse jamás el incendio que les corría pierna arriba? La verdad es que no hay un gran estudio de conjunto que nos lo pueda contar: solo un enjambre de relatos y de historias que se entretajan en medio de la tragedia y de las balas, y del que quedan apenas los nombres heroicos o desgraciados, las anécdotas absurdas o enternecedoras, las cartas oxidadas que destejen el rastro de los nuestros en esa Gran Guerra que no era suya.

En el Instituto Caro y Cuervo, por ejemplo, se conserva un verdadero tesoro: el fondo documental Holguín y Caro, en el que hay una gran cantidad de cartas de esa familia que era una de las más notables y poderosas en la Colombia de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, varios de cuyos miembros padecieron los rigores de la guerra estando allá, en la diplomacia, con el fuego respirándoles en la nuca.

El 3 de agosto, recién iniciada la guerra, Margarita Caro de Holguín, hermana de don Miguel Antonio y mamá de Hernando Holguín y Caro, que era el ministro plenipotenciario ante los gobiernos de Francia y de España, escribía desde París: “... No pueden figurarse la alegría y valor con que marcha toda esa gente que lleva la muerte cercana en perspectiva...”. Y luego, el 10 de agosto: “Mis hijos de mi corazón... Estamos en presencia de la guerra más terrible que han visto los siglos...”.

La comida empezaba a escasear, los bancos cerraban sus operaciones, los mares se hacían cada vez más peligrosos para huir de la muerte... Pero el embajador colombiano en París, Hernando Holguín y Caro, se negaba a abandonar la ciudad mientras hubiera compatriotas en ella que pudieran necesitarlo, aunque ya casi todos se habían ido a Barcelona o a San Juan de Luz, o a Biarritz, donde estaban “Los Dávilas, los Díaz Herazo, los Restrepos y los Jiménez y los Bordas; Isabel Sierra y don Wenceslao...”. A Londres se habían ido “los Calderones, los Casabiancas e Inés Arboleda”.

¡Ah, Londres! Allí estaba de cónsul otro de los Caro —de “los Caros”—, el agudísimo Antonio José, hijo de don Miguel Antonio. Sus cartas son una verdadera delicia, llenas de ingenuidad y sarcasmo en medio del desastre. En una de agosto le dice a su tía Margarita: “Todo se me ha complicado, desde el servicio doméstico, pues la criada inglesa se fue a ver a una hermana que está muy grave y la alemana (a quien un día de estos veré fusilada por espía) está atribulada, pues tiene al papá de soldado...”.

En esa misma carta, Antonio José conjetura una explicación de esa guerra infernal. “Le contaré algo —dice—: el káiser padece desde hace años de una enfermedad llamada creo que ‘otorrea’, enfermedad que consiste en una supuración por un oído; cuando esta supuración se interrumpe vienen perturbaciones cerebrales graves...”. Y luego añade: “¿No es muy triste para la vieja Europa que mañana un historiador al dar cuenta de la guerra más monstruosa de los siglos dé por causa la coincidencia de la muerte del archiduque de Austria con la suspensión de la supuración del oído de Guillermo II?”.

Por ese mismo mes de agosto, en París, un colombiano se estaba enlistando en la Legión Extranjera: el poeta Hernando de Bengoechea, del que Darío Achury Valenzuela hizo una monumental biografía. Amigo de Apollinaire y de Valery Larbaud, de Édouard Dujardin y de Léon-Paul Fargue, con el que visitó a Proust y con el que iba a los bailes del diseñador Paul Poiret, donde todos, o casi todos, se enamoraron de Isadora Duncan. Bengoechea murió en el frente el 9 de mayo de 1915 en la segunda batalla de Artois, durante la célebre toma de la “cresta de Vimy”.

Amigo de Bengoechea era también Santiago Pérez Triana, buen diplomático y mejor escritor que por entonces vivía en Londres, y allí frecuentaba círculos literarios y periodísticos en los que su voz era muy respetada y polémica, no en vano había sido delegado de Colombia en la Conferencia de Paz de La Haya de 1907. Pérez Triana hizo un extraordinario

libro sobre la Gran Guerra, publicado en inglés y en español: *Aspectos de la guerra*. En él explica, como nadie lo haría aquí, las causas del horror y vaticina todas sus atroces consecuencias.

El mismo horror que describía en sus crónicas para la revista *Cromos* Miguel Santiago Valencia, un payanés que sin embargo era capaz, en medio de los terrores parisinos, bajo esas tempestades de acero, de hablar también de la primavera y de la poesía y de los cafés que no se resignaban a ver morir, no todavía, la *belle époque*: esa época desmesurada y única en la que París fue una fiesta, por la que también pasó bailando, antes de irse a combatir en el frente, el barranquillero Manuel Marthe Carrasco.

Como el piloto Juan de Brettes o José Alarcón o Manuel Velázquez González —la lista es de Enrique Santos Molano, que siempre sabe lo que los demás no—, o como Alberto Collas o Julio Gilede o el pobre Eduardo Silva Rueda y muchos más: colombianos que estuvieron en esa guerra que no era suya, no todavía, y en la que murieron o sobrevivieron o extraviaron sus pasos: su rastro como sombras escapadas de la caverna de Platón. Así llamaba Hernando de Bengoechea a las trincheras: la caverna del diablo.

En el Archivo General de la Nación hay unos desgarradores documentos que parecen sacados de las memorias de Henri Davignon: son las cartas de Aníbal González Torres, cónsul colombiano en Amberes que huye de la ciudad con su hija y su madre enfermas, arrastradas en una carreta. Es el fin del mundo: la guerra “más sangrienta que registra la Historia”.

No en vano Erich María Remarque quiso proponerle a Joaquín Quijano Mantilla, cónsul colombiano en Berlín, que la primera traducción de *Sin novedad en el frente*, su gran novela, se hiciera en Colombia.

Porque un soldado siempre sabe que ninguna guerra es ajena.

OTRAS COSAS,
OTRAS GUERRAS

El colombiano que fue rey (o casi)

Siempre que se hace la lista de nuestras glorias nacionales —de García Márquez a Chucho Merchán, de Shakira a Botero, de Rodolfo Llinás a Mariana Pajón, de John Édison Castaño a Eduardo Zuleta Ángel, de Totó la Momposina a Ezequiel Uricochea y Rufino José Cuervo—, siempre me ha extrañado que no aparezca allí el nombre de Joaquín de Mosquera y Figueroa, oidor de la Audiencia de Santafé y alcalde del Crimen en México, gran burócrata colonial y gran lector de La Bruyère. Y además, rey de España por unos meses. O bueno, casi: presidente de la tercera junta de regencia que desde enero de 1812 ejerció el poder ejecutivo por mandato de las Cortes, mientras la península seguía en guerra contra Napoleón Bonaparte y el rey legítimo, Fernando VII, seguía engordando y de parranda en su prisión del castillo de Valençay.

Fue Mosquera, un neogranadino nacido en Popayán en 1748, quien firmó hace doscientos años, y poco más, la Constitución de Cádiz, llamada la Pepa por promulgarse el 19 de marzo de 1812, el día de san José. Ahí está el nombre del colombiano de su puño y letra, comuníquese y cúmplase. Yo, el rey.

Como se dijo hasta la saciedad cuando las celebraciones de su bicentenario hace unos meses, la Pepa fue una constitución ejemplar y una oportunidad perdida: lo primero por muchas de sus ideas liberales y modernas —el reconocimiento de la soberanía nacional y la igualdad política entre los españoles americanos y los peninsulares, el desmonte de la Inquisición, la división de los poderes públicos, la apuesta por la monarquía

constitucional...—, y lo segundo porque apenas si duró dos años, en un país arrasado por la guerra y la anarquía que no estaba para tolerar ninguna ley, mucho menos esa.

En 1807 Napoleón Bonaparte decide invadir a Portugal por no acatar el bloqueo continental a los ingleses; España, en manos del pusilánime Carlos IV y su valido Manuel de Godoy, una víbora, abre las puertas para que por allí entre el ejército francés camino de Lisboa. Más de 25.000 hombres bajo el mando de Junot. A principios de 1808, sin embargo, el emperador ordena que sus tropas no regresen a Francia, que se vayan quedando más bien en las ciudades españolas. Se trata de una invasión lenta y sigilosa, un sutil golpe de mano a sus aliados. El rey, entonces, decide huir con la corte, siguiendo el ejemplo de su yerno portugués que ya se había ido a América, pero el pueblo español lo frena indignado en Aranjuez. “Tras de cornudo y torpe, cobarde”, dicen. El 19 de marzo, allí mismo, abdica en favor de su hijo Fernando VII.

Pero la intriga de Napoleón ya estaba consumada, su tela de araña perfecta; no sabía entonces que él mismo iba a quedar allí atrapado, que ese iba a ser su abismo y su perdición. A finales de abril, harto de tanto circo, el emperador de los franceses se da cita en Bayona con Carlos y con Fernando y de ambos obtiene la abdicación. Le dice al pueblo español que tranquilo, que ha llegado su salvador. No más curas y no más oscuridad, no más la Edad Media. Llama a su hermano, lo saca de Nápoles y lo hace rey: el pobre José Bonaparte, que ni quería y que de verdad hizo lo mejor que pudo para gobernar en ese país ingobernable. Con la gente más preparada y competente a su lado, con una constitución moderna, la de Bayona de 1808, sin cuya provocación nunca se habría hecho la de Cádiz. Y qué no le dijeron al buen rey José: borracho, usurpador —lo era—, gabacho y malnacido, francés, lúbrico, vendido, italiano, Pepe Botellas. Así se levantó en armas España, los curas a la cabeza, contra el invasor. Así empezó la guerra de guerrillas, la “guerra de independencia” sin la cual no habría ocurrido tampoco la de

Hispanoamérica. La nación rebelada contra un gobierno extranjero.

Ese es el origen del proceso constituyente de Cádiz. Porque con el rey legítimo preso, el pueblo se organiza en “juntas” —reunidas luego, desde septiembre de 1808, en la Junta Suprema Central— que van a preservar y a definir la soberanía mientras la guerra y la usurpación. Pero la guerra es dura y larga y España queda dividida entre dos gobiernos, el de los afrancesados con José I y el de la Suprema, que manda en nombre de Fernando VII. Ambos envían sus representantes a América para obtener de estos reinos la adhesión y la fidelidad, la unidad de la nación a cada lado del Atlántico; y acá también se enfrentan con pasión los ánimos: el de quienes quieren estar con la Junta y piden una mayor representación en ella; el de quienes aceptan el régimen napoleónico; y el de quienes empiezan a albergar una opinión que luego sería definitiva para las independencias hispanoamericanas: si el rey no viene a gobernar él mismo y su cautiverio se prolonga, el pueblo es soberano y tiene derecho a mandarse como quiera, sin sujeciones de ningún tipo con nadie. Ni con los franchutes ni con la Central ni con el diablo, con nadie. Fue el argumento perfecto que encontraron algunos miembros de las élites criollas, feudales y separatistas, para quitarse de encima, por fin, el lastre del poder de la metrópoli. Herederos de la encomienda que hicieron la república para perpetuar el orden colonial y el paraíso imaginario del criollo y la blancura; el liberalismo como instrumento político de quienes eran (son) su negación y su fracaso.

Pero la guerra en España era dura y larga, más que nunca, y esa tela de araña se fue tragando al ejército napoleónico, que tuvo allí su primer gran desastre; allí empezó a acabarse ese imperio que había derrotado a todos los demás, pero que no pudo con un pueblo enloquecido que expulsó con las uñas, los ojos desbordados y el fuego, hasta al último francés. En los eriales castellanos y en la estepa rusa Napoleón Bonaparte encontró su ruina. Mientras, la división del país era cada vez más profunda: el gobierno de José

a la deriva (ni siquiera los mariscales de su hermano le hacían caso), y la Junta Central huyendo a Sevilla, primero, y luego a la isla de León, en la bahía de Cádiz, para que allí la protegieran los ingleses.

Joaquín de Mosquera y Figueroa fue elegido vocal para la Junta por las provincias de Venezuela, luego de una carrera en que lo había sido todo dentro del aparato de la burocracia colonial: oidor, regente, alcalde. Llegó a España el 12 de agosto de 1809, pero no se pudo posesionar en su cargo: los venezolanos demandaron su elección por no ser oriundo, por no ser “buen ciudadano y celoso patricio”. El colombiano es muy rebuscador; como se sabe, “no se vara”, y Mosquera obtuvo el cargo de ministro togado del Consejo de Indias. En enero de 1810 la Junta Central se disolvió para darle el mando al Consejo de Regencia; en septiembre se inauguraron las Cortes que iban a hacer la constitución del reino. En enero de 1812 —la guerra era dura y larga— dichas Cortes eligieron una nueva regencia de cinco miembros, presidida ahora por Joaquín de Mosquera y Figueroa. Un colombiano casi rey de España, casi. Fue él quien firmó, el 19 de marzo de ese año, la Constitución de Cádiz, la Pepa. Y no es extraño: era un cheque sin fondos.

La novela inconclusa de Louis Aury

La historia es vieja y ya la han contado con detalle muchos otros: Giorgio Anteì, Jaime Duarte French, Antonio Cagua Prada, Miguel Àngel de Marco, Carlos Ferro, Stanley Faye, Samayoa Guevara, Frederic Beraud Dufour en un maravilloso blog... Y otros más que no menciono porque no los he leído o se me olvidan, por lo que les pido perdón. Pero es una historia de novela como suelen serlo casi todas, las de todos los hombres en todos los tiempos; qué redundante y qué innecesaria resulta a veces la ficción frente a la vida. Y en América más, como se sabe desde cuando se empezó a contar nuestra historia —la de antes, la de siempre—, y no había hipérbole ni prodigio que pudieran resumirla, ni siquiera hacerle justicia o señalar su quebradiza realidad.

Dicen que cuando llegaron las primeras noticias del “descubrimiento” de América a las ciudades europeas, a Florencia, a París, a Salamanca, la gente no las distinguía en absoluto de las novelas de caballería y las fábulas que circulaban a placer, de mano en mano, por los mercados y las cortes. Ni siquiera los conquistadores tenían clara esa diferencia, y ellos mismos, narrando por primera vez al “Nuevo Mundo”, eran protagonistas y autores de un relato tan cierto como inverosímil. Sé que es una obviedad y un lugar común, pero es así: los cronistas de Indias fueron el primer *boom* de la literatura latinoamericana; sus libros de historia fueron nuestras primeras novelas. Incluso se podría decir que Pedro Mártir de Anglería fue el primer antecedente de Carlos Barral o de Carmen Balcells. Para desgracia de los tres.

Lo cierto es que recordé la vida de novela del corsario francés Louis Aury (Louis-Michel Aury) el otro día que hablábamos con un amigo sobre el fallo

de la Corte Internacional de Justicia de La Haya en el litigio entre Colombia y Nicaragua; que es cosa juzgada, querámoslo o no, gústenos o no; ya no hay trino que valga. Me dijo mi amigo, con su sarcasmo de siempre, ácido y solemne: “Solo falta que se metan a reclamar los argentinos y los chilenos”. Y se fue sin más. Pero bastó esa despedida agorera para que yo recordara de un golpe uno de los episodios más curiosos y absurdos de nuestra historia, uno de los muchos, de los miles que la emparentan y entretajan con la literatura y la ficción hasta disolver en ellas cualquier frontera y cualquier límite. Antes es que acá somos rigurosos y racionales, antes.

El 4 de julio de 1818, en efecto, el corsario francés Louis Aury tomó posesión de las islas de Providencia y Santa Catalina, relevando del mando a un pobre inglés que hacía las veces allí de gobernador en nombre de los españoles. Aury venía desde Jamaica, donde recibió poderes plenos del “ministro” de las “Repúblicas confederadas de Buenos Aires y Chile”, José Cortés de Madariaga: un cura lunático y chileno, viejo amigo de Miranda, que había participado en cuanta revuelta se le cruzara por delante (desde el levantamiento de Caracas del 19 de abril de 1810), y que ahora expedía patentes de corso como cheques sin fondos, por cuenta de ese Estado imaginario que solo era él.

Aury cogió la suya, su patente de corso, anclado en Kingston, y luego se fue al sur buscando la isla española de Providencia para hacerse fuerte allí con sus hombres. La idea era izar la bandera albiceleste del Río de la Plata — se izó ese 4 de julio y así estuvo hasta 1821, con esos colores que son también los de casi todas las banderas centroamericanas, como un homenaje a la Argentina y a Hipólito Bouchard—, izar esa bandera y hacer una expedición para tomarse Portobelo, en Panamá. Desde Santa Catalina, el 10 de julio, el “comandante en jefe Louis Aury” lanzó una proclama incendiaria y desbocada. “¡Amigos errantes y sin patria!”, decía, gritaba, para luego poner su nombre al servicio de la libertad, donde fuera. “¡Ensoberbeceos con

el noble entusiasmo inseparable de nuestra causa!”.

¿Pero quién era este corsario anárquico y carismático, esta especie de hippie del Caribe que logró establecer su comuna allí en Providencia? Según Faye (según Antei, cuyo libro *Los héroes errantes* es excelente), nació en París en 1787; el blog de Frederic Beraud dice que fue en 1788. Lo cierto es que ya para 1803 estaba en las Antillas, dedicado a una de las actividades militares más frecuentes de la época y de toda la modernidad: el corso. Que no era una forma más de la piratería, como a veces se cree, sino un modelo administrativo muy eficaz para hacer la guerra, casi privatizándola: porque los Estados les daban a los particulares una licencia para que actuaran en su nombre, saqueando y matando, y luego había una repartición equitativa del botín. Puros contratos de prestación de servicios, pero repito: equitativos.

Entre 1803 y 1812 Aury navegó a destajo por los mares, buscando enderezar su suerte, que a veces le volteaba la espalda. Estuvo en Santo Domingo, en Nueva Orleans, en Baltimore. Siempre al acecho de alguna aventura. En 1813 llegó a Cartagena y allí tuvo el título de comodoro de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, corseando por dos años, hasta diciembre de 1815, cuando Pablo Morillo, el Pacificador, se hizo con la ciudad después de un feroz cerco de varios meses mientras los sobrevivientes huían como hormigas en sus barcos. A principios de 1816 Aury se reunió en Haití con Simón Bolívar y otros rebeldes, y se opuso a que el futuro Libertador recibiera poderes dictatoriales en el plan para reconquistar la Nueva Granada. Por eso Bolívar escogió a otro Luis, el curazoleño Luis Brion, como comandante de su flota. Ni siquiera una plata que le debían le pagaron al pobre Louis Aury. “Tras de que no me paga me pega”, como decía el borracho.

Allí empezó, quizás, el mejor momento de su vida. Se fue al golfo de México a combatir al lado de los revolucionarios, y en septiembre de 1816 lo eligieron gobernador de Texas, mandando desde la isla de Galveston, en la

que estuvo por más de cinco meses, hasta que en un descuido otro corsario francés, Jean Lafitte, se la arrebató para vendérsela al mejor postor. Aury se unió entonces, en junio de 1817, al escocés Gregor MacGregor en otro proyecto de fantasía: la conquista de la isla Amelia en la Florida. En esa expedición iba también Agustín Codazzi, su fiel escudero. Y Brion y Vicente Pazos: una turba de mercenarios y soldados de fortuna que buscaban vivir libres y en paz, regidos por una constitución republicana y utópica y por la bandera que mejor los tapara.

Hicieron unas elecciones, contaron unos votos, escribieron unas proclamas, acuñaron unas monedas. Pero pronto llegaron los gringos y los molieron a palos; que Dios ayuda a los malos cuando pagan más que los buenos. Otro reino arrasado por el viento en diciembre de 1817.

Ya sin oficio, Louis Aury volvió al mar, siempre olfateando dónde pudieran ser útiles sus naves y sus hombres; una escuadra variopinta y mestiza, con tantas banderas y patentes de corso como experiencia en las aguas más turbulentas. Bolívar y Brion la rechazaron, sin embargo, porque el Libertador no le perdonaba al francés su desplante en Haití. Por eso, en junio de 1818, Aury llegó a Jamaica a verse con Cortés de Madariaga, el canónigo demencial e inagotable. Hablaron durante horas sobre toda clase de proyectos irracionales, se abrazaron, juraron por la libertad de América; al final de la tarde Aury ya era general de las “Repúblicas confederadas de Buenos Aires y Chile”, y así fue en dirección del sur, con el plan de adueñarse del archipiélago de San Andrés y Providencia. Desde las islas podría ayudar en la independencia de la Nueva Granada y en la conquista de Portobelo.

El 4 de julio de 1818 Louis-Michel Aury tomó posesión de Providencia, izando la bandera albiceleste en señal de adhesión al gobierno de Buenos Aires, o al Estado imaginario de Cortés de Madariaga. El 10 de julio lanzó su famosa proclama desde Santa Catalina, su sede de gobierno. Es una arenga apasionada, reproducida luego en el *Nile's Register* (Registro del Nilo) de

octubre de ese año, que hoy se puede leer en internet. “¡Compatriotas! — decía, gritaba—. Los poderosos Estados Unidos de Buenos Aires y Chile, deseando cooperar en cuanto les sea posible a la emancipación de sus oprimidos hermanos, me han comisionado para cumplir esta noble empresa en la Nueva Granada. Gracias al cielo que les ha inspirado tan magnánimos sentimientos. Sea su unión y su sabia conducta nuestra guía en nuestras futuras operaciones”.

Allí, en la isla, Aury estuvo por dos años enviándoles cartas a todos los revolucionarios de América para que lo secundaran en sus aventuras; varios de ellos, como su viejo amigo MacGregor, fueron a verlo o recibieron su ayuda y su bendición. Murió en 1821 como un monarca, no se sabe si en un abordaje o al caerse de su caballo. Alguien dijo haberlo visto en Cuba en 1845. Quizás: la realidad escribe novelas inconclusas, de piratas, y no lo hace mal.

El fin de “la Britannica”

La noticia se esparció como fuego por la red hace dos semanas, y a los pocos segundos estaba ya en todos los portales y en todas las lenguas, en Twitter, en YouPorn, hasta en Wikipedia: tras 244 años de historia y erudición, la *Enciclopedia Británica* dejará de imprimirse en papel y cuando se agote su decimoquinta y última edición será solo un proyecto digital y una pieza de coleccionista; lo que siempre fue, una joya.

De hecho, parecería que el aviso fúnebre hubiera sido también una estrategia publicitaria del cubano Jorge Cauz, presidente de Britannica Inc., para salir de los 4.000 juegos que le quedan en la bodega, pues en dos años apenas ha logrado vender 8.000 y con un ejército de agentes disputándose cada timbre y cada puerta con los testigos de Jehová. Una cifra que refleja a la perfección las nuevas realidades del mercado editorial en el mundo, y la debacle de una de las instituciones culturales más respetadas de Occidente en los últimos dos siglos.

Pero qué le vamos a hacer: los números son implacables a la hora de cuadrar caja, y la de la *Britannica* llevaba varios años pasando vergüenzas, untándose las cenizas de su gloria para que no se le vieran los remiendos. En 1990 se vendieron 120.000 juegos de 32 tomos cada uno, y en 1996 apenas 40.000. En el 2010 se imprimieron 12.000 miserables jueguitos, y ni así se agotó la edición.

Y la razón es una: para cualquier enciclopedia en el mundo de hoy competir contra internet es imposible. Contra Google, contra Verbix, contra Wikipedia —sobre todo Wikipedia—, simplemente no se puede. Ya la pelea

con la también difunta Encarta había sido un amargo anuncio del futuro, y en el 2005 la revista *Nature* salió a clavar un puñal de su propia cosecha: en un artículo muy polémico sobre la mítica y presunta infalibilidad de la *Britannica*, demostró que en cuarenta y dos entradas sobre los mismos temas, Wikipedia decía cosas parecidas y con igual margen de error, o casi, pero en cuarenta lenguas diferentes y con la posibilidad única que da el mundo virtual de mejorar los datos de la entrada, en un ejercicio que además es muy democrático: nadie paga por el conocimiento (porque el conocimiento mismo ya es suficiente recompensa) y todo el que quiera puede intervenir y hacer que el contenido sea cada vez más preciso, más riguroso. Por amor al arte.

Porque en últimas de eso se trata Wikipedia: de aprovechar lo que significa internet como un mar inagotable de información y de recursos narrativos, para que la gente pueda acceder a ellos de manera abierta, gratis, en un laberinto de puertas que se van abriendo y abriendo y abriendo, mientras uno encuentra lo que buscaba y mil cosas más. Alicia en el país de las maravillas. Y la clave del juego está precisamente allí, en que todos somos sus dueños, sus beneficiarios.

¿Demasiado romanticismo? Quizá, pero en once años de existencia el juego ha demostrado ser posible, y su calidad es siempre mayor. Aunque claro: cuando *Nature* dijo eso en el 2005, la *Britannica* le respondió con aire señorial, y su presidente apenas hizo un comentario irónico y un acartonado documento: “Yo sí preferiría que la gente fuera a Venecia y no al hotel que tiene ese nombre en la ciudad de Las Vegas”, dijo.

Se trata, claro, de una de las cuestiones más importantes de nuestro tiempo, a saber: cómo van a sobrevivir el mundo y sus viejas tradiciones —el amor, la amistad, la vida— tras la aparición de internet y las nuevas tecnologías de la información, ese universo que está cambiándolo todo: desde la manera en que la gente concibe sus relaciones con los demás hasta los hábitos más elementales de la cultura o la política; aunque es una redundancia, porque la

manera en que la gente concibe sus relaciones con los demás hace parte de la cultura y de la política.

Pero el dilema, falso como casi todos, está allí: o Facebook o la calle, o chatear o verse a los ojos, y así. Y hay temas en los que esta confrontación entre el viejo mundo y el nuevo resulta mucho más conflictiva y dramática. El del conocimiento y la ilustración y los libros, por llamarlo de alguna manera, es uno de ellos. Y no deja de ser paradójico, pues nunca como ahora había sido tan fácil aprender y saciar la curiosidad, descubrir cosas, saberlo todo; quizás internet sea el cumplimiento verdadero de lo que soñaron los ilustrados en el siglo XVIII, su sueño y su pesadilla. Y esa es la objeción de los nostálgicos: ahora que se puede y que es tan fácil, y tal vez por ello mismo, ya nadie va a querer; ahora que todo está al alcance de la mano, ya nadie la estira.

Hay mucha información, sí, pero cada vez menos profundidad; muchas opiniones y cada vez menos argumentos. Destellos y trinos, mientras la erudición se va quedando, para siempre, en poder de los aparatos. Un extraño eco de la barbarie medieval, solo que al revés: entonces porque casi nadie podía saber nada, y ahora porque todo el mundo cree saberlo todo. Pero fue durante la Edad Media cuando más floreció el viejísimo invento de las enciclopedias: libros con la modesta aspiración de contener al universo, para que el olvido no lo hiciera pasto de sus llamas.

Ahora el dilema es entre los libros de papel y los electrónicos porque la lectura fue durante siglos una experiencia táctil, casi olfativa. Tanto que cuando los rollos le dieron paso al códice (el libro que conocemos hoy y al que los romanos llamaron, oh, “la tableta”) nadie temió por su suerte: mientras los dedos las tocaran, las palabras estaban a salvo. Pero hay textos que necesitan ser un libro de papel para existir; no todos, solo algunos, los mejores. Como la *Enciclopedia Británica*, con la biografía de Béranger por Robert Louis Stevenson o el ensayo sobre el socialismo de Bernard Shaw,

quien se la leyó entera cuando niño para cumplir su sueño fallido de quedar loco y feliz. También Philip Beaver, el gran navegante, se la leyó toda: siempre la llevaba consigo en su barco, e iba quemando sus hojas en la noche para calentarse. El sueño de unos ilustrados escoceses, la *Encyclopaedia Britannica*, que vio la luz en 1768. Un presagio de internet, el universo en un solo sitio.

La semana pasada, lo sé, varias bibliotecas ondearon su bandera a media asta. Dios salve a la reina.

El Día D

“La más grande operación anfibia de toda la historia”, la llamó en sus memorias el primer ministro británico Winston Churchill. Y lo fue: el 6 de junio de 1944, el próximo viernes hace setenta años, miles de soldados desembarcaron en las playas de Normandía para darle inicio a una larga batalla que sería definitiva en la liberación de Francia del poder y las garras de los nazis, y que selló la suerte de la Segunda Guerra Mundial y les dio la victoria a los aliados en el frente occidental. “La historia recordará esta proeza como una de las mayores”, le escribió en un telegrama Stalin, el máximo líder soviético, a Churchill.

Y lo fue, sin duda lo fue: 156.000 soldados aliados participaron en ella, entre el desembarco y las labores aéreas; 6.939 barcos de guerra y algunos civiles, todos armados hasta los dientes; 9.500 aviones y 1.900 planeadores, desde los que saltaron más de 7.500 paracaidistas; 80.000 toneladas de bombas, 80.000. Esas son solo algunas de las cifras del heroico y devastador “Día D”: “el día más largo del siglo xx”, como lo llamó el mariscal alemán Erwin Rommel en un presagio, dos meses antes de que ocurriera. Un día por el que sus artífices estuvieron esperando desde el inicio mismo de la guerra.

Pero llegar a él no fue nada fácil —era casi imposible, de hecho—, porque cada pieza de ese mortal y épico reloj tenía que estar en su lugar y solo en él, sin errores ni fisuras. No podía sobrar ningún resorte, ninguna clavija, ningún tornillo que se quedara por fuera girando sobre un escritorio hasta apagarse y quedarse allí, como un reproche. Porque ese reloj era también una bomba de tiempo, como suelen serlo todos, pero ese más que ningún otro, y para que

diera las 00:16 del 6 de junio de 1944 tuvieron que pasar casi cuatro años brutales.

Entre abril y junio de 1940, de hecho, la guerra europea que había empezado en septiembre de 1939 con la invasión de Alemania a Polonia tuvo una aterradora escalada. Porque ahora la gran obsesión de Hitler era neutralizar a los ingleses, y para lograrlo lanzó una feroz ofensiva contra los países que se le interponían en el camino hacia el mar del Norte. Así fueron cayendo en sus fauces Noruega y Dinamarca, y luego, en mayo, Luxemburgo, Holanda y Bélgica. Todos como botín de guerra; todos alienados ahora por la causa del Führer.

Pero el golpe más importante vino sin duda en junio de ese año terrible, cuando el ejército alemán entró por fin a Francia y logró su rendición y su entrega, su envilecimiento. De nada valieron los esfuerzos del gobierno legítimo, con el heroico primer ministro Paul Reynaud a la cabeza; ni sirvió tampoco el apoyo militar de los británicos, cuya famosa Fuerza Expedicionaria se había regresado a su país, pies en polvorosa, mientras en París ya ondeaban las banderas con la esvástica y el águila negra del Tercer Imperio.

Con la firma del armisticio entre el nuevo gobierno y Hitler el 22 de junio de 1940, Francia quedó partida en dos mitades: una, la del norte, llamada la “zona ocupada” y bajo el mando directo de los alemanes; la otra, la del sur, llamada la “zona libre” y bajo el mando del mariscal Philippe Pétain y el régimen colaboracionista de Vichy, que aunque mantenía en los papeles la soberanía del Estado francés y su neutralidad, bah, acogió con fervor las desviaciones racistas de los nazis, en uno de los episodios más vergonzosos de la historia contemporánea.

Fue así como empezó “La Resistencia”: ese movimiento multiforme y complejo que se oponía por igual a la ocupación alemana y a la abyección del gobierno de Pétain, y cuyos miembros luchaban desde el exilio o desde la

clandestinidad, o desde las colonias, por la liberación de Francia. Con una dificultad inesperada, o acaso no: que muchos de los franceses (demasiados) estaban de acuerdo con el signo de los nuevos tiempos, y aun brillantes escritores como Céline o Drieu La Rochelle celebraban con furia y encono las ideas de los invasores.

Se trata de un debate histórico de nunca acabar que aún hoy atormenta a Francia: ¿eran de verdad tantos los resistentes? ¿Pero dónde estaban todos?, ¿qué se hicieron cuando los demás los necesitaban? Porque ahora, cuando la historia ya ocurrió, es muy fácil reescribirla y olvidarla: decirse héroe mientras muchos otros sí lo eran de verdad, y negar las delaciones y los hombros levantados, las miradas hacia el otro lado, los aplausos y las venias a la infamia. Ahora resulta que todos los franceses estaban por la libertad y que los colaboracionistas eran otros, siempre los otros.

Pero los que sí lo estaban, muchísimos, también, no descansaron en su empeño de curar a su país de la invasión y de la usurpación. Con el general Charles de Gaulle moviendo los hilos desde afuera, soplando por las ondas clandestinas de la BBC la llama del patriotismo y de la fe, el rescoldo de los que se habían quedado adentro y no querían vivir presos ni humillados. Claro: “La Resistencia” era muchos movimientos a la vez y con grandes contradicciones y diferencias entre sí, pero a todos los unía el objetivo obvio y común de derrotar a los alemanes.

Por eso, desde el principio —podría decirse aun que desde antes del principio: desde antes de la invasión, cuando se veía venir—, los aliados apoyaron a los resistentes y los hicieron parte esencial de su estrategia política y militar. Porque estaba muy claro que sin la libertad de Francia era imposible un triunfo en el frente occidental; y estaba muy claro también que sin los resistentes era imposible la libertad de Francia. Así de claro. El problema es que también los aliados estaban divididos, sobre todo en lo que tenía que ver con “La Resistencia” y sus líderes.

Porque Churchill apoyaba a toda costa, aunque casi a su pesar, a De Gaulle, que le parecía un arrogante y un insolente y un problema más que una solución. El presidente Roosevelt, en cambio, detestaba a De Gaulle y no lo quería al mando de la Francia del exilio, porque le parecía un arrogante y un insolente y un problema más que una solución: un usurpador al que nadie le había dado ningún poder, y que hablaba en nombre de todos los franceses cuando ni siquiera podía hablar en nombre de sí mismo, dados los enfrentamientos de su propio grupo.

Lo cierto es que con De Gaulle o sin él —Churchill y Roosevelt jugaban a los dados, como Dios; al final ganó Churchill— había que liberar a Francia como fuera. Y los aliados trataron de idear un buen plan desde muy temprano. Pero los otros frentes de la guerra no daban tregua, en el Atlántico y en el Pacífico y en el Mediterráneo, y además esa era una operación que tenía que ejecutarse de manera perfecta y que exigía una destreza técnica que acaso tomara varios años de preparación, como en efecto ocurrió.

Así que ni en el 40 ni en el 41 ni en el 42 se pudo consumir la reconquista de Francia, hasta que en agosto de 1943, en la primera Conferencia de Quebec, Churchill y Roosevelt, y Mackenzie King, el primer ministro de Canadá, acordaron, entre otras cosas, darle vía libre a la operación, que llevaba el título encriptado de “Overlord” y para la que se había escogido como comandante al general estadounidense Dwight Eisenhower. Ahora era el momento de ejecutar con minucia cada movimiento y cada paso, sin fallar; como un relojero que desactiva una bomba, o la activa.

Vinieron entonces varios meses de extenuantes preparativos, pensándolo todo a la vez, cada detalle: desde los puertos artificiales que se tenían que construir para garantizar el éxito del desembarco, hasta el sitio por donde había que desembarcar y que los alemanes creyeron siempre que sería el paso de Calais. Por eso los aliados escogieron en cambio las playas de Normandía: para no dejar que el enemigo saliera de su asombro y su estupor. Allí estaban

las famosas cinco playas codificadas: Utah, Omaha, Gold, Juno y Sword.

Lo curioso es que poco antes del fijado “Día D” (5 de junio de 1944, que por mal tiempo se pasó para el 6) los nombres secretos de esas playas salieron en el crucigrama del *Daily Telegraph*, lo que disparó las alarmas del servicio de inteligencia británico. Pronto se supo que todo era una coincidencia, bah, y que ya nada podía arruinar los planes porque la suerte estaba echada: a las 22:56 del 5, salieron desde Inglaterra los seis primeros planeadores, cruzando el mar rumbo a Normandía, remolcados por los bombarderos Halifax.

El primero de ellos aterrizó en el canal de Caen a las 00:16 del 6 de junio de 1944, y sus tripulantes lograron tomarse, de un golpe, justo como lo habían previsto, el puente Pegaso. Fueron ellos quienes abrieron, rompiendo los alambres de púas de ese primer objetivo, el camino del desembarco horas después: con él se inició la larga y descomunal batalla de Normandía. La liberación de Francia y el triunfo de los aliados en el frente occidental. Churchill llevó a De Gaulle hasta Londres en la víspera, el 5, y le contó de la operación cuando ya era inevitable. “¿Cuándo empieza?”, preguntó el general. “Ya”, respondió el inglés. Fue hace casi setenta años ese día señalado, el “Día D”. El día más largo del siglo xx.

Cien años atrás: el primer siglo de la Revolución rusa

Edmund Silberner, un historiador de las ideas ucraniano, señaló alguna vez la paradoja del antisemitismo de Karl Marx, un judío (y un cristiano) renegado, un escéptico cuyo pensamiento y cuya teoría de la historia, sin embargo, parecían beber de la tradición profética del pueblo de Israel. Como si esa tradición no se pudiera esconder; como si fuera una marca de fuego aun para sus mayores apóstatas.

El marxismo, de hecho, fue una especie de revelación mesiánica: el anuncio de un futuro libre y feliz, un mundo sin clases sociales ni propiedad privada; la conquista de esa “tierra prometida” en la que el trabajo sería vocación y nunca esclavitud. Unos pocos profetas iluminados que descifran el destino del proletariado (el pueblo elegido) con un solo libro en sus manos, *El capital*, la Biblia.

Esa vocación profética del marxismo, su “determinismo” —su idea del futuro como el cumplimiento inapelable de un destino—, nacía también, por supuesto, de la manera en que Marx interpretó la filosofía de Hegel, en la que la historia evoluciona y progresa en una serie de contradicciones que se van asumiendo y devorando las unas a las otras, la “dialéctica”, hacia un propósito racional y objetivo: el espíritu, la libertad.

Solo que Marx, y su amigo Engels, voltearon al revés la filosofía hegeliana hasta volverla un afilado aparato revolucionario, un proyectil. Primero, al decir que hasta entonces los filósofos habían solo interpretado el mundo y

que había llegado el momento de cambiarlo; y segundo, al señalar que “el espíritu” (o sea todo) no era causa sino consecuencia, el reflejo de unas contradicciones mucho más profundas que estaban en lo material.

Ahí, en las condiciones concretas y objetivas y materiales y económicas del individuo, decía Marx, ahí está su explicación y la de la historia toda. Y ahí está también, en las relaciones de producción de su sociedad, el campo de batalla donde debe ocurrir la revolución, no en el derecho ni en las ideas ni en la política ni en el arte sino en la vida económica. Es eso lo que hay que transformar; ya lo demás llegará, pero primero lo primero.

No hay que olvidar, tampoco, que Marx escribe a mediados del siglo XIX y desde Alemania, Francia e Inglaterra: en el epicentro mismo de la Revolución Industrial; en pleno apogeo de ese triunfo de la burguesía con todo su esplendor y todas sus miserias, el mundo de hollín y lágrimas que narran Dickens o Victor Hugo en sus novelas. Los ricos cada vez más ricos, para usar la frase tan trillada, y los pobres cada vez más pobres.

Era allí, según Marx, donde el desarrollo del capitalismo iba a engendrar tantas desigualdades y tantas injusticias que al final los trabajadores tendrían conciencia de su condición hasta levantarse contra el orden opresivo de la burguesía. Vendrían entonces una revolución violenta y luego la dictadura del proletariado como el paso transitorio hacia la abolición de la propiedad privada y la instauración del comunismo, sí.

Eso muy en resumen, el marxismo fue también, y acaso lo siga siendo, una compleja teología sin dios, una enmarañada doctrina llena de dogmas, de santos, de revisiones y herejías y trampas, como decía Oswald Spengler. Pero lo cierto es que la teoría revolucionaria de Marx, su premisa política por excelencia, no se cumplió en la Europa Occidental, donde el capitalismo y sus excesos jamás desembocaron en la dictadura del proletariado.

Claro: la historia de esa Europa en esa época, la segunda mitad del siglo XIX, está llena de proyectos revolucionarios que buscaban destruir el orden

establecido, darles un nuevo significado a los ideales truncos e incompletos de la Revolución francesa. En Italia, en Alemania, en Inglaterra, en la propia Francia se levantaba el pueblo para exigir no solo libertad, igualdad y fraternidad sino también pan, dignidad y trabajo.

Pero todos esos proyectos, o casi todos, acabaron anegados en el fracaso y la desesperación, o en el terror y la anarquía —otra de las banderas predilectas de la época—, o en el exilio, la incomprensión y la soledad. En el mejor de los casos lo que hubo fue una transacción, como ocurrió en Italia, y la revolución fue incorporada al orden constitucional del liberalismo y la democracia burgueses.

Por eso fue tan extraño que en octubre de 1917, hace de eso cien años, triunfara una revolución marxista en el que era acaso el país del mundo con menos “condiciones objetivas” para que algo así ocurriera, la Rusia decadente e infinita de los zares, la “santa madre Rusia”. Una sociedad que era casi la negación sistemática de todas las premisas que Marx y Engels prescribieron para el advenimiento del comunismo.

Fue allí, sin embargo, donde una minoría de ideólogos logró servirse de las circunstancias para “hacer” la revolución, para consumarla dentro de los lineamientos de lo que luego, muy pronto, se llamaría el “marxismo-leninismo”: la aclimatación, en Rusia, de la teoría revolucionaria de Marx, su interpretación en ese contexto que casi la negaba, y que fue posible sobre todo gracias a la inteligencia de un hombre, Vladímir Ilich Uliánov, Lenin.

Por supuesto que una revolución ocurre solo cuando ya ha ocurrido, su estallido se da solo cuando todas las estructuras de la sociedad se han ido pudriendo por dentro, resquebrajándose, descomponiéndose, muriendo todos los días. Entonces llega la revolución, o lo que llamamos así, que no es sino su último momento: la erupción del volcán que lanza afuera todas sus entrañas; el vómito de muchos años o siglos de malestar.

Esa es la revolución, incubada en la aparente quietud de la historia, como

una larva. Hasta que las esclusas se cierran y el metal ya no puede más; entonces el agua se desborda y no queda piedra sobre piedra. Así fue en Rusia: siglos enteros de descontento, autocracia, hambre y pobreza; y los estragos de una guerra, la Primera Guerra Mundial, que nadie quería pelear. Todo siempre a punto de estallar, hasta que estalla.

Rusia, además, llevaba tres siglos tratando de definir su “espíritu”, como entonces se decía: entre su profunda naturaleza asiática y el proyecto de Pedro el Grande y sus herederos, desde finales del siglo XVII, por hacer de esa una sociedad europea y occidental. En un territorio inmenso, casi inabarcable, atravesado por realidades étnicas, lingüísticas y religiosas muy complejas.

En 1812 la estepa rusa fue el abismo en el que empezó la derrota de Napoleón Bonaparte. Pero desde ese momento también, y a lo largo de todo el siglo XIX, los vínculos entre las minorías intelectuales de San Petersburgo o de Moscú y las ideas revolucionarias de Occidente se hicieron cada vez más estrechos, en un país cuyas estructuras mentales y económicas, sin embargo, seguían ancladas al más remoto y brutal pasado medieval.

Una Edad Media que, por si fuera poco, le pertenecía a Bizancio más que a Europa, a la ortodoxia eslava de pueblos convertidos al cristianismo de manera tardía (en el siglo X) y dentro de una tradición política en la que el rey era la encarnación de Dios en la Tierra y su poder, por tanto, era incuestionable. Lo increíble, o no, es que casi nada de eso había cambiado al empezar el siglo XX, cuando todo iba a cambiar. O no.

Y contra ese orden, contra esa rígida tradición combatieron los revolucionarios rusos del siglo XIX: desde los “decembristas” de 1825, reclamándoles reformas liberales a Alejandro I y a Nicolás I, hasta ideólogos como Gueorgui Plejánov, Mijaíl Bakunin, Piotr Lavrov y Vera Zasúlich, precursores todos, cada uno a su manera, de la urgencia de una transformación radical de su sociedad.

La respuesta del régimen era siempre la represión: hacer concesiones y

reformas, sí, apoyar el desarrollo de la industria, liberar a los esclavos, por ejemplo, pero al mismo tiempo reprimir sin piedad: dejar muy en claro que el poder del zar (el César) era inobjetable, castigar a quienes se le oponían, mandarlos a Siberia o al paredón cuando no lograban escapar a Alemania o a Suiza para atizar desde el exilio el fuego de la revolución.

Una vez, en el lago de Ginebra, navegaban en un bote varios revolucionarios rusos: Pável Axelrod, Leo Deutsch, Vera Zasúlich y otros más. Entonces se paró Plejánov, quien también iba allí, y gritó: “¡No nos hundamos, por Dios, o se muere el marxismo en mi país!”. Pero el marxismo ruso tenía un problema mucho mayor que ese, y era el de cómo compaginar la teoría de Marx con una realidad que la contradecía casi en cada línea.

A principios del siglo xx (dice la *Geografía mundial* de Hachette, París, 1906) la población rusa era de 130 millones de personas con una tasa de analfabetismo del 73 %, si no más. Campesinos en su mayoría, en un enorme país repartido entre dos continentes, donde la tierra les pertenecía solo a unos pocos. Nada que ver con la sociedad capitalista en la que, según Marx, los proletarios asumirían su “conciencia de clase”.

Por eso muchos revolucionarios rusos, como los llamados “populistas”, creían que la revolución tenían que hacerla los campesinos, un levantamiento popular que le quitara la tierra a la nobleza. A esa idea se opuso Gueorgui Plejánov, al reivindicar la ortodoxia obrera del esquema de Marx, el valor superior del proletariado para organizarse y llevar a cabo una ruptura violenta con el pasado y el orden establecido.

También Lenin, Vladímir Ilich Uliánov, creía lo mismo. Había nacido en 1870 en Simbirsk, una ciudad junto al Volga. Su padre era un maestro y devoto zarista, aunque todos sus hijos fueron revolucionarios; uno de ellos, Alexandr, fue ejecutado por intentar matar a Alejandro III. No sabemos por qué Lenin decidió llamarse así (hay por lo menos cuatro teorías) pero sí que fue marxista desde joven. De su hermano heredó *El capital*.

A finales de 1895, luego de un viaje por varias ciudades europeas de las que regresa cargado de libros prohibidos y folletos revolucionarios, Lenin es arrestado y condenado a tres años de deportación en Siberia, adonde llega en 1897 luego de pasar largos meses en San Petersburgo. Allí, en 1898, se casa con Nadezhda Krúpskaya; allí también escribe uno de sus textos más importantes, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*.

Y aunque su reclusión siberiana no le permite asistir al primer congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, sí lo hace cuando se reúne el segundo, primero en Bruselas y después en Londres, en 1903. Es la emblemática y fundacional reunión de los marxistas rusos en la que se sientan las bases de los años por venir y en la que se traza la división histórica entre los “bolcheviques” (la mayoría) y los “mencheviques” (la minoría).

El leninismo, en realidad, partía de una premisa: solo los obreros podían llevar al pueblo a la revolución, solo el proletariado, como quería Marx, podía desatar esa irrupción violenta más allá del terrorismo inútil. ¿Que el capitalismo no había llegado a un momento pleno de desarrollo en Rusia? Sin duda: también por eso les correspondía a los proletarios adueñarse del Estado, de los medios de producción, de todo.

Pero para que eso fuera posible el partido tenía que constituirse en una especie de “vanguardia del proletariado”: una estructura rígida y centralizada de revolucionarios profesionales que no pensaban sino en eso. Fue ese el punto donde surgió la disputa entre los bolcheviques de Lenin y los mencheviques, quienes abogaban por una visión quizás más flexible y abierta de lo que significaba ser socialista en la Rusia del zar.

Fue en ese congreso donde también se estableció una idea fundamental del leninismo (y del comunismo) que lo viciaría para siempre; su pecado original y el que lo llevó a la ruina. Un delegado preguntó si esa rigidez y ese autoritarismo del proyecto revolucionario, y del partido, no podían significar

acaso una renuncia a las libertades civiles del individuo, a la idea misma de la persona como tal, ya que está tan de moda la expresión.

Plejánov, como tal, fue quien contestó y lo hizo impávido y resuelto: sí, dijo, así era. Si la ley suprema de la revolución así lo exigía, no había que tener ninguna consideración con esos baluartes de la burguesía y el liberalismo: ni la ley, ni la Constitución, ni el parlamento, ni el individuo: nada que no se acomodara a la estrategia de la revolución marxista y su promesa de un futuro ideal debía quedar en pie, nada.

Pero para que esa revolución triunfara faltaban todavía catorce años, y mucho lodo corrió bajo el puente en la santa madre Rusia: una guerra contra el Japón, de 1904 a 1905, que el zar perdió y por la cual tuvo que hacer toda clase de concesiones, como inaugurar un parlamento (la Duma), permitir una constitución y negociar con los trabajadores, a los que sin embargo reprimió de manera brutal, como siempre y cuando pudo.

También, en 1914, vino la Primera Guerra Mundial, la Gran Guerra, a la que Rusia entró para defender sus intereses en Serbia y los Balcanes. Pero la decadencia del régimen era total, devorado por el costo de un ejército que ya no aguantaba más, por el hambre, por la burocracia, por la indolencia, incluso por el poder de truculentos personajes como Rasputín que enfurecían al pueblo, desahuciado. Todo era Gogol.

Un año antes, en 1913, Lenin le había escrito a Máximo Gorki una carta en la que le decía: “Una guerra entre Austria y Rusia sería muy útil para la revolución”. Su idea era convencer a los pueblos de que esa guerra solo beneficiaba a los dueños del poder, a la burguesía, al pasado. Mientras, los trabajadores iban como carne de cañón a pelear en el frente. ¡No! Había que liberarse, el proletariado era una hermandad.

Y fue esa guerra la que acabó también con el zarismo: fue ella, su desastre, la que hizo posible la revolución. Primero la de febrero de 1917, una revolución liberal y democrática y endeble que ya no podía salvar a nadie, un

flotador roto; y luego la de octubre (o noviembre, según el calendario) de los sóviets: la revolución de los bolcheviques, la vanguardia del proletariado que habría sorprendido al mismísimo Marx.

Una revolución que se volvió el espejo y la ilusión y el estímulo de los trabajadores del mundo, en ese momento, y que tuvo que cumplir sus promesas, o tratar de hacerlo, mientras libraba una guerra civil, y luego una guerra mundial, y luego una guerra fría. Pero también una revolución signada por el fanatismo y la censura, pervertida en sus propósitos por sus brutales métodos. Una contrarrevolución, ya en el poder, una dictadura.

Sobre todo desde que llegó Stalin al mando, sí, pero aun desde antes. La maldición de Plejánov de 1903: la revolución lo justifica todo, incluso el infierno. En nombre de un futuro feliz que nunca llegó ni llegará, solo los burócratas, y los parásitos del sistema, y los delatores, y los beneficiarios de una prolongación vergonzosa del zarismo. La utopía y su belleza convertidas en un alambre de púas.

También grandes conquistas, nadie lo niega, pero a qué precio. Lo dijo Harold Laski, un socialista ejemplar, en 1943: “La revolución debía hacerse contra lo injustificable, no para justificarlo”.

Lo que va del siglo XXI ha sido una sucesión agotadora de conmemoraciones y centenarios del siglo XX, desde el hundimiento del Titanic hasta la Primera Guerra Mundial. Quizás porque ningún tiempo es pasado, para eso nos sirve recordar.

Setenta años del fin de la guerra

Esta semana se cumplieron setenta años de la rendición de Alemania en la Segunda Guerra Mundial, setenta años del “Día de la Victoria”: un día que en realidad duró tres días —y los cinco años atroces de la guerra—, y sobre cuya fecha exacta no pudieron ponerse de acuerdo ni siquiera sus artífices, pues todos querían que el único reloj que diera la hora fuera el suyo. Pero como estaban tan lejos los unos de los otros, el sol no fue el mismo para nadie. Eso hace el espacio con el tiempo, lo confunde.

El 7 de mayo de 1945, a las 2 horas y 41 minutos, el general Alfred Jodl firmó por fin en el Cuartel General Supremo de las Fuerzas Aliadas, en Reims, en el noreste de Francia, la “rendición incondicional” del gobierno alemán ante sus enemigos en los dos frentes de la guerra, los aliados en el frente occidental y los soviéticos en el frente oriental. Todas las actividades por tierra, mar y aire debían ser suspendidas a las 23 horas y 1 minuto del día siguiente, el 8 de mayo de 1945.

Dicen que Dwight Eisenhower, el comandante supremo de las Fuerzas Aliadas, estaba tan asqueado con las atrocidades de los nazis que prefirió no asistir a la ceremonia de rendición y en cambio delegó a su jefe de gabinete, el general Walter Bedell Smith, para que firmara él en nombre de los aliados ese documento que acababa con la guerra en Europa. Por los soviéticos firmó el general Ivan Alexeyevich Susloparov, y el general francés François Sevez hizo las veces de solemne testigo.

Después de firmar el documento, el general Jodl se paró al frente del general Smith y le dijo en alemán: “General, con esta firma el pueblo alemán

y las fuerzas alemanas han sido entregados, para su fortuna o su desgracia, al vencedor. En esta guerra que ha durado cinco años, ambos han padecido y sufrido más que ningún otro pueblo en el mundo; en esta hora no me queda más que confiar en la generosidad del vencedor...”. Dicen que sus manos temblaban al pronunciar esas palabras.

Smith y Susloparov y Sevez lo oyeron impasibles y no le respondieron nada; Jodl entonces salió del lugar con quienes lo acompañaban, el almirante Friedeburg y el mayor Oxenius, y fue llevado adonde Eisenhower, quien solo le preguntó con absoluta frialdad: “¿Entiende los términos de esta rendición incondicional y está dispuesto a cumplirlos?”. Jodl asintió sin decir más y luego se fue. Susloparov entró a darle la mano a Eisenhower; la guerra había terminado.

Muy pronto, la noticia de la paz se extendió como pólvora, valga la paradoja, y todos parecían estar dichosos con ella. Los aliados, sin duda, que habían logrado que Alemania se rindiera en todos los frentes y no solo en el occidental, como quería el gobierno agonizante de Berlín; una rendición sin condiciones, además, que garantizaba que esta vez, a diferencia del año 18, los vencidos no tuvieran el infierno al alcance de la mano. Quizás por eso los propios alemanes descansaban también.

Solo Stalin, en Moscú, puso el grito en el cielo. Su ejército, durante los últimos cuatro meses, había dejado el alma y la piel en el camino hacia Berlín, y ahora exigía que la rendición se firmara allí, sobre las ruinas de esa ciudad conquistada por él y que hasta la víspera era todavía la capital del infierno. ¿Se entregaban los alemanes? Muy bien: que lo hicieran en su territorio, entre los escombros de su imperio humillado. Por eso el 8 de mayo, a medianoche, se volvió a firmar otra vez la rendición de Alemania.

Y para cuando se consumó esa segunda firma ya en Moscú era mañana, ya era el 9, y así el día en que se acabó la guerra en Europa duró tres días —tres días y cinco años—. Por eso, su conmemoración nunca es igual en Occidente

ni en Oriente, porque cada reloj da la hora que le tocó en suerte. Se trata de una sutil diferencia que tiene que ver con el tiempo de la historia, por supuesto, pero es que el tiempo de la historia depende siempre del espacio; el sol no es el mismo para nadie, ni siquiera en la memoria.

Por eso también dicen muchos que la batalla de Berlín en 1945 fue la última gran batalla de la Segunda Guerra Mundial en Europa y al mismo tiempo fue la primera gran batalla de la Guerra Fría: el símbolo inaugural de ese “nuevo orden” nacido de las cenizas de Occidente, en el que dos de las grandes potencias que se habían unido para derrotar a Hitler ahora estaban condenadas sin remedio a enfrentarse entre sí. Ahora los Estados Unidos y la Unión Soviética tenían que mostrarse los dientes.

Y ambos lo sabían. Esa es la razón, quizás, por la que Stalin aceleró la marcha hacia Berlín desde finales de febrero de 1945, convencido de que quien llegara primero a la ciudad iba a tener una condición privilegiada para administrar la victoria. El historiador británico Antony Beevor plantea además otra hipótesis interesante: Stalin sabía que el que primero llegara a Berlín iba a quedarse con los secretos de las investigaciones nucleares de los alemanes, y también con el cadáver de Hitler: con su fantasma, con su sombra.

Pero el Ejército Rojo no la tuvo nada fácil para llegar hasta Berlín, aunque Alemania ya estuviera al filo de la derrota. Al revés: esos primeros meses de 1945 fueron quizás los más delirantes y los más brutales de los nazis, cuando se vieron perdidos y su Führer estaba dispuesto a inmolarse con su pueblo, la mirada perdida, temblando, paranoico, dando a gritos la orden de que no quedara piedra sobre piedra para cerrarle el paso al enemigo. Que todos los puentes ardieran y el mundo con ellos.

Desde el 20 de abril hasta el 2 de mayo Berlín fue el escenario de una feroz carnicería. El ejército alemán salió a defender la ciudad con sus últimos restos: 45.000 soldados como arrancados de ultratumba —y sí—, muchos de

los cuales, muchísimos, eran niños o ancianos que fueron al frente como carne de cañón para evitar el avance implacable del Ejército Rojo. El 29 de abril Hitler hizo su testamento y se casó con Eva Braun, su amante de toda la vida; al otro día ambos se suicidaron, luego fueron incinerados.

Tal como mandaba el testamento del Führer, el almirante Karl Dönitz se hizo cargo de ese barco que se iba al abismo. Su misión ahora era mantener unido al pueblo alemán contra el ataque de “los bolcheviques”. Pero ese nuevo gobierno apenas si podía sacar la cabeza desde su exilio en Flensburg, en el norte, en la frontera con Dinamarca, mientras en Berlín los últimos nazis trataban desesperados de negociar la rendición de la ciudad. El 2 de mayo lo hicieron, entre los escombros del infierno.

En YouTube se pueden ver los videos restaurados y a color de esos días de espanto: una ciudad hecha pedazos, con las entrañas afuera, en carne viva; un lugar arrasado de su sitio. Quien la ve hoy y ve esas imágenes de hace solo setenta años no puede creer que sea la misma. La mejor ciudad de Europa, de lejos, que en 1945 parecía un cementerio. Porque lo era.

Desde entonces Europa ha vivido acaso la época más pacífica de toda su historia. Con conflictos y errores, sin duda, en el mundo estamos. Pero con las lecciones aprendidas del pasado, ojalá. Consciente de que su único deber moral es impedir que se repita la infamia, que se vuelvan a abrir los hornos crematorios, que el infierno vuelva a ser posible. Por eso la memoria es tan necesaria cuando todo aún está cicatrizando: porque solo en ella ocurre el presente, el antídoto contra el pasado que está por venir.

Muchos autores dicen que las dos guerras mundiales son la misma, y es cierto. Dos partes de una misma película en la que nació el mundo en que vivimos, “La guerra de los treinta años”. Allí estaban las semillas de todo lo que vino luego, lo bueno y lo malo, lo que somos aún hoy.

Y conmemorar la historia tiene justo ese sentido: el del tiempo que es capaz de transformar al espacio, de volverlo un recuerdo.

Cada quien tiene el sol que se merece.

Waterloo: una batalla que no se rinde

El gran escritor y humorista inglés Anthony Burgess contaba siempre que su segunda esposa, que era italiana, solía decirle que solo a los ingleses se les ocurre bautizar un puente y una estación de trenes en Londres con el nombre de una derrota, el nombre de Waterloo. También hay una canción de los Kinks, la banda de rock, que evoca ese nombre y lo celebra junto al Támesis: “No necesitan amigos: mientras contemplen el ocaso en Waterloo, están en el paraíso...”.

Habrà quien diga que ese comentario festivo de Liana Burgess era el de una italiana solidaria con un compatriota. Pero no por ello es menos agudo: pensamos en Waterloo como una gran derrota, la derrota de Napoleón Bonaparte, y no como lo que en verdad fue: la gran victoria de la llamada “Séptima Coalición” en su contra, con los ingleses a la cabeza. Nos parece que el drama memorable que allí ocurre —y tal vez sí— es el del héroe caído, no el del triunfo de quienes lograron por fin doblegarlo.

En Waterloo, el 18 de junio de 1815, se apaga para siempre el sol del imperio napoleónico. Un sol del que ese día quedarán apenas las cenizas, la sombra. Será la última vez que vuelen en la punta de los estandartes las águilas de la Vieja Guardia: las águilas de bronce de Austerlitz, de Jena, de Wagram; las mismas que lo vieron coronarse con sus propias manos en París el 2 de diciembre de 1804. ¡Ah, qué día tan feliz había sido ese! Con Josefina a su lado y el papa también, aterrado.

Quizás Napoleón recordara todo eso allí en Waterloo: sus días de gloria, sus victorias, sus amores, su felicidad. Parado en el fango, cegado por el

humo, quizás era eso lo que veía por el catalejo: no su presente sino su pasado; no ese barrizal en el que se hundía su imperio, sino sus recuerdos. Oía el galope de los caballos sin jinete y oía los gritos de dolor de sus hombres arrastrándose por el suelo. Pero era como si él ya no estuviera allí.

En los instantes finales de la batalla, cuando ya todo estaba perdido, Napoleón trató de defenderse con el alma junto a los tres últimos regimientos que protegían su cuartel en La Belle Alliance, a pocas millas del enemigo. Eran los últimos restos de la Guardia Imperial: soldados que estaban con él desde la campaña de Italia, hacía muchos años. Cuenta el escritor Joel Tyler Headly que entonces Cambronne le gritó al emperador: “¡Salga de aquí, la muerte no lo necesita para nada!”.

Puede ser otra frase apócrifa de Cambronne. Otra de esas frases célebres tuyas que nunca dijo, como la que vino después cuando Napoleón ya huía camino de Gennape: “La Guardia muere pero no se rinde”. Michel de Rougemont, un periodista que publicó el primer relato de la batalla seis días después, se la atribuyó. Otros dicen que la frase de Cambronne fue muchísimo mejor y que solo se le oyó gritar en medio del desastre, como al coronel de García Márquez: “¡Mierda!”.

Ya sé que este parece un relato de novela, ya lo sé. Pero es que toda la vida de Napoleón Bonaparte, toda su historia, lo fue. Y él mismo lo sabía y así se lo dijo un día al conde de Las Cases, su confidente en Santa Elena: “¡Qué novela mi vida!”. Una novela que si no hubiera ocurrido y uno la contara y la escribiera sería imposible de creer: la de un italiano que puso en jaque a todas las grandes potencias de Europa durante casi veinte años, de 1796 a 1815; la de un emperador nacido de la Revolución francesa.

Entre esas dos fechas un fantasma recorre Europa, un vendaval: el de las guerras napoleónicas que surgen del choque entre el antiguo régimen y el proyecto político y cultural de la revolución. Allí, entre las grietas de ese mundo que está cambiando de piel, brotan todas las contradicciones que van

a definir la primera mitad del siglo XIX: el ascenso de la burguesía, sí, pero también el surgimiento del espíritu romántico; la redacción del Código Civil pero también la reivindicación de la monarquía y la nostalgia.

Y pareció de veras, durante diez años, como si Napoleón Bonaparte fuera invencible. Las coaliciones de sus enemigos se sucedían para derrotarlo, y siempre era él quien terminaba por ganar. Solo los ingleses pudieron clavarle una espina en el pie con Trafalgar, pero una espina no hace verano. Los otros nombres, en el continente, son nombres de victorias y victorias y victorias: Austerlitz, Jena, Wagram, Friedland, Caldiero, Elchingen, Lübeck, Ulm...

Hasta que Napoleón, en 1808, cometió un error con el que empezaría el naufragio del imperio. Bueno: cometió varios, pero uno fatal que iba a desencadenar o a agravar todos los demás: la invasión a España. Porque uno puede hacer todo en esta vida, todo, menos invadir España. El día que lo hace se la acaban la suerte y la felicidad, la paz y la dicha. A Bonaparte le había ido muy bien metiéndose con los prusianos o los austriacos, gente razonable, pero los españoles lo iban a hacer comer polvo durante siete años.

Son los siete años desgarradores del fin de ese imperio agobiado por su propio peso, burocratizado, raído, desprovisto de su romanticismo original. Un imperio de advenedizos y nuevos ricos con aires de nobleza, una opereta. Y ahora los nombres empiezan a tener también el sabor de la derrota: Aspern-Essling, Dannewitz, Badajoz, Bailén... Y por supuesto, la ruinosa invasión rusa de 1812, en la que el frío hizo pedazos al ejército francés.

Después de su derrota en la batalla de Leipzig en octubre de 1813 ante la llamada “Sexta Coalición” (todos sus enemigos: Inglaterra, Austria, Prusia, Rusia, Suecia...), Napoleón queda contra las cuerdas y en abril de 1814 firma el Tratado de Fontainebleau, en el que deja el poder en Francia pero en el que sus verdugos le permiten conservar el título imperial y le dan la isla de Elba, en el Mediterráneo, para que gobierne allí. Un trono que es también una cárcel, como todos.

Allí estuvo casi un año el emperador y por supuesto no se pudo resignar al exilio y la quietud. Al revés: se entregó de lleno a solucionar cuanto problema hubiera en Elba, saltando de un lado para el otro como un resorte, al acecho de cualquier lámpara que faltara o cualquier matrimonio que discutiera, y él iba y los componía. Vivía además a lo grande, con su familia y una gran corte de más de cuatrocientos miembros. Era el dueño y señor de esa réplica de juguete de su imperio desaparecido.

Pero en el fondo lo que él quería era volver a París. Porque además sus espías al otro lado del mar le habían susurrado que sus enemigos pensaban traicionarlo. Entonces, el 26 de febrero de 1815, en una intriga de película — de novela—, Napoleón Bonaparte se fugó de Elba a bordo de un bergantín, El Inconstante. El capitán Andrieux, que tenía que impedir que el emperador se escapara, se lo cruzó y le preguntó sin saberlo: “¿Saben algo de Napoleón?”. Fue él mismo quien le respondió desde la cubierta: “¡Está mejor que nunca!”.

Así empieza ese gobierno llamado “De los Cien Días”: el regreso de Napoleón a Francia “sin disparar una sola bala”, según su propia promesa. Un gobierno muy distinto, decía él, que iba a recuperar la bandera de la libertad. Pero para lograrlo había que obligar a sus enemigos a que no le hicieran la guerra. Y el único camino para ello era por supuesto la guerra misma: la guerra —como siempre— para evitar la guerra y acabarla.

El Congreso de Viena, donde se reunían los enemigos de Bonaparte, no estaba dispuesto a dejarse intimidar y puso sobre la mesa 150.000 hombres para ir por el usurpador, que corrió también hacia adelante. Dos meses duraron las vísperas de esa guerra sin remedio. El 12 de junio de 1815 Napoleón cruzó, con 70.000 hombres, la frontera belga. Sabía muy bien que las fuerzas de la coalición eran muy superiores a las suyas, entonces decidió ir primero por los ingleses entre Bruselas y Gante.

Esa era su idea: solo si podía partir al enemigo, Napoleón ganaba la guerra; de lo contrario no. Los ingleses, comandados por el duque de Wellington, un

gran soldado que ya en España había puesto en jaque a los franceses, estaban al norte con los holandeses, mientras que los prusianos venían por el oriente bajo el mando del general Gebhard von Blücher. Entre esas dos fuerzas había casi dos días de distancia y Bonaparte lo sabía: si las enfrentaba por separado, el triunfo era suyo.

Por eso, el 16 de junio, Napoleón les cerró el paso a los prusianos en la que sería su última victoria, la batalla de Ligny. Luego mandó al mariscal Grouchy con 33.000 hombres a perseguirlos, mientras el mariscal Ney, por la derecha, y él, por el centro, iban por Wellington hasta Bruselas. El 17 llovió todo el día y los cañones y los caballos y los hombres apenas si podían tenerse sobre el fango.

El 18 fue la batalla en Waterloo. Habría podido llamarse también de Saint Jean por el sitio en que se peleó, pero Wellington, que la ganó, no quería que esa victoria decisiva para el destino de Europa cargara para siempre con un nombre francés. Mejor Waterloo: la derrota de Napoleón. ¿Qué la produjo? Todo, sin duda. El hecho fatal y definitorio de que Grouchy se durmiera y dejara pasar a los prusianos, que llegaron a darle el golpe de muerte al ejército francés. La entereza de los contrincantes, la mala suerte, la lluvia. Todo.

Napoleón no lo podía creer: veía por el catalejo cómo a su imperio se lo tragaba el barro. La Vieja Guardia, sin rendirse, moría a su lado. “Yo he debido morir en Waterloo”, le dijo luego a Las Cases en Santa Elena. Y de alguna manera lo hizo.

O quizás fue él quien pronunció esa frase de Cambronne ante el desastre: “¡Mierda!”. Y razón no le faltaba.

El quinto centenario de la modernidad

Parece que el hecho nunca ocurrió de verdad —no así, por lo menos— pero siempre se ha contado de la misma forma tremenda y cinematográfica: el 31 de octubre de 1517, este año hace quinientos años, el monje agustino Martín Lutero pegó en la puerta de la iglesia del Palacio de Wittenberg sus famosas 95 tesis contra la corrupción de Roma, y con ellas, sin saberlo ni quererlo, le dio origen a la Reforma protestante.

Fue esa la primera chispa de un incendio irreversible y voraz que acabó, para siempre, con la unidad de la cristiandad occidental, y de sus llamas que todavía arden y queman y braman, aunque ya no lo parezca tanto, o aunque eso ya no importe igual porque desde hace mucho tiempo es un hecho cumplido, surgió el mundo tal como lo conocemos hoy: el mundo moderno, la modernidad.

Ahora: lo que Lutero quería, según sus propias palabras años después, era todo menos eso, pues su prédica era la de un hombre de fe y un teólogo, un pastor, un profesor severo y temeroso de Dios que respetaba como nadie a la Iglesia romana, su Iglesia, dentro de la cual buscaba propiciar un debate moral y filosófico para purificarla, no ese cataclismo con el que casi la destruye y con el que la cambió para siempre.

En un texto suyo autobiográfico y de la vejez, el prólogo a la edición de 1545 de sus *Escritos latinos*, Lutero asegura que acabó metido en el tropel de la Reforma “por accidente”, y pone a Dios por testigo cuando dice que todo aquello fue contra su “voluntad y deseo”, con lo cual se explicaría también el tono reverente y vacilante que sus escritos tenían entonces (en 1517), pues en

ellos no latían la revolución ni la ira. No todavía.

La trayectoria intelectual de Lutero, sin embargo, es la del desencanto, la del que arrastra consigo, en el estómago, una insatisfacción muy profunda y sorda y asfixiante, la rebeldía sin tregua de quien vive ahuyentando al demonio —“la tinta con la que escribo es el veneno que le doy”, dijo una vez — pero también a los soldados de Dios que no sabían serlo, los que lo deshonraban con su hipocresía y sus errores.

Martín Lutero era un católico integral, nada que objetar. En 1501 había empezado a estudiar Filosofía y Derecho en la Universidad de Erfurt, de la que luego diría que era como un burdel: uno aristotélico y escolástico, eso sí, en el que descubrió su gran pasión por la polémica y su gran desprecio por Aristóteles y la escolástica. En realidad las leyes de los hombres le interesaban muy poco, y si las estudiaba era para darle gusto a su papá.

Pero en julio de 1505 un episodio lo desvió de su camino, o acaso lo puso por fin en él; juzgue cada quien como quiera. Regresaba Lutero a caballo de visitar a su familia y una feroz tormenta cayó del cielo, con rayos, truenos y centellas. Según dijo en 1539, estuvo a punto de morir aplastado por un árbol, y entonces le prometió a santa Ana que si lo sacaba de allí se haría monje.

Dicho y hecho: a los pocos días Lutero vendió todo y entró en la Orden de los Ermitaños de San Agustín, con tanta intensidad y tanto empeño que a los dos años ya era diácono. En 1508 fue enviado por sus superiores a estudiar teología en la Universidad de Wittenberg, allí se hizo bachiller en Estudios Bíblicos y en Sentencias y luego maestro y doctor; allí se hizo también lo que fue el resto de su vida, un aguerrido profesor.

En 1511, también por encargo de sus superiores, viaja Lutero a Roma: un viaje a pie, de mochilero, acompañado solo por uno de sus hermanos en la orden. Fue esa una de las experiencias definitorias del “hermano Martín” en su posterior enfrentamiento con el papado, pues Roma seguía siendo entonces el caos medieval que había sido siempre, debajo del cual, sin embargo, se le

veía ya la cola al diablo del Renacimiento y la degeneración.

Eso fue Roma para Lutero desde que la vio: Sodoma y Babilonia, el infierno. Con los andamios puestos en la nueva basílica de San Pedro que el papa Julio II estaba erigiendo sobre la vieja: una descomunal y arrogante exhibición de poder y belleza; el mejor resumen de esa ciudad y esa iglesia sacudidas por el concubinato, la corrupción, la depravación, la simonía, la concupiscencia y el arte.

Por eso, al regresar a Alemania, la obsesión de Lutero es el pecado: el pecado y la salvación. Entonces, como en un raptó, como cuando esa tormenta de 1505 lo desvió de su camino o lo puso por fin en él, relee la carta del apóstol Pablo a los romanos (Romanos 1:17) que dice: “Porque en el Evangelio la justicia de Dios se revela por la fe y para la fe, como está escrito: y el justo por la fe vivirá...”.

Ahí está el otro episodio definitorio de Martín Lutero en su abrasadora guerra interior contra la Iglesia católica: su llamada “vivencia de la torre”, cuando se encierra en su habitación a leer a san Pablo y formula la que luego sería la esencia de su doctrina: la salvación está solo en la fe, no en las obras; la gracia de Dios es su infinita piedad, no la hipocresía de los fieles para conquistarla con halagos y penitencias.

Es lo mismo que dice Lutero cuando en 1517 se entera de que un enviado del papa, el dominico Juan Tetzel, está vendiendo indulgencias (el perdón de los pecados) en la Sajonia vecina. Además con un lema feliz de anunciante de televentas: “Al sonar la moneda en la cajuela, del fuego el alma al paraíso vuela...”. Y con una tabla de tarifas muy cómoda, ¡perdones para todos los gustos, para todos los pecadores, aun los muertos!

Esa venta de indulgencias del año 17, una práctica muy común desde hacía siglos en la Iglesia, tenía por objeto recaudar fondos para la construcción de la basílica de San Pedro, ahora conducida por el papa León X, Giovanni de Medici, y su arquitecto predilecto, el pintor Rafael Sanzio. En realidad era un

negocio mucho mejor: una “unión temporal” (como se diría hoy) entre el Vaticano, Alberto de Maguncia y el banco de los Fugger.

Todos cobraban allí: la mitad para Roma, la otra mitad para sus socios alemanes. ¿Y por qué esa plata no la ponía el papa, que era un florentino riquísimo, un Medici, nada menos?, preguntaba Lutero. Pero más aún: ¿cómo podían creer ellos que el perdón era algo que la Iglesia pudiera ofrecer y conferir y además vender, como si fuera un perfume? Blasfemos, eso es lo que eran. Mercaderes de la culpa, mercachifles.

Una versión histórica muy difundida y superficial, casi de manual de colegio, sugiere que entre el Renacimiento y la Reforma hay una especie de continuidad, una secuencia lógica: el humanismo liberador del primero como causa de la vocación crítica de la segunda. En realidad es todo lo contrario, pues el protestantismo, o lo que luego se llamaría así, era más bien una refutación de la Italia de los siglos XV y XVI.

Lutero era lo que hoy llamaríamos un “indignado”, conservador y moralista a más no poder. Y su voz se levantó, como una tea, justo contra el Renacimiento: contra las indulgencias, contra la venalidad de la Iglesia, contra ese paganismo que había resucitado en Roma y que habitaba en sus templos, sobre todo en sus templos cristianos. Nada podía haber más distinto en el mundo que un monje alemán y un papa florentino.

¿Cómo fue, entonces, que un movimiento así le dio inicio a la modernidad? ¿Cómo pudo ser una revolución ultraconservadora y fundamentalista el origen del mundo de hoy? La mejor respuesta, a mi juicio, la dio el político e historiador inglés Harold Laski: primero, dijo, por la imprenta, sin la cual habría sido imposible la difusión que tuvieron de inmediato, y en masa, las ideas luteranas.

Y segundo, y sobre todo, porque la Reforma fue la coartada ideal, el caballo de Troya para que la burguesía alemana, insatisfecha desde hacía siglos con el papado, se adueñara de esas ideas no por razones morales sino

por razones políticas y económicas de conveniencia: para quitarse de encima, con ellas, el yugo de Roma. Ese fue el primer triunfo de los burgueses en su lucha contra toda autoridad, el triunfo contra el papa.

La Reforma inaugura así tres siglos de guerras religiosas en Europa, al final de los cuales ya no existen ni la unidad del catolicismo ni la autoridad suprema del papa. Por eso, aunque su propósito era conservador, sus consecuencias fueron revolucionarias: la secularización del mundo, la separación entre la Iglesia y el Estado, la llegada al poder de los burgueses, el triunfo de esa lógica racional por fuera de la fe que es la modernidad.

Dicen que Lutero nunca pegó sus tesis en ninguna puerta de ninguna iglesia, y que la suya fue más bien una disputa académica y teológica (un incendio) que empezó a circular de mano en mano. Sentado en la punta del volcán, el “hermano Martín” lo atizaba. “Es otro monje alemán borracho, ya se le pasará”, dijo de él León X.

Hace de eso quinientos años.

Un asesinato en Bogotá

“Ala, todavía no ha muerto...”, dijo uno de los dos asesinos, o el que aún no lo era porque se había agachado a arreglarse una media y entonces oyó el golpe seco, y al levantar la mirada vio el cuerpo ya en el suelo, bañado en sangre. “¿Como que todavía está vivo?”, preguntó, mientras el otro, el que se le había adelantado y había sacado la hachuela y la había clavado sin dudarle, apenas decía: “Ahora sí que me maten, ya cumplí con mi deber...”. Fue cuando el primero dijo: “Ala, todavía no ha muerto...”, y también sacó su hachuela y fue y se la clavó dos veces más.

Leopoldo Ribón, uno de los testigos, iba por la carrera 7.^a hacia el norte, y al llegar a la esquina de la plaza de Bolívar oyó que alguien gritó con horror: “¡Lo mató, así no...!”. También oyó el golpe seco, los hachuelazos. Entonces se devolvió hasta el atrio del Capitolio, donde yacía el cuerpo ensangrentado, y pudo abrirse paso para verlo de cerca, allí tirado entre el tumulto que ya empezaba a formarse. Al principio no lo reconoció, pues la cara estaba muy hinchada. Pero vio mejor y dijo apesadumbrado: “Es el general Uribe”.

El mismo Leopoldo Ribón corrió a buscar como fuera un coche; al lado del cuerpo de Uribe Uribe ya estaban varios de sus amigos, en lágrimas: el ministro Pedro León Mantilla, el senador Jorge Vélez, el doctor Santiago Uribe, el coronel Julio Hernández, don Ricardo de la Parra. Todos ellos ayudaron a subirlo a un carro tirado por dos caballos y se fueron con él hasta su casa en la calle 9.^a con carrera 5.^a. Mientras, el coronel Víctor M. Hernández apresó a uno de los atacantes, que se había quedado allí como un poseso. Al otro lo cogieron detrás del Capitolio cuando huía.

Fue tal la confusión que produjo la llegada del cuerpo moribundo del caudillo a su propia casa, que los que lo cargaban, siempre según Ribón, anduvieron con él regando su sangre por un corredor antes de que alguien les dijera que lo mejor era meterlo en la habitación al lado de las escaleras, y allí lo acostaron. Bogotá era entonces una ciudad de 121.257 habitantes: la misma ciudad colonial de siempre, brumosa y chismosa. Así que la noticia del atentado al general Rafael Uribe Uribe había retumbado como las campanas, y muy pronto la casa se llenó de gente.

Los primeros médicos que llegaron fueron José María Lombana Barreneche, José Tomás Henao y Luis Zea Uribe, quien luego relataría el estado catastrófico en que se encontró al general: con una herida en cada pómulo y el rostro pálido y desfigurado, y varios tajos en el cráneo, uno de ellos muy profundo; “la cabeza era un solo coágulo sangriento”, escribió el doctor Zea, precursor del espiritismo en Colombia. El general se quejaba y decía incoherencias: “Informes del Estado Mayor...”, “Yo creo, señor presidente...”.

Quizás, mientras se le iba la sangre, recordó su vida entera. Su infancia idílica en la hacienda El Palmar, en Valparaíso (Antioquia); su ida a Medellín, a los ocho años, para estudiar en el Colegio del Estado. Luego, el viaje con su familia para establecerse en Buga, en el estado soberano del Cauca, donde en 1876 conoció los rigores de la guerra, alistado en el ejército liberal de Julián Trujillo. En la batalla de Los Chancos una bala le hirió la rodilla: tenía diecisiete años y fue su primera herida de soldado, la primera vez que sintió que se le iba la sangre.

Acabada la guerra —esa guerra: ya vendrían las demás, ya casi—, Uribe Uribe fue a estudiar Derecho en el Colegio del Rosario, de donde se graduó en 1882. En 1883 regresó a Medellín como profesor y abogado, pero un año después, en 1884, las balas volvieron a volar, pues los radicales se levantaron contra el gobierno recién elegido de Rafael Núñez, al que acusaban de

entregarles el país a los conservadores. En el ejército rebelde de Antioquia, Uribe peleó como coronel al mando de una tropa que protagonizó varias proezas antes de la derrota total.

Fue en esa guerra del año 85 en la que Uribe Uribe mató de un balazo a un soldado suyo que se le rebeló y que se llamaba, qué paradoja, Resurrección Gómez. Por ese hecho pasó largos meses en la cárcel, donde escribió su *Diccionario abreviado de galicismos, provincialismos y correcciones del lenguaje*: un erudito divertimento que era la prueba de que los liberales también sabían gramática, que en la Colombia de entonces era la ciencia del poder por excelencia: un instrumento de dominación, una fusta con la que las élites recordaban que este era un país blanco y civilizado, ja.

Derrotados los liberales en la guerra del 85, Uribe se dedicó a sus asuntos personales y comerciales, pero en 1895 volvió a empuñar las armas contra el gobierno en un nuevo levantamiento, aún más ruinoso que el anterior, y en solo dos meses su ejército ya estaba derrotado. En 1896 —la sangre se escapa— fue elegido representante a la Cámara: el único liberal en ella, en medio de una jauría conservadora que apenas si lo dejaba hablar, aunque sus constancias de la época son un prodigio de ironía y buen humor.

Vinieron entonces la guerra de los Mil Días —otra guerra, otra derrota, más sangre—, la separación de Panamá, la dictadura de Reyes. Ahora Uribe Uribe era un defensor de la paz, e incluso entró al gobierno. Pero en 1910 se opuso al triunfo de la Unión Republicana y al presidente Carlos E. Restrepo, y en 1914 apoyó con su “bloque liberal” al conservador José Vicente Concha, que les ganó las elecciones a los republicanos. ¿Por qué lo hizo? Ramón Rosales dio alguna vez una explicación probable: porque si no era Concha era Marco Fidel Suárez, y con él los curas.

Lo cierto es que ese apoyo de Uribe al gobierno conservador le valió el odio de muchos viejos copartidarios y por supuesto también el de los republicanos. “¡Traidor!”, le decían todos. Colombia era entonces un país de

5.472.604 habitantes y poco más, en el que una idea multiforme y desgarradora de la modernidad se abría paso en medio de sus estructuras hispánicas y señoriales. En abril de 1914 se había firmado el acuerdo final con los Estados Unidos por la separación de Panamá. En el mundo, allá, había empezado en agosto la guerra mundial.

Hasta el día de hoy no se sabe si los dos artesanos que mataron a golpes de hachuela al general Rafael Uribe Uribe lo hicieron por su cuenta o mandados por alguien, quién. Uno de ellos, cuando se lo preguntaron, respondió altivo, reivindicando su autoría total del crimen: “Qué desgracia esta, que cuando uno es pobre lo han de considerar peón hasta para el delito”. Y sí: desde el día mismo del feroz atentado se han urdido toda clase de teorías que lo explican, y esta es la hora en que cualquiera de ellas podría ser cierta, e incluso, como suele ocurrir aquí, todas juntas.

Pero la vida de los dos asesinos, Leovigildo Galarza y Jesús Carvajal, es otra novela: artesanos ambos y con una clara vocación política y de clase, tenían también vínculos con la Unión Republicana. De hecho, culpaban al general Uribe, a su traición, de su mala racha económica, pues en el anterior gobierno habían gozado de contratos que Concha les quitó. “Usted es el que nos tiene fregados”, le dijo uno de ellos cuando lo mató.

Fue el 15 de octubre de 1914, luego de una noche de chicha y borrachera; en la mañana decidieron que lo iban a matar, y fueron a afilar sus hachuelas. Al mediodía lo acecharon al frente de su casa y cuando lo vieron salir se le fueron detrás. Uribe Uribe bajó por la calle 9.^a, luego cruzó por la carrera 7.^a. Iba llegando al Capitolio cuando oyó, él también, un golpe seco. Lo oyó, lo sintió antes de caer al suelo.

Quizás Uribe Uribe recordó también en su lecho de muerte —las últimas gotas de sangre— un texto suyo que alguna vez escribió: “Da mucho en qué pensar que, en el último año del primer siglo de nuestra vida como nación independiente, la práctica de la república no nos haya enseñado a respetar las

opiniones ajenas; e infunde melancolía que a estas horas de la civilización haya todavía en la capital de Colombia quienes consideran las opiniones como delitos y quieran castigarlas como tales...”.

Ciento diez años de una tragicomedia

Parece una invención, como todas las historias de nuestra historia, pero no lo es: en la noche del 3 de noviembre de 1903, justo hoy hace ciento diez años, el coronel Jorge Martínez, al mando del crucero colombiano Bogotá que surcaba las aguas del Pacífico, cumplió su amenaza de “hacer llover metralla” sobre la Ciudad de Panamá si los insurrectos contra el gobierno central no dejaban la pendejada y liberaban a los presos, entre ellos al comandante de su propia escuadra, el general Luis Alberto Tobar.

Eran las nueve de la noche cuando retumbaron los primeros cañonazos, parece que seis en total durante media hora: seis balas perdidas que fueron a estrellarse contra lo primero que se les atravesó, unas casas y unos gritos, dando de baja así a los dos únicos mártires que se conocen de la gloriosa gesta emancipadora de la República de Panamá: un chino y un burro. El primero se llamaba Wong Kong Yee, fumador de opio, el burro no lo sé.

Mientras tanto en Bogotá (que esto se lea con la voz de un narrador de radionovelas; lo malo es que en esta historia no aparecerán Solín ni Kalimán) no se sabía nada, pues la noticia de la separación de Panamá llegó a la capital dos días después, como era de esperarse. Primero fueron los rumores y los chismes, el género por excelencia de la literatura bogotana, y luego sí un grupo de indignados, como se diría hoy, yendo al palacio presidencial a pedirle cuentas al gobierno. Pero las fuerzas del orden atajaron a la turba.

Entonces el general Rafael Reyes y don Jorge Holguín, y el doctor Lucas Caballero y Fabio Lozano, citaron a todo el mundo en el Teatro Municipal a las cuatro de la tarde. Lo que estaba pasando era gravísimo, ala. Algo había

que hacer, carachas. Desde el escenario se pronunciaron discursos desgarrados, y no faltó quien dijera que había que salir en el acto, ya mismo, a defender con hombría la dignidad de la república, pues Colombia no permitiría semejante humillación. Ni más faltaba. (En aquel entonces aún no había Twitter.)

El general Pedro Nel Ospina había regresado hacía poco al país, luego de su exilio por haberse opuesto al golpe de mano en el que el vicepresidente, José Manuel Marroquín, de 73 años, una joven promesa, le había quitado el poder al presidente Manuel Antonio Sanclemente, de 87 y quien gobernaba desde Villeta, pues la altura y el frío bogotanos le daban mal aire. Pero ese día amargo el general Ospina depuso su odio y en vez de ir al Teatro Municipal fue al Palacio de Gobierno a visitar al célebre filólogo, autor, entre otras joyas, de *La perrilla*.

Cuenta Laureano Gómez, quien luego sería su ministro de Obras, que Ospina entró al Palacio de San Carlos sobrecogido por su soledad. Todo allí crujía. Fue a saludar a Marroquín, quien al verlo le dijo: “Oh, Pedro Nel: no hay mal que por bien no venga: se nos separó Panamá pero tengo el gusto de volverlo a ver en esta su casa”. El vicepresidente estaba leyendo una novela de Paul Bourget, ¿quizás *La tierra prometida*?

Aunque Ospina ya estaba acostumbrado al estilo de Marroquín, pues una vez, hacía tres años cuando era su ministro de Guerra, estaba dirigiendo por telégrafo una delicada operación militar y fue llamado de urgencia a Palacio. Lo necesitaban de inmediato. Ospina corrió, temiéndose lo peor. Al llegar dio con una festiva tertulia de viejitos bogotanos embriagados por el chocolate, y el vicepresidente le dijo: “Siquiera llega, Pedro Nel: estamos buscando consonantes a la palabra ‘indio’ y queremos que nos ayude...”.

Esa era Colombia, Pablo: un país gobernado por filólogos y déspotas ilustrados —algo que hoy sería impensable en el mundo, sobre todo en lo que se refiere a la ilustración—, que hicieron de la erudición y la gramática, y de

la fe católica, un instrumento de poder e identidad, un bastón de mando que trazaba con gerundios y participios, y plegarias, la frontera entre la civilización y la barbarie. Malcolm Deas lo explicó muy bien, hace tiempo, en su ensayo sobre don Miguel Antonio Caro y sus amigos.

Y aunque podría pensarse que ese rasgo cultural (la sabiduría como símbolo del poder) era en principio bueno, y lo es, en él también se resumían muchas de las peores taras de la élite colombiana de entonces: su orgullo por el desconocimiento del país, su desprecio por la tierra caliente y el mestizaje. El delirio de creer en el lenguaje y la falsa blancura como un antídoto contra la barbarie del trópico. Un país con tentaciones modernas, casi, pero preso aún de su herencia colonial. Si hasta los liberales tenían que hacer diccionarios e ir a misa para que los oyeran.

En parte por eso también se separó Panamá: porque allá se sentían más cerca de Washington que de Bogotá, sufriendo siempre el aislamiento y la desidia oficial. Marginados por ser un zancudero, un infierno, donde solo la fiebre amarilla y la violencia habían podido resistir. En marzo de 1903, recién elegido el Congreso colombiano que discutiría el Tratado Herrán-Hay, el *Star & Herald*, un periódico proyanqui panameño, dijo en su editorial: “Pocos de esos congresistas conocen el mar”. Era cierto.

Con el Tratado Herrán-Hay Colombia les concedía a los Estados Unidos la continuación de las obras del canal de Panamá, tras el desastre y la ruina de la compañía francesa que las había empezado en 1881, con Lesseps a la cabeza. La concesión era por cien años prorrogables, con una zona de cinco kilómetros a lado y lado del canal en toda su extensión. A cambio, nuestro país recibiría diez millones de dólares de un solo golpe y una mensualidad de doscientos cincuenta mil dólares por el arriendo. La soberanía colombiana en el istmo quedaba intacta, eso sí.

El 17 de marzo de 1903 el Senado de los Estados Unidos ratificó el tratado, mientras que en Colombia (voz de radionovela otra vez) su discusión empezó

solo después del 20 de junio, con la instalación del Congreso. Pero el parlamento colombiano rechazó el tratado, el 12 de agosto, aduciendo que Herrán no tenía legitimidad para firmarlo, que atentaba contra nuestra soberanía, y lo más importante: que primero se tenía que resolver el tema de la propiedad de la compañía del ferrocarril para mejorar las condiciones económicas del contrato.

Fue cuando el proyecto separatista, con hondas raíces históricas y políticas, estalló en Panamá, apoyado en sus intrigas por el gobierno de Theodore Roosevelt —“me llevé el istmo”, dijo luego el Nobel de la Paz— que no soportaba más la indefinición colombiana y que tenía siempre bajo la manga, como una sombra, la amenaza de hacer entonces el canal por Nicaragua, un proyecto tan antiguo, o más, como el de Panamá, y al que el Congreso de los Estados Unidos ya le había aprobado, en enero de 1902, una partida de 150 millones de dólares. No era sino empezar a cavar. La Doctrina Monroe y el nuevo imperialismo en su esplendor.

Por eso se enfurecieron los panameños: si Colombia no quería el canal, ellos sí. Incluso si había que crear un país para hacerlo, lo harían: se separaban por fin, allá ustedes con su frío y sus guerras y su latín. Desde septiembre —desde muchísimo antes: desde siempre— era evidente que eso iba a pasar, y de nada valieron las voces de alarma, como la de Oscar Terán o Juan B. Pérez y Soto, que anunciaban la llegada del lobo: el 20 de ese mes Marroquín nombró gobernador del istmo a José Domingo de Obaldía, quien le advirtió que si su gente se quería separar él no iba a hacer nada para evitarlo.

Y no lo hizo, al revés: mientras los periódicos en Panamá daban la fecha del alzamiento con un mes de anticipación, cual cartel de circo, Obaldía fingía sorpresa y estupor. Bunau-Varilla y Cromwell intrigaban con Washington y los separatistas, y en Colombia los partidos pescaban en río revuelto, como Simón el Bobito en su balde. No sé si sea cierto, pero dicen

que Pablo Arosemena mandó un cable a Bogotá en el que aseguraba que todo estaba tranquilo y en paz, prueba de lo contrario. Dicen que fue el 3 de noviembre. Por eso el retorcido anagrama con su nombre que compuso alguna vez un amigo: “Él robose Panamá”.

Pero no fue él: fueron todos, mientras sonaban las balas perdidas de una cañonera. Fuimos todos. Era el epílogo de la guerra de los Mil Días que había desangrado a Colombia, dividida en el poder entre las dos facciones seniles del Partido Conservador: los históricos y los nacionales. Así se perdió Panamá el 3 de noviembre de 1903, una muerte anunciada.

El 18 de noviembre, tropas colombianas llegaron al Darién para vengar el pillaje, pero como dice Matthew Parker, vieron la selva y se devolvieron. Una comisión de notables —Reyes, Holguín, Ospina y Caballero— fue nombrada para deshacer el entuerto, pero ya era demasiado tarde. Como siempre aquí.

Ahora dicen que una empresa de Pekín hará el canal interoceánico por Nicaragua. Dondequiera que esté, Wong Kong Yee debe de estar riéndose, con la mano en la boca, fumando opio. La venganza es un plato que se come frío. Con palillos chinos.

El plebiscito del 57

El domingo primero de diciembre de 1957 los colombianos salieron a votar en un plebiscito que muchos dicen que era más bien un referendo: una reforma constitucional cuyo contenido se sometía a la aprobación o no del pueblo —que dijo que sí—, para validar lo que se llamó el Frente Nacional: el acuerdo de paz entre los partidos Liberal y Conservador, que llevaban casi treinta años, o más, de una guerra civil no declarada.

Quizás por eso ese “Sí” fue un plebiscito, porque en el fondo se le preguntaba a la gente si quería o no la paz, aunque el texto de la votación tuviera catorce artículos de una gran complejidad política y jurídica, en los que se hablaba no solo de la mecánica del Frente Nacional sino también de la igualdad de derechos entre los hombres y las mujeres, por ejemplo, y la obligación del gobierno de invertir “no menos del 10 %” de su presupuesto en la educación pública.

Pero la discusión real era esa: si después de tantas décadas de odio cainita, de sectarismo, de horror de lado y lado, los colombianos aceptaban un esquema político de transición en el que se olvidaban todas las heridas del pasado y en el que el poder, que hasta entonces había sido un botín de guerra, se repartía por mitades entre los dos bandos, que en la víspera estaban acostumbrados a matarse y a negarse sin tregua.

Esa fue la campaña del plebiscito, que además era el punto de llegada de la lucha civil contra la dictadura de Rojas Pinilla, quien a su vez había surgido como un “salvador de la república” ante la feroz sangría de la violencia bipartidista. Pero lo que al principio pareció cura era en verdad un mal peor,

como siempre pasa en esos casos, y esa fue también la certeza desesperada que llevó a la creación del Frente Nacional.

Por eso todo el establecimiento lo apoyó sin fisuras, los partidos políticos, la gran prensa, los industriales, el clero, todos; “la nación”, como se decía entonces. Y por eso la votación en el plebiscito de 1957 fue tan contundente, 4.169.294 votos en favor del “Sí”, contra 206.654 en favor del “No” y 20.738 votos en blanco: las elecciones con el nivel más alto de participación en la historia de Colombia.

Había también quienes se oponían, claro, desde el directorio conservador de Antioquia hasta uno de los caudillos históricos de la derecha colombiana, Gilberto Alzate Avendaño. Y un político rojista, José María Nieto, repartió un volante que decía: “Católicos: ¡Alerta! El plebiscito será un triunfo del comunismo, del protestantismo y de las logias liberales contra la Iglesia”. Los comunistas, sin embargo, se abstuvieron, no votaron.

Así empezó el Frente Nacional, y es un lugar común adjudicarle el origen de buena parte de nuestras desgracias en las últimas cinco o seis décadas. Se supone que allí, en esa voraz repartija del poder entre los liberales y los conservadores, empezó todo lo malo, empezó o empeoró: la corrupción de los partidos y su desquiciamiento ideológico; la perpetuación de un sistema político excluyente y cerrado.

La manera en que esa alianza contradecía su propio nombre y sus aspiraciones, pues imponía a la brava una idea binaria de “lo nacional” en la que muchos actores, que ya para ese momento no eran liberales ni conservadores, o que nunca lo habían sido, se quedaron por fuera, adobando un resentimiento y un rechazo hacia el sistema que muy pronto iba a ser el caldo de cultivo, la cantera, de nuevas violencias, de otra guerra sin fin.

También el Frente Nacional significaba el triunfo de un proyecto oligárquico y desvergonzado: el pacto de no agresión de ese “país político” al que tanto había criticado Jorge Eliécer Gaitán y que después de haberse

matado por el poder con sus banderas rojas o azules, ahora decidía que era mejor repartírselo con gotero y en partes iguales, cobijarse todos con él, taparse las vergüenzas y anular así el pasado y sus infamias.

Todo eso es cierto y podrían decirse aún más cosas, si uno quiere. Pero con una sola aclaración sobre la mesa que también es necesaria y que se nos ha ido olvidando con el tiempo: el Frente Nacional, con todos sus defectos, con todas sus consecuencias, fue un verdadero proceso de paz. Y además uno muy exitoso y duradero, aunque restringido, claro, al problema para el cual fue concebido como solución, la violencia bipartidista.

Lo que pasa es que esa solución se agotó allí, en ese solo objetivo, y fue el origen de unos nuevos problemas y unas nuevas realidades que después se desbordaron, como cuando un remedio cura una enfermedad pero es la causa de otra mucho peor. Sin embargo, eso no siempre se puede saber de antemano, y también es importante, sobre todo desde la perspectiva histórica, juzgar las cosas en su contexto, saber para qué fueron creadas.

Es muy fácil criticar, desde la cima del tiempo cumplido, desde este futuro que es nuestro presente, lo que fue el Frente Nacional por lo que no hizo, por su legado perverso. Pero muchas veces eso implica desconocer, o menospreciar, el hecho de que el Frente Nacional sí sirvió para lo que fue creado, y resolvió un problema que en ese momento era el más grave que tenía Colombia.

Después de la independencia, y a lo largo de todo el siglo XIX, nuestro país se construyó con la certeza atroz de que las armas eran el escenario natural de la política, su mejor camino. De allí esa sucesión de guerras civiles que acababan siempre con una constitución humeante en la punta del fusil y con el envilecimiento y la marginación del enemigo, que entonces se armaba otra vez para empezar una nueva guerra. Y así sin parar.

Luego, en los años treinta del siglo XX, con el inicio de la República Liberal, esa vieja tradición de la violencia política volvió a prender fuego,

pero ahora en una confrontación velada y feroz que ya no era como las de las guerras de antes —las del coronel Aureliano Buendía—, sino que ocurría dentro de los cauces aparentes de la democracia y la vida civil, solo que con unos niveles de sevicia y sectarismo nunca antes vistos.

Eso fue lo que desencadenó esa “guerra civil no declarada” que el Frente Nacional estaba llamado a terminar: un relato que empieza (o sigue, más bien) con los levantamientos campesinos en los años treinta, y que pasa por el asesinato de Gaitán en 1948, el cierre del Congreso un año después, la convulsa presidencia de Laureano Gómez y luego Roberto Urdaneta, y el golpe militar de Rojas Pinilla en 1953. Miles de muertos regados.

A eso se había llegado cuando en 1956 Alberto Lleras Camargo, el jefe del Partido Liberal, buscó a Laureano Gómez en su exilio español. Y de ese encuentro en Benidorm surgió el Frente Nacional: el pacto de los dos partidos históricos de Colombia para acabar con la dictadura; pero sobre todo la aceptación de que ambos habían perdido la guerra, porque de alguna manera todas las guerras se pierden.

Vino así el 10 de mayo de 1957, el día de la caída de Rojas y el establecimiento de la Junta Militar comprometida a la “restauración de la normalidad”. Entonces Lleras volvió a España, ahora a Sitges, a entrevistarse otra vez con Gómez. En ese encuentro, el 20 de julio, se sentaron las bases teóricas de lo que iba a ser en la práctica el Frente Nacional, sobre todo lo que se llamó la “paridad” (otros decían “malparidad”): la repartición del poder.

Dicen que Lleras llevaba a ese viaje, como en un cubilete, la fórmula mágica del plebiscito que Alberto Hernández Mora le había sugerido para destrabar el dilema jurídico de los acuerdos del Frente Nacional. Porque como no había Congreso desde 1949, la única vía de darles validez a esos acuerdos era convocar de manera directa al pueblo para la “reconquista de su patrimonio cívico común”.

Y así se hizo: el 4 de octubre de 1957 la Junta Militar convocó a los “varones y mujeres colombianos” para que se pronunciaran, “el primer domingo del mes de diciembre”, sobre los catorce puntos de ese plebiscito que era más bien un armisticio. Pedro Nel Rueda Uribe demandó el acto ante la Corte Suprema de Justicia, que le respondió con un argumento inequívoco: lo que había en Colombia era una revolución para restablecer la democracia.

El primero de diciembre hombres y mujeres salieron a votar, estas últimas estrenando ese derecho que les había conferido en 1954, qué paradoja, el propio Gustavo Rojas Pinilla. Votaban quienes tuvieran cédula; y quienes no, también.

Ganó el “Sí” por arrolladora mayoría y Alberto Lleras dijo: “Se inicia la Segunda República”.

EN RÍO REVUELTO

El Café Windsor y “Los Nuevos”: De la bohemia bogotana a la República Liberal

Había en la vieja Bogotá una esquina famosa en la que todo el mundo se daba cita para ocuparse del prójimo y del universo, para chismosear o para tumbar al gobierno o para piroppear a las mujeres que paseaban por allí con sus mejores vestidos y la mirada altiva, sonrientes y arrogantes a la vez. Esa esquina se llamaba, con toda la razón, la “Esquina de Arrancaplumas”, pues no quedaba nadie con ellas encima, no quedaba por ahí títere con cabeza. Estaba en todo el cruce de la calle del Chorro de Santo Domingo con la calle de la Carrera, es decir en la calle 13 con carrera 7.^a. Allí mismo había estado también, y seguía en pie, la casa de don Félix Pardo, solo que ahora la ocupaba un hotel, el Hotel Franklin, que se había hecho célebre porque en él se quedaban a dormir en Bogotá los políticos de provincia, y porque en él vivía, y vivió hasta su muerte plácida en la cama, muerte de guerrero viejo, el general liberal Benjamín Herrera. Dicen que cuando se estaba muriendo, el general solo dijo: “No tengo miedo porque me voy a lo plácido, déjenme ya...”.

Allí, en los “fondos” del Hotel Franklin, abajo, se había establecido en septiembre de 1914 el Café Windsor: uno de los puntos de encuentro más agitados y bohemios y célebres de la vida bogotana, con una orquesta de relumbrón que anunciaba sus estrenos en pequeños avisos en *El Tiempo*, como el que apareció el 14 de abril de 1928 y que decía: “El Café Windsor exhibe en su vitrina los artículos que obsequiará esta noche durante la

audición. Oiga usted las nuevas canciones del barítono y el estreno que hará la orquesta de ‘La princesa del circo’...”. ¿Que “obsequiará”? Sí: todas las noches el Windsor les regalaba algo a sus clientes, en especial algo destilado o fermentado; lo que fuera, pero algo que justificara la embriaguez, como diría Baudelaire. Lo curioso es que ese mismo día, ese 14 de abril de 1928, entraba en vigor la ley contra el alcoholismo que había promulgado hacía muy poco la Gobernación de Cundinamarca, ley de la que *El Tiempo* decía también: “Tan laudable disposición cogió desprevenidos tanto a los revendedores de licores como a los que frecuentan el vicio de empinar el codo...”. Se imagina uno a la gente ese día en la “Esquina de Arrancaplumas” comentando con horror y con sorna la nueva medida. Los hombres de traje entero y sombrero, con abrigo bajo la lluvia; y las mujeres en grupos de a tres, cogidas de gancho, tapándose la boca para que no se les viera la risa al caminar. Cachifos y chisgarabises con mueca de incredulidad, como diciendo todos: “Ala, entrémonos al Windsor a tomar sifón...”.

Al Windsor, como a todos los cafés de entonces, “entraba uno empujando una puerta de vaivén y se demoraba unos instantes para poder localizar la mesa libre en medio del pesado humo que envolvía la atmósfera...”, contó alguna vez Germán Arciniegas en una hermosa columna sobre Gregorio Castañeda Aragón, el poeta samario que había llegado a Bogotá arrastrando consigo el mar que allí nadie conocía ni había visto jamás —ni siquiera León de Greiff, ese vikingo exiliado en las montañas—, y que tenía una mesa fija en el lugar: “Una mesa de la esquina del norte contra la carrera séptima... Por esa punta, el Windsor nos resultaba como una taberna de Cherburgo o de Amsterdam. La luz que venía de la calle Real se nos antojaba que eran reflejos de un faro...”, dice Arciniegas, quien en otra columna igual de bella relató la vida cotidiana del café: “Mientras en la calle Real y en la 13 llovía, y siempre estaba lloviendo, en el Windsor oíamos sonetos y sabíamos los enredos del Partido Liberal. Nos apretujábamos sentados de a seis en las

mesitas que eran para cuatro, y hacía prodigios el sirviente que pasaba los vasos del espumante sifón para distribuirlo sin derramarlo. En un tiempo en que todos usábamos sombrero no habría en el Windsor dónde colgar los de la clientela. Ni se necesitaba. Para eso estaban las cabezas. Siendo limitado el espacio, casi no había separación entre las sillas que ocupaban quienes negociaban ganado y trigo de Sogamoso y los poetas que se comunicaban sonetos y baladas. Leo Le Gris, Rendón, Luis Tejada, cubrían más espacio con sus chambergos, y boyacenses y cundinamarqueses se contentaban con el espacio de los borsalinos...”.

La verdad es que el Windsor lo habían fundado los hermanos Agustín y Luis Eduardo Nieto Caballero como una extensión de su negocio de jamones y delicias importadas, la compañía de su padre, *Agustín Nieto & Cía.*, que ambos habían heredado y que les daba una fortuna. Su idea era que allí se encontraran los hombres de industria y no los de letras —salvo que fueran letras de cambio—, porque lo que querían ambos era ganar aún más plata y conservar una distinguida y pudiente clientela. Nada de poetas malditos ni bohemios irredentos y sin dormir, que de todos ellos ya tenían suficiente los hermanos Nieto Caballero: Luis Eduardo como periodista y como político, y Agustín como educador y pedagogo liberal, pues el mismo año en que abrió el Windsor abrió también otra institución cultural casi tan importante y tan influyente en la vida colombiana como aquel, casi: el Gimnasio Moderno. Así que al principio el Windsor tenía otro carácter y en sus mesas se hablaba de otras cosas, no de poesía. Se hablaba de cabezas de ganado, de fincas y chamizales, de inversiones para traer a la capital toda clase de bienes suntuosos comprados en Curazao, bienes que luego subían por el río Magdalena hasta Honda y desde allí, a lomo de mula, llegaban a Bogotá. De eso se hablaba en el Café Windsor de los hermanos Nieto Caballero mientras sonaba la orquesta o cantaba Carlos Julio Ramírez.

Pero con el tiempo, sin saberse muy bien cómo ni cuándo, el lugar empezó

a ser colonizado por esos desbocados personajes a los que los hermanos Nieto Caballero conocían tan bien y entre los que habían vivido toda la vida y de los que eran íntimos amigos y a los que les tenían cariño y pavor por igual: los poetas malditos, los bohemios sin plata y sin dormir. Los “cómicos”, los pintores, los músicos, los estudiantes de la mesa redonda: esa nutrida fauna que oscilaba entre la “Esquina de Arrancaplumas” y el parque Santander, y que estaba siempre al acecho del último chisme y la última conspiración política en esa ciudad todavía aldeana y colonial en la que la sombra de la hegemonía conservadora, con sus presidentes gramáticos y teosóficos, con su lluvia y sus campanas al viento y sus legiones de ruana y de tristeza, aún teñía el cielo y no dejaba respirar. Pero empezaba una década, la década de los veinte, y una nueva generación colombiana se abría paso entre esas telarañas y esa oscuridad de pueblo. La generación anterior, como siempre ha ocurrido desde el principio de la historia, ya empezaba a parecer vieja y anquilosada y demasiado tímida y demasiado acomodada al sistema, y su estética y sus glorias parecían ahora un lastre del que había que deshacerse cuanto antes para poder sobrevivir. Uno de esos jóvenes, el que más talento tenía para escribir, Alberto Lleras Camargo, contó en sus memorias “la atmósfera del mundo de entonces, los fabulosos años veintes de los cuales apenas entraba un eco apagado por las hendiduras de la clausura colonial sobreviviente...”. La clausura colonial, Bogotá. “Yo estaba —dice Lleras—, es cierto, en el corazón mismo de los acontecimientos. Y eso era lo que me hacía sentir con mayor fuerza la opresión de esa atmósfera que no rompía ni accidentalmente cosa alguna. De tarde en tarde llegaba una bailarina, una conferencia, un poeta mercenario de los que recorrían la América en busca de dictadores generosos, una compañía de comedias, y esas eran las grandes conmociones de nuestro medio...”.

Quizás esa fue la importancia que tuvo el Café Windsor sin proponérselo: que en él, en su aire oscuro y humeante y clausurado, qué paradoja,

encontraron una ventana al mundo quienes en ese momento eran tan jóvenes como el siglo xx y querían romper como fuera con el lastre colonial y clerical y parroquial de la vida colombiana de entonces. Por ahí, por las hendiduras del café que daban sobre la calle Real y que dejaban entrar esos haces de luz como los de un faro de los que hablaba Germán Arciniegas, por ahí sacó la cabeza esa nueva generación colombiana que muy pronto empezaría a llamarse la de “Los Nuevos”, y cuya concepción del mundo se forjó en las mesas para cuatro del Windsor. Si los miembros de La Gruta Simbólica habían tenido La Gran Vía o la Bodega de San Diego para sus gracejos y sus chistes y sus juegos de palabras, si la Generación del Centenario había tenido el Rondinela para sus consignas políticas y sus desvaríos, Los Nuevos encontraron en el café de los hermanos Nieto Caballero el espacio perfecto para acabar con el pasado y para renegar de su maligna influencia. Lo cual no dejaba de ser otra paradoja, pues tanto Luis Eduardo como Agustín Nieto Caballero eran dos de los miembros más destacados de esa Generación del Centenario contra la que se estaban revolviendo Los Nuevos con tanta saña y tanta virulencia. De Luis Eduardo dice Alberto Lleras que era “el símbolo del escritor centenarista, el guardián de la vasta caverna y su cancerbero...”. Y sin embargo era tan generoso con sus jóvenes detractores y clientes, que de tarde en tarde oficiaba un cómico ritual quemando sus vales acumulados en la caja registradora para que esas deudas de borrachera y poesía se las llevara el viento.

Por eso hasta hoy, en la historia y en la historiografía colombianas, se discute tanto si fue tan cierto ese enfrentamiento entre Los Nuevos y la Generación del Centenario, que a su vez también había sido joven algún día —quién no— y se había enfrentado a sus mayores por viejos y anquilosados y carcomidos por el establecimiento... Y así al infinito, para adelante y para atrás. Pero lo cierto es que tiempo después, cuando los centenaristas habían llegado ya al poder, lo que hubo en verdad fue una especie de acoplamiento

entre las dos generaciones, porque además sería incomprensible lo que hicieron Alfonso López Pumarejo o Eduardo Santos, o Laureano Gómez, sin la ayuda y la presencia de gente como el propio Alberto Lleras Camargo o Juan Lozano y Lozano o Augusto Ramírez Moreno, para hablar de los dos espectros ideológicos del problema, el liberal y el conservador. Eso ha llevado también a que muchos digan que lo que había o lo que al final hubo entre la Generación del Centenario y la de Los Nuevos fue más un sistema de protección y paternalismo y continuidad que una verdadera disputa dialéctica o una ruptura, y que todos acabaron más o menos sirviéndoles a las mismas ideas y con los mismos medios y el mismo lenguaje. Jorge Zalamea, que fue un “nuevo”, plantea más bien una síntesis: “Imposible sería establecer hasta qué punto el ideario reformista de ‘Los Nuevos’, apenas balbuceantemente expuesto en su revista, influyó en la inteligencia y la voluntad de los hombres del ‘Centenario’ que habrían de realizar la reforma liberal. Pero es una evidencia histórica que esos hombres tuvieron una preocupación primordial por crear una universidad nueva, por democratizar la cultura, por remover hasta sus cimientos el empolvado caserón del Ministerio de Educación Nacional. Con lo que vinieron a coincidir las aspiraciones de ambas generaciones...”.

No lo sé, la verdad es que no lo sé. Lo que sí es claro es que al principio, al puro principio, Los Nuevos buscaban con desespero que un nuevo aire —de ahí su nombre— sacudiera la oxidada y decrepita vida colombiana, y eso incluía también a los centenaristas con sus ídolos y sus gustos burgueses y anticuados. Porque además al país empezaban a llegar nuevos libros y nuevas ideas, muchos de los cuales ofrecían un contraste brutal con lo que en la pacata Bogotá de principios de siglo aún se leía y se adoraba como si fuera la última moda, cuando en realidad era la penúltima, como dijo Guillermo Camacho Carrizosa. La idolatría por el maestro Guillermo Valencia, por ejemplo, seguía intacta en todos, viejos y jóvenes, sí, pero José Umaña

Bernal o Hernando Téllez o Rafael Maya ya empezaban a leer también a Proust, a Montherlant, a Valery Larbaud. Claro: no podría decirse que Los Nuevos fueran la generación revolucionaria que trajo la modernidad al país, cuando al final su lenguaje y sus ejecutorias, en muchos casos, terminaron siendo tan prosopopéyicos y tan solemnes y tan conservadores como los de ese mundo anquilosado que ellos decían combatir al principio; y menos cuando en ese mismo momento eso sí lo estaba haciendo en Barranquilla, por ejemplo, don Ramón Vinyes con su revista *Voces*. Pero cada generación mata a sus padres como mejor puede, y Los Nuevos lo hicieron no solo con las novelas y los poetas que leían sino también con muchas ideas políticas y sociales que llegaron al país con ellos, o por lo menos gracias a su entusiasmo y a su audacia del primer impulso.

Y la sede natural de ese primer impulso, el lugar en que ocurrió, fue sin duda el Café Windsor, “el Windsor”. Tanto, que Los Nuevos establecieron en él una feroz dictadura, y los espontáneos que no aceptaban los dogmas de esa nueva fe eran mantenidos a raya y despreciados sin contemplación por los habituales contertulios del lugar: José Mar, Hernando de la Calle, Felipe Lleras Camargo, Rafael Vásquez, Juan Lozano y Lozano, Rafael Maya, Germán Pardo García, José Camacho Carreño, Moisés Prieto, Luis Palau Rivas, Francisco Umaña Bernal, Hernando Téllez, Narciso Forero Morales... Fue allí donde Germán Arciniegas empezó a ventilar su obsesión por la reforma universitaria en toda América, inspirado por lo que acababa de pasar en Córdoba, Argentina; al Windsor entraba Arciniegas con el poeta mexicano Carlos Pellicer, quien tampoco conocía el mar. Fue allí también donde apareció un personaje providencial del nuevo grupo, León de Greiff. Venía casi huyendo de la persecución que los curas le habían lanzado en Antioquia, a él y a toda su pandilla de rebeldes de allá: los famosos “Panidas”, muchos de los cuales acabaron en Bogotá dedicados a toda suerte de oficios viles, desde el periodismo o la política hasta la caja de un banco. De ese grupo de

exiliados paisas que encontraron en el Windsor un feliz remplazo para El Globo de Medellín hacían parte también Ricardo Rendón, el gran dibujante y caricaturista, y el escritor Rafael Jaramillo Arango. A ellos se les unió Luis Tejada, el magnífico cronista, quien en una de las mesas del café escribió su *Oración para que no muera Lenin*. El día en que Luis Vidales leyó, allí mismo, uno de sus poemas de *Suenan timbres*, Tejada les ordenó a todos los contertulios, como un profeta iluminado: “Carajo: todo el mundo a descubrirse. ¡Acaba de nacer un gran poeta en Colombia!”. En otra ocasión no menos solemne les dijo a quienes lo veían maravillados una frase bellísima y poética y misteriosa: “Voy a fundar una religión del árbol y ustedes serán mis discípulos”.

Todo eso pasaba en el Windsor: la creación, en 1925, de la revista *Los Nuevos*, órgano de difusión del grupo; las discusiones de Jorge Eliecer Gaitán con Carlos Lozano y Lozano y Alejandro Vallejo; los trazos silenciosos y brutales de Rendón, que se tomaba su cerveza, mataba a un ministro, y luego se clavaba su abrigo y su sombrero y se iba por donde había venido, como llevándose consigo parte de la bruma que los envolvía a todos en esa especie de sótano en que se estaba acabando, por fin, la Edad Media colombiana. Y no era solo una cuestión liberal la del Windsor, no. Como si al final la única ideología que importara en ese momento fuera la de la juventud; como si la juventud fuera toda una ideología y no importara más. Por eso allí compartían mesa Augusto Ramírez Moreno y Jaime Barrera Parra, un “leopardo” y un comunista, y allí también llegó un día, a predicar, Silvestre Savitski: un pastor de la Revolución rusa que lo había perdido todo jugando a la ruleta, y quien es considerado, con justicia, uno de los precursores del marxismo en Colombia. Unos, como Vidales, le hicieron caso y compartieron con él el rito iniciático de la dictadura del proletariado, pero otros estaban muy ocupados en otra cosa, haciendo por ejemplo los manifiestos de los “Arquilókidas”: unos textos virulentos contra la Generación del Centenario, publicados todos

por el periódico *La República*. Allí estaban León de Greiff, Silvio Villegas, Rafael Maya, Germán Arciniegas... Entonces Agustín Nieto Caballero les respondió muy amable en una carta: que dijeran lo que quisieran esos jóvenes extraviados, claro que sí, para eso se tienen veinte años en la vida. Pero que por favor le pagaran los vales de su café, que él ya estaba harto de servirles el sifón fiado a quienes luego salían a insultarlo en los periódicos.

En 1930, sin embargo, algo increíble pasó y el viejo sueño del general Benjamín Herrera se hizo por fin realidad. Ese año llegó al poder, después de casi medio siglo de sequía, el Partido Liberal. Entonces muchos de esos jóvenes, esos “Nuevos” que se habían enfrentado al mundo desde las mesas del Windsor, entraron de lleno a la República Liberal. Unos desde el liberalismo, otros desde el conservatismo; unos desde *El Tiempo* y *El Espectador*, otros desde *El Siglo*. Pero todos, o casi todos, con la certeza de que los tiempos habían cambiado y ya no tenía ningún sentido seguir pidiendo que cambiaran más. Ese mismo año, en enero, como un presagio, la orquesta del Café Windsor había estrenado el *Canto de la victoria*, compuesto por Jerónimo Velasco: un desgarrador grito de guerra que celebraba el regreso, por fin, de las ideas liberales a Colombia. “Llega ya la victoria sagrada, / ya se mira la aurora venir...”, decía su letra, que más parece la de un himno religioso; y es que de alguna manera lo es. Pero la orquesta del Windsor estaba ya curtida en mil batallas, tocando en sus dos turnos célebres de todos los días: el del mediodía, con vales más bien tristes y acompasados, según Eduardo Caballero Calderón, y el de la noche, con ritmos mucho más ambiciosos y audaces, beneficiarios incluso de remotas influencias que nadie sabía muy bien cómo habían llegado a la inaccesible Bogotá, y que entonces solo conocían de oído los costeros del Caribe cuyas bandas ya se habían encontrado en el mar con sonidos de Nueva York o de Nueva Orleans. El propio Velasco se había dado el lujo de estrenar en 1916 un foxtrot dedicado al Windsor (así se llama la pieza, *Foxtrot Café Windsor*),

ante un auditorio que estaba tan acostumbrado a las delicias musicales del lugar, como a sus poetas embriagados de sonetos y sifón. Da igual: las tres cosas, versos, cerveza y canciones, se resumen todas en la poesía. Eso es la poesía. Y así como los contertulios del Windsor habían oído a José Eustasio Rivera contar en sus mesas la historia de *La vorágine* antes de que fuera publicada, así vieron también, por los elegantes espejos que colgaban de sus paredes, a Emilio Murillo sentarse en el piano a improvisar sus pasillos: un piano viejo y vertical que acompañaba las palabras de León de Greiff o Luis Vidales, como si más que un piano fuera una máquina de escribir: “la fábrica de poesía más rica que ha tenido Colombia”, según Germán Arciniegas, que vio en ella a la bailarina Tórtola Valencia, mientras Abril, el criado del Windsor, de traje blanco y pajarita, le oía maravillado sus susurros y sus risas.

En 1931, Ricardo Rendón salió del Windsor y se fue a La Gran Vía, como en un recorrido hacia el pasado de los últimos treinta años de vanguardias y bohemias literarias en Colombia. Allí, en la vieja iglesia de La Gruta Simbólica, se pegó un tiro y se mató. Hasta el día de hoy nadie sabe muy bien por qué lo hizo, pero no son pocos los que dicen que Rendón no podía soportar que sus amigos y su mundo, nacidos al calor de la rebeldía y de la oposición, estuvieran ahora dentro de ese establecimiento al que tanto habían despreciado y combatido.

No lo sé. Lo que sí es claro es que el suicidio de Rendón fue el fin de una época: la época en que Los Nuevos lo fueron de verdad y todos eran entonces tan jóvenes como el siglo xx.

En 1935 el Windsor cerró sus puertas: esas puertas y hendijas por las que había entrado, a pedazos, como los haces de luz de un faro, el mundo a Bogotá. “Los zares de Rusia no cayeron, para nosotros, en Petrogrado, sino en el Café Windsor...”, dijo también Arciniegas.

La orquesta tocó entonces su último vals.

De fina coquetería

La noticia, como todas las noticias importantes, me llegó con casi noventa años de retraso. Mejor para mí: apenas me estoy desayunando con la derrota de Napoleón en Waterloo. El caso es que iba por la feria del libro en el parque Santander de Bogotá, y allí, en un local de revistas pornográficas y edificantes, encontré una verdadera joya: la colección completa, y encuadernada en cuero y con lujo, de los dos primeros años de las “Lecturas Dominicales” de *El Tiempo*. 1923 y 1924. Estoy hablando de cuando este era un país decente, claro, y había lecturas dominicales y los periódicos no creían que publicar cosas bien escritas e importantes fuera una deshonra; tampoco rehuían la literatura ni la sensatez, aunque parezca un contrasentido.

Vi esa colección, impecable, y me bramaba el corazón. Pero los guaqueros desafortunados del parque Santander sabemos bien que no hay que exhibir ninguna emoción, no hay que dejar que los ojos se salgan de su cauce. Al contrario: uno coge el libro como quien no quiere la cosa (digan ustedes la primera edición francesa de *Los tres mosqueteros*, que una vez la encontré allí) y apenas lo hojea con desdén; con una expresión severa: ¿y esto tan viejo, y tan sucio? Lo vuelve a poner en su sitio, y se va. Da una o dos vueltas más, siempre con la mirada ladina, y regresa. Entonces hace un lote de cuanta baratija se le cruce por delante, los ensayos de Gutiérrez Girardot incluidos, y allí agazapa la joya. “Le doy veinte por todo”. El pez pocas veces se niega al anzuelo.

En este caso estuve muy de buenas: compré una colección de revistas *Sueca* (no menos valiosa que la de las “Lecturas Dominicales”; no menos

erudita) y una edición pirata, como todas, de la *Eneida*. Pagué diez mil pesos y me fui de allí como alma que lleva el diablo: mis Suecas, mi Virgilio, mis “Lecturas”; todo bajo el brazo. Volví a la casa lo más rápido que pude, y entonces me zambullí, por estricto orden de aparición, en cada una de mis joyas. Debo confesar que mi objetivo era llegar rápido al canto VI de la *Eneida* que siempre me ha parecido la cumbre de la belleza occidental, pero la selecta pornografía de *Sueca*, en su mejor estilo de finales de los años setenta, tampoco desmerecía.

Sin embargo, no pude pasar de *El Tiempo*. Es decir: no pude dejar las “Lecturas Dominicales” (era un jueves, ochenta y siete años después), porque abrirlas fue como entrar en el país de las maravillas. No solo por la calidad deslumbrante de los artículos, sino también por el sabor y la nostalgia que exhalaban esos periódicos encuadernados, cuyo solo aspecto —la diagramación, la letra, el criterio editorial— podría ser un tratado sociológico sobre la Colombia y el mundo de los primeros años veinte. Ya dije: cuando la gente solía ser decente, aun los escritores. Y no escritores de poca monta, no: escritores de verdad. Uno de los números, por ejemplo, está dedicado a Galdós; otro a Anatole France, que según se decía en Bogotá (así que ojo), era “íntimo amigo” del doctor Eduardo Santos. Uno sobre Oscar Wilde, maravilloso, y otro sobre Kipling. Así se desayunaba esos domingos.

Pero más allá de la gran literatura y de la prosa magistral que desfilan por las “Lecturas” —ya aparecía allí el maestro Germán Arciniegas: tenía veintitrés años, publicaba desde los seis—, lo que más conmueve en ellas son, por supuesto, sus “trivias”: sus esquinas, sus llamados parroquiales; sus breviaros, sus noticias culturales y curiosas copiadas de los cables extranjeros. Sus avisos de publicidad que ofrecían pelucas de temporada y vuelos en aeróstatos, advirtiéndole al ciudadano, al hombre del mundo, de los peligros de la cerveza y el rapé.

Hay una infidencia en algún domingo de marzo de 1923, en que se relata,

con lujo de detalles, la desmantelación de varios burdeles de Buenos Aires, en los cuales todo, absolutamente todo, era solo un pretexto para que unos viejitos siguieran discutiendo la obra educativa y política de Rosas. “Se han llevado a las cupleteras —dice el cronista que gritaba uno de aquellos contertulios—, pero no importa: aquí nos han dejado el mate...”.

Fue precisamente en la página final de este drama porteño (“y bueno, Rosas era apenas un soldado; che: ¿habrá maj matecito?”...) donde se me cruzó la noticia tardía de la que hablé al principio. Y qué noticia: “Se funda en Nueva York el segundo capítulo de la Liga Americana contra la Coquetería”. No pude menos que leer el desarrollo del titular: “Dice el señor James Madison, su presidente, que los hombres de bien están dispuestos a defender a sus mujeres contra los requerimientos innobles de motociclistas y ociosos que van por las calles al acecho de cuanta virtud se les cruce por delante. Las mujeres del Estado tienen que saber que no caminan solas, pero es preciso también que acudan al recato y no vayan inermes ni poco abrigadas, pues es fama que esta plaga no se arredra ante ninguna advertencia. Ya en Washington D. C. se creó la primera “liga anti-flirt” de la Unión, y el capítulo neoyorquino promete ser tanto o más beligerante, pues el propio señor Madison es padre de una ponderada doncella, Corina, que fue víctima de uno de estos truhanes sin cuento...”. Hasta ahí llega el texto que “Lecturas” reproduce con una traducción evidentemente teatral y castiza.

Increíble —como decía santo Tomás—: no habían ni sanado las heridas de la Primera Guerra Mundial, y ya los gringos se estaban inventando unas macabras y deliciosas asociaciones contra el viejo placer de echar los perros. Quedé tan aturdido con el tema, que de inmediato me puse a investigarlo. No fue fácil, claro, porque “Lecturas” ni siquiera cita la fuente. Pero para eso existe internet (para algo habrá de servir el infierno...), y allí pude averiguar lo fundamental: a principios de 1920, una mujer valerosa y poco agraciada, Alice Reighly, fundó en Washington D. C. un “club” femenino contra la

coquetería.

En realidad, una pandilla meritoria y furiosa no solo contra los piropos en las calles —que también—, sino contra los hombres que por esa época se dedicaban a perseguir desde su carro o desde una moto a las pobres niñas que, a la salida del colegio o luego de comprar las frutas, apenas ventilaban su virtud entre temores puritanos y faldas del siglo XIX. Pero parece que el problema era muy serio y no solo había gallinazos inocentes que blandían la lengua entre flores y espinas, sino también unos verdaderos hampones capaces de todo, literalmente, con tal de perturbar a las pobres jóvenes americanas.

Para recrear un poco el tono de aquellos tiempos, y la gravedad de la situación, reproduzco entera esta noticia de *The New York Times* del 27 de febrero de 1922: “Arrestado por coqueto. La chica dice que el hombre la empujó sobre la plataforma. ‘Él quiso coquetear conmigo, y cuando yo lo rechacé me apretó y luego me tiró lejos’, dijo Edith Rhodes, de veinte años y vecina de Berriman Street, en Brooklyn. Lo hizo al suscitar anoche el arresto de George Galnzer, un obrero de Jefferson Avenue. La señorita Rhodes asegura que el episodio tuvo lugar en la estación de la calle Montauk, y que allí estaba sola. Cuando cayó al piso, no pudo más que gritar. El acusado niega los cargos”.

Así que Alice Reighly se puso manos a la obra y fundó su club con estatutos y todo. Un club algo contradictorio, digámoslo abiertamente, pues entre una de sus primeras propuestas, además de una semana universal contra la coquetería —en marzo, todos los años—, estuvo un reinado de belleza. Pero la cosa era en serio, y quien lo dude no tiene más que leer el decálogo que la noble asociación repartía entre sus afiliadas:

1. No coquetear jamás: aquellos que coquetean en la ansiedad usualmente se arrepienten en la calma.

2. No aceptes nunca subirte en la moto de un flirteador: casi nunca es porque te quieran ahorrar el camino.
3. No uses tus ojos para provocar ni intimidar a nadie: fueron hechos para mejores propósitos.
4. No salgas con hombres que no conoces: podrían estar casados y tú podrías abocarte a una pelea con muchos pelos jaloneados.
5. No piques el ojo: un guiño en un ojo puede ser una lágrima en el otro.
6. No les sonrías a los extranjeros lascivos y aleja de ellos a quienes más quieres.
7. No abarques a todos los hombres por coquetear: de pronto, puedes perder a uno por ir en pos del otro y el otro y el otro.
8. No te dejes deslumbrar: el oro sombrío de un hombre de verdad es mejor que la fantasía de un encantador de serpientes.
9. No dejes jamás que un hombre mayor, con su ojo coqueto, te ponga una mano en el hombro como si fuera un padre: suelen hacerlo cuando quieren olvidarse de que son padres.
10. No dejes al hombre que te quiere por andar coqueteando con otro: cuando vuelvas a él, quizás ya se haya ido.

Como se ve, estamos ante un caso ejemplar de sabiduría y de comprensión de la naturaleza humana; de la naturaleza femenina, sobre todo. Pero si el capítulo de Washington era una especie de secta mística, el de Nueva York era un verdadero ejército prusiano. Digamos que ahí estaría el eterno dilema del mundo: platonismo o aristotelismo. Entre otras porque el movimiento neoyorquino estaba en manos de los hombres, y por lo tanto no había en él el menor asomo de lucidez ni de encanto: solo unas proclamas de guerra y de logia masónica, pidiéndoles a las niñas que no se vistieran de menos al salir, y previniendo a los motociclistas de nunca mirar más de la cuenta, porque un palo podía cerrar esos ojos descarriados.

También en el *New York Times* (el 31 de diciembre de 1922) hay un artículo revelador sobre esta “cruzada” contra la coquetería que el señor James Madison y sus militantes proclamaban a los cuatro vientos: “El grupo se reúne semanalmente en el Hotel Baltimore con la consigna de ‘¡Encarcelad al sátiro y coqueto!’”. Quien los ve en sus deliberaciones se sorprenderá por la beligerancia que las nutre. Estos hombres, y estas mujeres, quieren de veras acabar con el delito del flirteo, y ya han logrado que el Estado apruebe una ley contra los ojos que nunca se aquietan. La señora Neill Cotton, una de sus más activas voceras, lo dice sin temblores: ‘La libertad personal es el tapete hacia la muerte’”.

Leí la ley de Nueva York contra la coquetería en 1922 y lo puedo jurar: si por ella fuera, todos estaríamos en prisión. Pero hecha la ley, hecha la trampa. Sobre todo cuando los infractores son quienes hacen las leyes. En 1925 otra noticia escandalosa sacudió a la sociedad neoyorquina. Así la publicó un periódico de la época: “Sus amigos aún no dan crédito: luego de mantener un romance al parecer tormentoso y oculto, el señor James Madison y la señora Neill Cotton, ambos fundadores del Club contra la Coquetería de la ciudad, han huido juntos sin dejar el menor rastro. La hija del señor Madison, Corina, y el esposo de la señora Cotton ruegan cualquier información que permita intuir su destino”.

Lo decía Diógenes el Cínico: mejor los perros sueltos que el perrero.

Una romería

Hay ciudades —Nueva York, Venecia, Londres, Samarcanda, Constantinopla, San Francisco, Popayán, todas santas— que se vuelven importantes con el tiempo. Roma es la única que siempre lo fue, desde el principio. Desde cuando Rómulo, descendiente del troyano Eneas que llegó a Italia huyendo del fuego, la fundó en el monte Palatino el 21 de abril del año 753 antes de Cristo: la fecha desde la cual se contaba la cronología antigua de la ciudad, con sus reyes y sus patricios y sus fuentes, su olor amargo de la primavera, “Ab urbe condita”: desde el principio, el año 0. Eso dice la leyenda, en boca de Tito Livio y de Plutarco: que Rómulo y su hermano Remo les confiaron a los augures y al cielo la decisión del sitio para levantar su nuevo reino. El uno quería el Palatino, el otro el Aventino. Cada cual se fue a su esquina.

Entonces volaron las aves, cuyo vuelo era el anuncio del futuro, pero hubo una gran confusión: las primeras volaron por Remo, las segundas, muchas más, por Rómulo. Hasta en eso estaba dividida la suerte de los dos gemelos porque los sacerdotes no sabían qué hacer: si privilegiar al tiempo o a la cantidad, al orden o al poder. También ellos se dividieron, los unos gritaron por Rómulo y los otros por Remo. Un muro se levantó entre los dos hermanos. Hasta que un día Remo, casi en chiste, casi con ternura y nostalgia, quiso derribarlo. Su hermano lo mató y así fundó a Roma: la Ciudad Eterna. También lo dijeron los augures: “Esta ciudad tiene tres nombres: Roma, Flora, y uno secreto que nadie habrá de pronunciar, solo los dioses...”. ¿Cuál era ese nombre oculto, ese misterio? El gran poeta Giovanni

Pascoli, recogiendo viejas historias, desenredando viejos latines, dio en el blanco; y si no es cierto es más hermoso, *se non è vero è ben trovato*. Dijo que el nombre era el del Amor: un anagrama que era también casi un palíndromo, “Roma-Amor”. Hasta en latín: “Roma tibi subito motibus ibit amor”: Roma, te moverás hasta ser el amor. Hasta hacer el amor.

No es extraño, entonces, que esa ciudad nacida entre un río y siete colinas fuera desde el principio —*Ab urbe condita*, desde su origen—, también, una metáfora y un símbolo; una ruina evocadora aun antes de llegar a serlo. Hay lugares que existen para poder convertirse en recuerdos. De la belleza, de la nostalgia, de lo sagrado. Allí nacieron la monarquía y el Senado, luego la República, luego el Imperio. La capital del mundo, el peñasco más grande del Mediterráneo. Con sus elecciones corruptas y sus candidatos repartiendo vino, y sus poetas huyendo al exilio por decir la verdad; “que tú no puedas ver nada más grande que Roma”, cantaba Horacio. Y el foro imperial, claro, y los arcos del triunfo y el anfiteatro. Las calles por las que desfilaban vencedores los generales y los emperadores y el pueblo los volvía dioses tirándoles rosas y un laurel. Entraban en un carruaje arrastrado por caballos (según Mary Beard, según Tertuliano, según Censorino, según Ray Bradbury y Javier Marías) y un ser insignificante iba a su lado, susurrándoles: “Recuerda que eres mortal”. Mortales todos, como los comensales de Heliogábalo que fueron sepultados por un alud de pétalos recién cortados, mientras el emperador reía. Está en la *Historia Augusta*. Mortales todos, pero no la ciudad.

Por eso, y por ser la capital del Imperio que llevaba su nombre, el cristianismo tuvo que hacerse fuerte allí. Había nacido en la vieja provincia romana de Judea, entre los seguidores de Jesús de Nazaret, el Cristo. Pero no habría pasado de ser una secta mesiánica más si la prédica de esa “nueva verdad”, el Evangelio, no se extiende hacia las provincias de la Siria y la Cilicia, donde vivían miles de los judíos llamados “helenistas”: judíos de la

diáspora y el exilio cuya lengua, ahora, era también el griego y no solo el hebreo. Fueron ellos quienes propiciaron ese primer encuentro, definitivo en el surgimiento de la fe cristiana, entre la teología monoteísta del Antiguo Testamento y la filosofía griega, aun en sus muchas versiones místicas y herméticas del Oriente Próximo. Solo cuando la doctrina de Jesús empezó a enunciarse con las categorías filosóficas de los paganos, el cristianismo comenzó a ser un fenómeno universal. Solo cuando el Dios único e innombrable de los judíos se encarnó en el hijo hasta volverse un dios griego, tangible y humano, solo entonces se cumplió su misión redentora. Por eso la cruz es un símbolo cultural y no solo religioso: porque en ella se dieron cita los profetas de Israel y los poetas de Grecia. Como dijo alguna vez don Nicolás Gómez Dávila, el paganismo grecorromano es el otro Antiguo Testamento de los cristianos. El Padre y el Hijo y el Espíritu Santo.

Y entonces el cristianismo llega a Roma. Con muchos de sus fieles anónimos, pero sobre todo con sus dos figuras fundacionales: san Pedro y san Pablo, ambos martirizados en la capital. El primero, la piedra de la Iglesia; el segundo, su creador al llevar el mensaje de Jesús a los gentiles, a los griegos, a los romanos, a todos y no solo a los judíos. Fueron tres siglos de persecución hasta que el Imperio también cedió; los perseguidos se hicieron perseguidores, los mártires se hicieron verdugos. Teodosio I, en el siglo IV, hizo oficial al cristianismo como religión romana. La única y verdadera religión del Imperio. Fue así como Roma se volvió la capital de la fe cristiana; el papa, vicario de Cristo, fue también Pontífice Máximo: como los augures de la fundación de la ciudad que leían el cielo, el vuelo de las aves. Sobre el monte Vaticano, entre las basílicas y las plazas y los obeliscos, y las heladerías. Mientras el Tíber corre hacia el Castel Sant'Angelo. La única ciudad que lleva todo dentro de sí, cuyas esquinas son la historia del mundo entero: la Antigüedad, la Edad Media, el Renacimiento, el Barroco, el Romanticismo. La tumba de John Keats.

La ruina más bella del mundo, la única ciudad cuyo himno es el grito de sus habitantes, el ruido de sus motos bajando por la vía Apia. El olor de la estación de Termini en el verano, las termas mismas, el cielo, las fuentes. Quien no se enamora de Roma —*Ab urbe condita*, el amor— es porque no se va a enamorar jamás. Quien no cree allí, sea pagano o cristiano, es porque no tiene fe ni la tendrá.

Yo vi en bola a Teresa Gutiérrez

Llegué a la telenovela *Calamar* porque Asita Madariaga de Mallarino, la mamá de María Angélica y de Víctor y de Helena (y de Rafael), me recomendó para ese “cargo”: el primero de mi vida, y uno de los más honrosos hasta el día de hoy. Yo tenía diez años y lo único que me interesaba de verdad, en ese momento, eran las clases de teatro con Asita. Que era una mujer excepcional y cuya influencia sigue intacta en mí, aun después de tanto tiempo. Se me hace verla en una casa de La Calleja en Bogotá, al lado de una ventana, mirando hacia un pino como si pudiera sacar la mano y arrancarle una rama o dos. Allí nos contaba sus historias españolas, que incluían el haber sido la niña del grupo de teatro de García Lorca, y las tertulias de su tío don Salvador. Una vez me leyó las cartas de un amigo suyo que huía de la guerra; las tenía encuadernadas, eran de Alejandro Casona. Le decía en una: adiós, mi barca sin pescador.

Total, que fue Asita quien me recomendó para *Calamar* porque en ella se iba a estrenar como director su hijo Víctor. Y necesitaban a un niño, que en todas las novelas hay uno. En este caso, sin embargo, había un problema: mi personaje era costeño —o algo así— y me tenía que comprometer a teñirme de negro el pelo. No valió mi argumento de que el Pibe Valderrama también era costeño y era mono, y un día antes de empezar a grabar me lo dejaron muy claro: o pelinegro, o nada. Yo logré negociar la cosa y en vez de una tintura permanente, que habría sido infame, me sometí a una especie de betún que me aplicaban todos los días para verme un poco más autóctono. Lo cierto es que el pelo me quedaba rojo, tieso como un casco; tan grotesco que a los

pocos meses Caracol Televisión prefirió dejarme salir al natural, mono como el Pibe, sin ningún respeto por la continuidad de la novela y mis orígenes caribeños en ella.

Llegar a los estudios Gravi en la 19 con 3.^a, donde grabábamos, significaba para mí la entrada a un universo paralelo en el que se fundían la ficción y la realidad, ambas en su versión más truculenta. Yo tenía diez años, repito, y empezaba mi jornada laboral a las cinco de la mañana entre las bocanadas de humo de Teresita Gutiérrez —y sus imprecaciones: no conozco a nadie a quien le luciera más un hijueputazo— y las copas de aguardiente de Bernardo Romero Pereiro. Por el pasillo me encontraba a Carlos Muñoz, a Humberto Dorado, a Jairo Camargo, a Judy Henríquez, a Salvo Basile, y la verdad es que todos me trataban como a un colega más. Pero eran ellos (un momentico): ídolos míos de la televisión colombiana, a los que hasta hacía apenas dos años yo estaba viendo en Popayán, ¡en Popayán!, en novelas favoritas como *San Tropel* o *Gallito Ramírez*. Y ahora los veía allí, a mi lado, saludándome.

Allá en Popayán los veía en un televisor rojo de perillas que era el de mi casa —tactactactactac—, porque el control remoto era un lujo que solo me tocaba donde mi *nonna*, Floriana di Petta Dovidio. Siempre se lo cuento a mis alumnos para que entiendan el valor determinante y formativo que tuvo la televisión para mi generación, y les parece un chiste. Pero no: era así. En los años ochenta, en medio del mayor aislamiento que haya conocido la historia, el mundo ocurría allí, sobre todo si uno era niño. Yo tuve durante años una sola imagen de los Estados Unidos cuando me mencionaban su nombre: el de las casas y los carros y los vestidos y la gente y la música que aparecían en las series de allá que se transmitían en Colombia, los famosos “enlatados” que ofrecían, todos, una idea perfecta de la Guerra Fría y sus perversiones. Quizás, pensaba yo, en ese país sonaban risas en off cuando a la gente le pasaban cosas. Quizás.

Pero lo más importante para un niño colombiano en los ochenta era la televisión colombiana en sí misma, el producto nacional. Había entonces, como alguna vez lo recordó el gran Johann Rodríguez-Bravo, dos canales: el 1 y el 2. Y la programación no era continua, jamás, sino que estaba partida por largos baches en los que aparecían unas rayas de colores —una roja, una verde, una amarilla, una azul, una gris, otra verde más clarita, una negra abajo...— y un pito: un maldito pito que todavía me visita en las peores pesadillas, monocorde y agudo: tuuuuuuuuuu. La “televisión cultural” estaba plagada de programas de marionetas, sobre todo unos que mandaba de regalo la Unión Soviética: insoportables marionetas mamertas e ideológicas, grabadas en Super-8 y todas con los cachetes rojos y capul; macabras. Los noticieros los hacían periodistas de verdad, que también los presentaban, ah tiempos aquellos. Gente letrada, como Judith Sarmiento o Mauricio Gómez, que además de leer las noticias sabía dónde quedaban los sitios que en ellas se mencionaban. Ahora, en el Canal Capital, están repitiendo *Los cuervos*, esa obra maestra del insuperable Julio Jiménez en la que la intriga y las actuaciones memorables de Delfina Guido o Betty Rolando nos tuvieron durante dos años bajando y subiendo por las gradas de piedra de Casa Loma.

Es que era otro país, también, en el que por las noches, antes de *Dejémonos de vainas*, la gente veía *El pasado en presente*: una psicodélica tertulia entre dos viejitos eruditos y centenarios, Abelardo Forero Benavides y Ramón “Tito” de Zubiría. Liberal y de Facatativá el uno, conservador y cartagenero el otro. De hecho, se lanzaban a ardorosas polémicas de partido, y don Abelardo blandía su bastón como una espada o una escoba, ante la mirada de espanto de don Ramón, que era parapléjico (creo) y no podía más que hundirse en su venerable silla de ruedas. Viejos deliciosos esos, que una vez empezaron su programa así: “Hoy hablaremos de un tema de palpitante actualidad: la guerra de Troya...”. Y lo hicieron, me consta, durante más de diez capítulos en los que el sueño alternaba de manera aleatoria entre don

Ramón y don Abelardo, y luego los televidentes. Después los televidentes, después don Abelardo, después don Ramón. Y así.

Pero *Calamar* era otra cosa, lo digo sin vanagloria. En ella se jugó todas sus cartas Bernardo Romero Pereiro, todo su arte, e hizo una historia épica con piratas, villanos y superhéroes (Generoso, el Guajiro), en la que también se produjo un hito para la televisión colombiana: la aparición en ella por primera vez, descontando a Pacheco, de un muñeco, de un ser de otro mundo. Era GuriGuri, el descendiente del hombre de las nieves. Un monstruo blanco y peludo con los pies de hule rojo que había fabricado en Estados Unidos el mismo inventor paisa de Alf. Grande fue la expectativa en Gravi ante la llegada de esta suerte de Arimaspe o Falcón de la *Historia sin fin*, al que los colombianos pudieron ver solo después del capítulo cincuenta de la novela. Antes era una voz dentro de un baúl, la voz de Moisés Angulo. A GuriGuri le daba vida un enano entrañable (nunca mejor usado el adjetivo) llamado José. Era él quien se metía dentro de la criatura y gesticulaba, mientras la expresión del rostro se la manejaba Moisés a control remoto. Era tan buen actor don José, tan serio, tan comprometido, que incluso se aprendía los libretos, y no era raro verlo por ahí en calzoncillos y camisa esqueleto, practicando el movimiento de sus manos, caminando con los enormes pies de hule rojo y nada más; dando pasos de gigante. Una vez, en Santa Marta, donde hacíamos los exteriores, GuriGuri fue rodeado por una multitud enloquecida que quería saludarlo. Y él, con su traje de fibra de vidrio, en ese calor, no fue inferior a su público. Estuvo allí parado con su mano al alza, sonriente, feliz. Pero pasaban los minutos y José no se movía, no hablaba, nada. Hasta cuando Stella Londoño, la asistente de dirección, corrió a quitarle la cabeza y lo vio privado y sin sentido, al borde de la asfixia. Sostenido solo por sus pies de hule.

De esa época podría seguir contando miles de anécdotas, pero hay una que recuerdo de manera casi perfecta. Yo tenía diez años y era un degenerado

como suelen serlo los niños de esa edad en adelante. Es decir, que más que el teatro o los libros, lo único que me interesaba entonces era ver mujeres desnudas. Como fuera, en donde fuera. Y mi condición privilegiada de ser el niño de la novela me permitió el doble privilegio de ver sin ropa a algunas de las actrices más bellas de la televisión en aquel tiempo: a Margarita Rosa de Francisco —la Mencha, para mí siempre será la Mencha, divina—, a María Goretti, a Marcela Gallego... Lo que yo hacía era meterme al camerino de las mujeres, y como era “el niño” pues nadie decía nada y ellas se cambiaban allí, tranquilas, delante de mí. Hablando de cosas sin importancia mientras yo estaba en el paraíso. Pero una vez, por andar en esas, tuve una experiencia absolutamente estremecedora, tanto desde el punto de vista estético como desde el punto de vista moral. Yo estaba en ese camerino listo para las mejores cosas, cuando de pronto entró Teresa Gutiérrez. Una gran actriz y un mejor ser humano. Entró fumando y sin mediar palabra se fue quitando la ropa. Yo ya la había visto en bikini (lo juro) en el Hotel Gran Galeón de Santa Marta, pero ahora era distinto. Ahora se estaba quitando toda la ropa, allí delante de mí. Fumaba y se reía y decía groserías, y hablaba con las otras de cosas sin importancia. Y yo allí, yo allí.

Ya sé lo que muchos estarán diciendo: qué horror, ver a Teresa Gutiérrez en bola. Qué trauma, pobre niño, pobre el GuriGuri. Pues no, la verdad es que no. Todavía hoy me acuerdo perfectamente de su cuerpo, y sobre todo de su piel: perfecta, cuidada, firme. No recuerdo cómo era María Goretti desnuda, ni la Mencha. Mujeres bonitas como tantas, sin ropa y ya. Pero Teresa era otra cosa y aquí lo cuento después de tanto, con ojos de niño. Eso aprendí a los diez años sin necesidad de ninguna teoría: que la belleza puede ser también aquello que logramos recordar. Lo recuerdo hoy: que la belleza es otro nombre para la memoria.

El concierto más grande de todos los tiempos

Varios azares, varios milagros, han hecho posible algo que muchos pensamos que ya no iba a ocurrir jamás en este país: el concierto de los Rolling Stones, por fin, el próximo 10 de marzo en el estadio El Campín de Bogotá. Ese día —y hay que decirlo así, por exagerado que suene— será el día más importante en la vida de mucha gente que esperó por él durante años, incluso con la certeza resignada y melancólica de que nunca llegaría. Pero llegó, aunque parezca mentira, y ya se nos acerca esa boca abierta y con la lengua afuera que existe desde 1971 y que todo el mundo reconoce adonde quiera que vaya, como si fuera la manzana del pecado de Apple pero mucho mejor y más bella: la boca emblemática y lujuriosa de los Rolling Stones diseñada por John Pasche, con los retoques angustiados de Craig Braun. Esa boca que Mick Jagger quería que fuera la de la diosa hindú Kali, pero que terminó siendo la suya propia, sexi y arrogante y feliz.

Es increíble ver por toda la ciudad, y en las revistas, y en las páginas de internet, ese aviso de colores que parece un sueño: “Rolling Stones, 10 de marzo, Estadio El Campín, América Latina Olé”. No puede ser cierta tanta dicha, no puede ser que esa boca nos esté hablando a nosotros. Incluso algunos tienen todavía una copia curtida de un afiche en papel periódico que estuvo pegado durante meses en los muros de Bogotá por allá a mediados de los años noventa, quizás en 1994 o 1995. Decía “Vienen los Rolling Stones”, y yo recuerdo como si fuera hoy mismo la emoción que me dio verlo en algún lugar de la calle 19, en el centro. Pero recuerdo también el desconsuelo que me daba entonces saber que eso era un delirio, que eso no iba a pasar

nunca y que ese papel, el anuncio de una película o algo así, era más bien un reproche y una tortura y un reguero de sal en una herida a la que parecíamos estar condenados desde el principio de los tiempos y hasta el final. Hasta hoy.

Dirán los aguafiestas y los amargados que los Rolling Stones ya están muy viejos y que solo ahora, cuando apenas si pueden caminar, les dio por venir; dirán que ya para qué, cuando aprendimos a vivir sin ellos toda la vida y cuando ya no los necesitamos para nada, que mejor ni vengán. Quizás sea cierto. Pero también lo es que los Stones son viejos desde hace mucho — desde 1989, para ser precisos— y que desde entonces sus conciertos y sus giras son cada vez mejores, como si el escenario operara en el cuerpo de esos cuatro ancianos venerables el verdadero milagro de la eterna juventud, renovado cada noche en un ritual que de solo imaginármelo en mi país ya me dan ganas de llorar de la felicidad: primero se apagan las luces, luego se oye la voz de siempre que dice en inglés: “Señoras y señores, ¡los Rolling Stones!”. Suena entonces un conteo que suele ser el del pianista, Chuck Leavell, y después sí se oye el primer acorde de una guitarra: la banda más grande de rock & roll de todos los tiempos. Señoras y señores, los Rolling Stones.

Los Rolling Stones, que son la prueba cabal, para usar una idea ya demasiado trajinada y sin embargo cierta, de que uno puede llegar a tener la edad que se le dé la gana. O no tener ninguna edad en absoluto, que es más bien el caso de la banda: conquistar la inmortalidad; ser un grupo de viejos decrepitos y cavernosos que suenan como nunca cada vez que se juntan a tocar, disfrutando de cada nota (se les ve) como si fuera la primera y la última, lo cual en su caso no es una metáfora ni una frase solemne y gratuita sino, desde hace años, una posibilidad inminente. Claro: también es cierto que los Stones se ganan cinco millones de dólares por concierto, es decir, el equivalente en plata a cinco premios Nobel de Literatura cada noche en que en la guitarra de Keith Richards, gracias a sus dedos cuarteados y sabios,

retumba el famoso *riff* de *Satisfaction*, mientras Mick Jagger, a sus 72 años apenas, lo baila como si todavía fuera 1965. Así cualquiera es inmortal, dirán muchos.

Pero no es solo la plata, como aseguran tantos de sus críticos, lo que mueve a los Stones; no es solo el oro lo que los hace sonar y rodar. Sin duda que a ellos les debe de fascinar también todo lo que ganan, obvio, a quién no. Y más desde ese año ya lejano de 1989, en el que sus conciertos se volvieron una industria multimillonaria y enorme, quizás una de las más rentables del mundo. Y es increíble, porque ya han pasado, desde entonces, veintisiete años: los mismos que habían transcurrido entre 1962, año de fundación del grupo, y ese año ya lejano de 1989 en el que los Stones empezaron a parecer viejos y en esa gira que primero se llamó “Steel Wheels” y después “Urban Jungle” la gente ya sentía que era la última vez que los vería en vivo. Hoy, veintisiete años después e incluyendo el “América Latina Olé Tour 2016” que los traerá a Colombia, los Rolling Stones le han dado o le habrán dado nueve veces la vuelta al mundo ante millones de personas maravilladas y con la boca abierta y la lengua afuera. Nada mal para unas viejas piedras que solo saben sonar y rodar.

Así que no es solo la plata lo que empuja a los Rolling Stones, no. ¿Y qué es, entonces? La respuesta puede parecer estúpida y demasiado obvia o ingenua, pero no por ello deja de ser cierta y profunda, hermosa. Lo que hace que los Rolling Stones existan todavía es la música, así de simple. La felicidad que a ellos les produce tocar sus canciones (se les ve), y sobre todo la felicidad que millones de personas sienten, como si fuera el día más importante de su vida, y a veces lo es, cuando ellos lo hacen sobre un escenario. Es que tiene que ser de verdad muy conmovedor para un artista, casi un motivo suficiente para el arte, ver cómo su obra le da a la gente tanta dicha y tanto sentido y tanta plenitud. Y los conciertos de los Rolling Stones son eso: una especie de rapto que dura dos horas en las que el mundo se

paraliza o no importa, y el tiempo está de nuestro lado y se disuelve para ellos y para nosotros, para todos. Porque ellos tocan como si fueran eternos —y lo son, basta verlos— y su música se hace siempre mejor con la edad. Con la suya, con la nuestra, con la de todos.

Lo dice Charlie Watts en el video promocional que sacó el grupo para anunciar esta gira latinoamericana que se agotó en dos minutos: “Siempre hemos sido una banda en vivo”. En realidad, lo que dice en inglés es que los Rolling Stones siempre han sido “a playing band”: una banda que toca, una banda que vive de tocar. Por eso —cuenta en sus memorias Keith Richards, ese libro que se llama *Life* y que es una obra maestra de la literatura universal, casi un clásico victoriano—, por eso los Rolling Stones duraron más que los Beatles: no porque se quisieran más entre ellos, no porque fueran mejores músicos o mejores compositores, no porque buscaran más gloria o más riquezas. No. Los Rolling Stones duraron más que los Beatles porque su mayor alegría era y es tocar. No solo grabar discos y escribir canciones, sino tocar. “Hacer música”, como se dice también: verla aparecer en el escenario, bailar con ella, que es lo que logra como nadie Mick. O invocarla con la guitarra, que es lo que hace “Keef”: amaestrarla con sus manos ásperas y prehistóricas, manos de pirata, para que luego retumbe en el ritmo flemático y perfecto de Charlie Watts, en la sonrisa y en el pelo de Ron Wood.

Cuando los Stones empezaron y el mundo y ellos eran jóvenes —el mundo por desgracia envejeció, por desgracia y por fortuna—, el sueño de cualquier grupo musical era durar más de un año. Grabar un sencillo, sonar en la radio, tener una novia. En el caso de los ingleses, además, había una sombra, un lastre que conjurar: el de la guerra, el de la Segunda Guerra Mundial. Porque aunque Inglaterra la había ganado, esa había sido una victoria pírrica en el sentido perfecto de la expresión, casi la encarnación arquetípica de lo que es una victoria pírrica: una en la que el triunfo es peor que el fracaso, y sus consecuencias se vuelven una maldición para quien lo obtuvo con sangre,

sudor y lágrimas. La victoria inglesa en 1945 significó también el principio del fin del Imperio británico, y ese fue el paisaje que todos los días tenían que atravesar, para ir al colegio, los niños que habían nacido en esa década en Londres o en Manchester o en Newcastle: ruinas apiladas en los andenes, miradas cansadas y tristes, veteranos que se asomaban por la ventana como si el mundo de Dickens hubiera vuelto para siempre.

Veinte años después, a finales de la década de los cincuenta cuando esos niños ya eran adolescentes, su único consuelo, su salvación y su reivindicación y su venganza estaban en la música: en los discos que traían desde Nueva York o desde Nueva Orleans o Chicago los marineros que paraban en los puertos ingleses, en Southampton o en Liverpool. Por esa vía llegó el rock & roll a la isla, y también agazapado en las ondas de Radio Luxemburgo que en las noches transmitía las canciones de los grandes ídolos de ese nuevo sonido que al otro lado del mar, en “América”, había enloquecido y liberado a la juventud. Fue así como John Lennon y Paul McCartney, y Eric Clapton, y Brian Jones, y Mick Jagger y Keith Richards oyeron a Elvis Presley, a Eddie Cochran, a Buddy Holly, a Chuck Berry. Fue cuando la vida dejó de ocurrir en sepia y empezó a verse en tinte, como dijo alguna vez alguno de ellos. Muchos de esos jóvenes asumieron esa influencia y la llevaron a un nuevo nivel escribiendo sus propias canciones, como fue el caso sobre todo de los Beatles, pero otros, como pasaría con los Animals o los Yardbirds o los Rolling Stones, prefirieron remontar el río para llegar, atravesando todo el mar, hasta el delta mismo del Mississippi, hasta el nudo más profundo de la música negra en que se enredaban las raíces de esas canciones que cantaban y bailaban los blancos con su guitarra en la mano.

La discografía inicial de los Rolling Stones, desde que sacaron su primer sencillo, justo una canción escrita por Chuck Berry, *Come On*, es una discografía marcada por ese cruce de influencias: el rock & roll (y sobre todo Chuck Berry), el amor desmedido por el blues, la riqueza musical de Brian

Jones, y el esfuerzo cada vez más logrado y exitoso de Mick Jagger y Keith Richards por escribir su propia música. No en vano su himno de esa época, la canción que más fama les dio en la era de los Beatles, dice eso: “(I can’t get no) Satisfaction”. ¿La “era de los Beatles”? Sí, sin duda. Pero también la era de los Rolling Stones, que son tan grandes que aun con esa sombra fueron capaces de encontrar su propia voz: esa voz que desde entonces no ha parado, y que como el mejor vino se ha ido decantando y se ha hecho más rica y mejor, más sabia, más honda. Quizás, libra por libra, otros grupos son mejores que los Rolling Stones, con mejor sonido o mejor ejecución, con un mejor cantante, con guitarras más virtuosas. No lo sé. Pero no hay una banda de rock más grande que ellos, que ha sobrevivido a todas las demás y siempre fiel a su espíritu.

Por ese solo hecho —y no solo por él, claro que no— vale la pena ver a los Stones en Bogotá: porque ante ellos estamos ante un pedazo fundamental de la historia de la humanidad. Allí, en carne viva, ocurriendo aún frente a nuestros ojos. Con esa boca con la lengua afuera, lujuriosa y feliz, que no se cansa de cantar y que quizás no se canse nunca de hacerlo. Mientras Mick baila de un lado al otro y Keith, como un simio, rasga su guitarra, apenas si la toca. Y Ronnie sonrío, y Charlie también. Es solo rock & roll pero nos gusta, con ellos el tiempo siempre está de nuestro lado.

Señoras y señores, los Rolling Stones. Por fin.

Un acto de fe

El fútbol, como todas las cosas importantes de la vida, es un acto de fe. Por eso se parece tanto a la religión —la única verdadera que le queda al mundo, Dios de domingo—: porque uno cree o no cree, y punto. Borges lo odiaba, por ejemplo, y decía que era un espectáculo vulgar, violento, triste; pero Borges era ciego y tímido, y descreía de las muchedumbres, de los entusiasmos colectivos, del hombre. En cambio Henry de Montherlant, uno de los mejores prosistas de Francia y de la historia, un maestro que se quitó la vida con una píldora de cianuro y un balazo cuando ya no podía ver, lo consideraba el lugar donde mejor ocurren hoy los héroes a la manera de la Antigüedad, la cancha como templo. La palabra “fanático” viene de allí: *Fana* llamaban los romanos a sus templos, y *fanáticos* a los que los visitaban junto al fuego, mirando en el cielo el vuelo de las aves, el futuro. De manera que en cuestiones de fútbol no hay argumentos ni razones; hay delirio. Donde el hincha ve revelaciones y poesía, el escéptico ve solo a tres tipos detrás de una pelota. Donde el primero grita y se conmueve por una gambeta o un túnel (ah), el segundo apenas si alcanza a despreciar tanta barbarie, tanta estupidez. Una metáfora de la vida y viceversa, dicen los unos extasiados; el opio del pueblo, dicen los otros. Todos están en lo cierto.

Yo pertenezco a la iglesia y no voy a hacer aquí más teorías al respecto, más teología. Pero es que hablar de fútbol es una de las mejores cosas que tiene el fútbol; después de jugarlo y de verlo, claro. Recuerdo que cuando era niño podía pasar horas enteras detrás de un balón y nada era más importante que eso. Ni el colegio, ni la vida, ni el almuerzo; nada. Y cada partido era un

mundial (en el parque, en el potrero) y todos éramos Maradona o Zico corriendo durante horas, por el honor. Eso tiene el fútbol también: que no importa dónde se juegue, porque siempre, en lo más profundo de su ser, se juega en el barrio. Lo dijo alguna vez Javier Marías: el fútbol es la recuperación semanal de la infancia. La de todos, los hinchas y los jugadores, y aun la de quienes lo odian. Uno iba y corría y jugaba, y después llegaba lo mejor: comentar, en la tienda, cada proeza y cada grito, las peleas, los goles, los taquitos. Narrar con detalle la magia, porque no era más.

Creo que allí está, querido Montherlant, el parentesco del fútbol con la literatura, con la vida: en que al final todo gran partido, sea en Wembley o en el potrero, debe ser un gran relato. El arte ocurre, sí, las gambetas y los taquitos y todo eso, pero solo la memoria lo salva de su condición mortal. La memoria, las palabras. Cuando yo era niño (esto también lo recuerdo), mi papá tenía una costumbre cuyo sentido misterioso yo no descifré sino hasta mucho después: veía por la televisión un partido y le bajaba todo el volumen a la transmisión. Entonces prendía la radio y lo oía por allí, y yo no entendía por qué ni para qué. De hecho me indignaba. Hasta que un día, no hace tanto, hice lo mismo, y entonces por fin lo supe: una cosa era ver el partido, y otra muy distinta escucharlo; una cosa era el juego y otra el relato, a veces mejor. Casi como si uno pudiera reconocer al mismo tiempo las dos versiones, las dos caras que llevan consigo todas las cosas del mundo, la de la realidad y la ficción, la del olvido y la memoria.

Y ya se sabe que nunca sabemos bien cuál es cuál; de eso se trata el arte. Se lo leí a Valdano, creo, en una anécdota preciosa. Decía él que cuando vio el segundo gol de Maradona a los ingleses en el 86 —el gol en que se saca a todo el mundo, el verdadero gol con la mano de Dios— no le pareció tan importante ni tan bueno. Y él estaba allí al lado, esperando el pase que nunca llegó. Pero un día, años después, Valdano puso en su carro la narración de ese gol por Víctor Hugo Morales, casi tan famosa como el gol mismo. La

acababa de recibir en un CD conmemorativo. Y oyéndola se le escurrieron las lágrimas como a un niño. Así entendí, dijo Valdano en esa entrevista, que a mí lo que me gustaba no era el fútbol sino la literatura. La memoria, las palabras.

En agosto de este año se cumplen setenta de uno de los partidos más famosos de la historia, sobre el que la ficción —esa cínica conciencia de la historia, su confidente— ha tejido los relatos más nobles. Se trata del “Partido de la muerte”, el 9 de agosto de 1942, en el que se enfrentaron el Start de Kiev contra el Flakelf de la aviación alemana. Justo cuando los nazis acababan de invadir a la Unión Soviética y sembraban de cadáveres a Ucrania. Pero un panadero colaboracionista llamado Otto Schmidt (no el científico, que vivía cerca) convenció al brutal comisario alemán de Kiev, Erich Koch, de permitir un torneo de fútbol entre invasores e invadidos, entre polacos y alemanes y húngaros y ucranianos. El Start era sin duda el mejor equipo, pues estaba formado en su mayoría por jugadores del Dinamo que acababan de salir de los campos de concentración. Y ganó todos los partidos, incluso el último del 6 de agosto contra el Flakelf del ejército, al que le metió cinco goles contra uno. Una humillación para las tropas de la raza imbatible y aria.

Entonces los alemanes pidieron la revancha, que se jugó tres días después, el 9. Lo que vino luego fue un partido áspero y trabado según quienes lo vieron, en el que los ucranianos volvieron a ganar, cinco a tres. Pero lo que pasó en realidad en ese partido, investigado minuciosamente por James Riordan o Andy Dougan, poco importa. Porque la literatura se encargó de contar la historia, haciendo justicia por su propia mano. La literatura y la propaganda. ¿Es eso lícito? No lo sé. Es inevitable: a veces los pueblos y los hombres necesitan inventarse sus recuerdos para poder soportarlos mejor; para poder soportar al pasado. Parece que el “Partido de la muerte”, antes que serlo, fue un sorprendente paréntesis de civilización y cordura en medio del

horror que ya consumía a toda Europa. Hay una foto de las dos escuadras ese día, sonrientes; los verdugos de blanco y las víctimas de rojo. Pero la ficción ha reconstruido la historia de otra manera, con heroísmo. Que el árbitro era de las ss y que en el intermedio advirtió a los ucranianos lo que les esperaba si no se dejaban ganar; que Alexi Klimenko llegó hasta la cancha rival sacándose al arquero y a todos con el balón, y no hizo el gol para humillar aún más a los alemanes: él sí los perdonaba. Que los jugadores del Start murieron a manos de la Gestapo o en campos de exterminio, y Eduardo Galeano lo contó aún más dramáticamente: fusilados en la cima de una colina, con sus camisetas rojas. Según Riordan, nada de eso ocurrió. No así.

Quizá. Pero como lo dijo el director de cine Alexander Dovzhenko, “si ese partido no fue así, igual nos lo teníamos que inventar así”. El fútbol y el arte son un acto de fe. La historia y la memoria, a veces, también.

La tragedia de Europa

Hace poco más de una semana, una imagen conmovió al mundo entero: en ella se veía a un niño muy pequeño, de unos tres o cinco años, tendido boca abajo a la orilla del mar. Con los brazos caídos y la cabeza hacia abajo, como si estuviera durmiendo. Lo que lleva puesto —una camiseta roja, una pantaloneta azul y unos zapatos a los que solo se les ve la suela de caucho— está emparamado. Y el niño está muerto.

Hoy sabemos que ese niño se llamaba Alan Kurdi y que iba con su papá, su mamá y su hermano en un bote de plástico que naufragó cerca de Bodrum, en Turquía, tratando de llegar a la isla de Cos, en el mar Egeo. El bote era para ocho personas pero en él iban dieciséis: el dueño, que huyó apenas empezaron los problemas a bordo, y quince inmigrantes sirios que quedaron allí a la deriva, nadando sin éxito por su vida.

Abdullah, el papá de Alan y uno de los pocos sobrevivientes del naufragio, le contó a la prensa que había pagado cuatro mil euros por los cuatro cupos en ese barco que él pensó que iba a ser de motor pero que resultó ser una lancha de nada que a los pocos minutos de zarpar ya hacía agua y parecía una hoja agitada por las olas. Fue cuando el traficante que les había cobrado esa plata huyó y todos quedaron en pánico.

Entonces Abdullah se aferró a su familia para tratar de mantenerla con vida: a su esposa Reyhana, de treinta y cinco años, y a sus hijos Galip y Alan, de cinco y de tres. Dice que buscó quedarse al borde de la lancha pero que fue inútil, y el agua le fue arrancando a uno por uno de las manos. Ese es su relato desgarrador que desemboca luego en esa secuencia de las dos imágenes

atrocies que le dieron la vuelta al mundo hace unos días.

En la primera está Alan tendido en la playa, como durmiendo allí, emparamado. En la segunda lo recoge un policía turco, con guantes de látex y cara de impotencia, y lo alza y se lo lleva: un niño muerto cuando buscaba refugiarse en una isla; un niño llegado a la playa como una botella de náufrago con un mensaje adentro (y afuera) sobre todo lo que está mal en la Tierra.

Quizás por eso esa foto produjo el impacto que produjo en todas partes: por el absoluto desconuelo y la ternura que en ella se respiran, sin duda, pero también porque en ella hay un resumen terrible y conmovedor de la tragedia que hoy viven miles de seres humanos desplazados por la guerra y el horror, quienes tienen que dejar su vida entera e irse a buscar dónde sobrevivir lejos de su casa, de su mundo y de sus raíces.

Hay cientos de artículos de prensa muy sesudos y profundos sobre el drama de los refugiados hoy en Europa; hay cientos y miles de estadísticas, de diagnósticos, de análisis, de opiniones. Pero nada revela mejor los alcances verdaderos de ese drama que las imágenes de quienes lo viven en carne propia: las caras desesperadas de quienes cruzan por donde puedan las fronteras; sus cuerpos, vivos o muertos, flotando en el mar.

Poco antes de la tristísima y hoy ya célebre y “viral” foto de Alan Kurdi en la playa, hubo otra también aterradora e igual de elocuente, por lo menos en lo que se refiere al drama de los refugiados en Europa: en una carretera cerca de Parndorf, en Austria, la policía encontró abandonado un camión de comida llegado de Hungría. Al abrir la puerta de la bodega —esa es la foto— había setenta y un cuerpos abigarrados y sin vida: setenta y un sirios que huían de la guerra y de la muerte y no lo lograron.

Todos los días, en todos los medios, la imagen es la misma: miles de personas a la fuga, con su vida a cuestas, tratando de entrar a Europa por el Mediterráneo, por España o por Italia o por Grecia; otros lo hacen por la

frontera del este, por Hungría o los Balcanes. Una verdadera tragedia política y humanitaria cuyas cifras se salieron de cauce: solo en lo que va del 2015 más de 350.000 refugiados han llegado a Europa, según Acnur, y la mitad de un país entero, Siria, se está yendo de allí.

El historiador inglés Arnold Toynbee decía que ese es el motor del “ritmo de la historia”: migraciones masivas (*Völkerwanderungen*, en alemán; una de las lenguas que muy pronto hablarán muchos de los refugiados) de pueblos que, por circunstancias casi siempre trágicas, tienen que empacar su vida, meterla a un barco, y desempacarla luego en otro lugar que consideran mejor o por lo menos más tranquilo y seguro.

Eso es lo que al final produce, decía Toynbee, lo mejor que tienen las civilizaciones, lo único que les garantiza la supervivencia: sus valores diversos y siempre en progreso; el enriquecimiento de su concepción del mundo, que es lo que al final es toda civilización, con voces nuevas y vitales que se instalan en un espacio cerrado y tradicional, del que muy pronto se van impregnando y al que muy pronto van transformando también.

En este caso de la avalancha de refugiados a Europa hay mucho de lo que describe Toynbee en su teoría: pueblos que huyen de su territorio expulsados por la guerra, y que buscan asilo en lugares que consideran un modelo de la “civilización”: un modelo del desarrollo, el bienestar y la libertad. Y si no un modelo, por lo menos sí un consuelo. El eterno diálogo de espejos contrapuestos entre la cultura y la barbarie, ¿y dónde está cuál?

Aunque en este caso hay también un ajuste de cuentas histórico y demográfico que era inevitable y que muchos vaticinaron durante años, por no decir que durante siglos: en esas guerras y ese horror de los que huyen los pueblos que hoy están llegando sin freno a Europa, también tienen mucho que ver las potencias occidentales y su torpeza y su arrogancia políticas a la hora de repartirse el mundo en cada momento, sin pensar en el futuro que estaban engendrando.

Lo acaba de decir Angela Merkel: lo que está pasando, todo lo que está pasando, va a cambiar a Europa y ese va a ser un proceso largo y complejo. Una periodista le preguntó entonces que qué pensaba ella sobre el temor de muchos ciudadanos alemanes por la “islamización” de Alemania, a lo que la canciller respondió lo que ya ha dicho otras veces: el islam también hace parte de Alemania, y si hay cristianos que le tienen miedo a eso, pues que sea la oportunidad para conocer más su propia tradición.

Hace poco, en Oelde, Alemania, conocí a un par de refugiados sirios que llegaron en marzo pasado: Mohamed y Youssef, dos hermanos que huyeron de su país y de la muerte por la frontera turca. Llevaban cinco mil dólares entre los dos, de los cuales tuvieron que pagarle tres mil al mafioso que los metió al barco en el que zarparon hacia Italia: un calabozo más que un barco, sin agua ni comida ni aire puro, sin nada.

La travesía, cuenta Mohamed, fue por supuesto de horror, y un niño que iba en ella se murió allí, en el piso, sin que nadie pudiera hacer nada. Pero llegar a Italia no fue menos traumático, a manos de una policía desbordada por la situación y unas estructuras burocráticas tan ineficientes como antipáticas. Fue el único momento en que los dos hermanos pensaron de verdad en devolverse.

Entonces se fueron a Suiza, sin papeles ni nada. Allá los abrazaron —era el primer gesto de afecto que recibían en mucho tiempo— pero les dijeron que no se podían quedar. Así que volvieron a Italia para tratar de entrar a Alemania por Austria, y lo lograron. Temblando de miedo en los trenes cuando pensaban que algún policía podía llegar a pedirles sus documentos, algo que por suerte nunca ocurrió.

Hoy viven en la Renania del Norte, muy lejos de su casa pero también muy lejos de la guerra. Son refugiados en regla, acogidos por un país que les devolvió el alma al cuerpo. Aprenden alemán todos los días y ya empiezan a hablarlo; ya por lo menos pueden saludar a sus vecinos y quejarse del clima.

No se les quita la nostalgia de los ojos porque saben que en Siria se quedó una parte de sí mismos, pero están felices de haber sobrevivido.

El día en que los conocí y me contaron su historia fue el día en que se dio la noticia de que el gobierno húngaro iba a ayudar a que los refugiados que estaban hacinados en sus estaciones de trenes y en sus fronteras pasaran a Austria. Estábamos en un salón y alguien habló de la noticia. “Ojalá —dijo Mohamed—, porque además si son muchos no los van a poder parar”.

Y es que no los van a poder parar. Por eso no se habla de otra cosa en Europa hoy: porque lo que está entrando por sus fronteras no son solo los refugiados sino también su propio futuro. Así que más les vale pensarlo bien desde ya.

Quizás ese era el mensaje que traía consigo, como una botella de náufrago, Alan Kurdi. Para que algún día podamos decirle que descanse en paz.

MANES

Cien años de soledad

El 28 de julio de 1954, en los talleres mexicanos de Edimex, en la calle Mateo Alemán número 50 del D. F., vio la luz un extrañísimo libro colombiano. La pasta era de cuero rojo y al frente se leía en letras doradas el título: *Notas, tomo I*. También el nombre del autor: N. Gómez Dávila, quien numeró de su puño y letra cada ejemplar de los cien o ciento cincuenta que hizo, no sé bien cuántos, corrigiendo además de su mano las pocas erratas del texto, con rayones en tinta negra o aguamarina según el tema o los destinatarios, mencionados todos de manera cariñosa en el reverso de la portada: “La edición de esta obra se hizo por cuenta del autor; está dedicada a sus amigos y queda fuera de comercio”.

Al frente estaba el epígrafe, una frase en latín del ensayista romano Aulo Gelio: “Pero aquellos, sin embargo, que nunca han encontrado placer ni se han sumergido en la lectura y el asombro y la escritura, que huyan lejos y busquen para sí otro motivo de alegría”. Luego la dedicatoria manuscrita: para Hernando Téllez, para Álvaro Mutis, para Eduardo Caballero Calderón, para Álvaro Gómez, para sus amigos. “Anhelo que estas notas, pruebas tangibles de mi desistimiento, de mi dimisión, salven de mi naufragio mi última razón de vivir”.

Había nacido así, casi en la clandestinidad, en la sombra, uno de los escritores más importantes de Colombia en toda su historia y uno de los pensadores más brillantes de la filosofía occidental. Sé que suena increíble, pero es cierto; y cualquier elogio que uno añada resultaría incompleto para juzgar las dimensiones y el alcance, el valor y la rareza y la belleza, de la

obra de Nicolás Gómez Dávila. Ahora lo dicen importantes académicos europeos, profesores, escritores, novelistas que lo comparan con Nietzsche, con Cioran, con La Rochefoucauld, con Lichtenberg, en fin: con los mayores aforistas de todos los tiempos y con los grandes pensadores desde la Antigüedad hasta hoy.

Pero ese asombro y ese vértigo estaban allí desde el principio, no más salidas las *Notas* de su horno mexicano. Alguien (creo que fue Hernando Téllez, quien después lo repetiría en 1961 y en 1966) lo dijo en 1955 desde las páginas literarias de *El Tiempo*: una obra así solo podía ser comparada con la de los clásicos; el mundo y el país, sin saberlo, estaban asistiendo a la irrupción de un grandísimo escritor. “Gran escritor no es el que nos parece grande, sino el que nos parece ser, mientras lo estamos leyendo, el único grande”.

En 1959 (el 3 de diciembre) Gómez Dávila publicó otro libro por fuera del mercado. En los talleres de la Editorial Voluntad, en Bogotá. Esta vez también el título era simple, *Textos I*. Pero a diferencia de las notas — dispersas y vacilantes—, los textos implicaban ya una visión del mundo mucho más decantada y consciente, un pensamiento en el sentido filosófico de la palabra; que no es que no lo hubiera antes, al revés, solo que ahora el autor tenía en sus manos las riendas del lenguaje y el estilo, y con ellas iba tejiendo, casi de manera poética y alucinada, su doctrina reaccionaria. Un feroz alegato contra el mundo moderno, la definición de ese problema que va a atravesar desde el principio hasta el fin la obra de “Colacho”, como le decían sus amigos y ahora le dicen todos, a saber: que en últimas la modernidad no es sino una blasfemia y una profanación, la manera en que el hombre mató a Dios para usurparle su lugar.

De allí se derivan, según Gómez Dávila, todas las perversiones que caracterizaron a Occidente desde el siglo xv y aun desde antes, desde las herejías medievales y helenísticas: el orfismo, el dualismo, el iluminismo, el

capitalismo (y su reverso, el comunismo), la democracia, la burocracia. Ese horror que culmina en el culto de la revolución, la pornografía y la industria. “El moderno cree vivir en un pluralismo de opiniones, cuando lo que hoy impera es una unanimidad asfixiante”.

Se trata, como es obvio, de un orgulloso y altivo exponente del pensamiento reaccionario. Allí están De Maistre, Joubert, Chateaubriand, Möser y todos los que de alguna manera se opusieron a la disolución del orden medieval y el Antiguo Régimen. Pero también están (decía don Nicolás) Platón y Conrad, Dostoievski y Nietzsche, Antonio Machado y Montaigne: todos los que de alguna manera se opusieron a la estupidez del ser humano, a su envilecimiento en nombre de tiranías que solo son de este mundo.

Gómez Dávila era un conservador y un aristócrata y un católico, qué duda cabe, y sin embargo era mucho más que eso: un pensador solitario y rebelde, que hizo de su estilo y sus ideas el mayor acto de insubordinación contra los dogmas y las necedades de su tiempo, de izquierda a derecha. Por eso, más que un católico, decía ser un “pagano que cree en Cristo”, y sus frases demolidoras se iban diseminando como minas explosivas que estallaban en cada línea para escándalo de los progresistas y los liberales, sí, pero también de la Iglesia contemporánea, de los beatos y los conservadores y los fanáticos, de quienes suelen confundir el pensamiento con la ideología. “Toda solución es falsa”.

En 1977 el Instituto Colombiano de Cultura publicó, bajo el cuidado de Juan Gustavo Cobo Borda, dos tomos del maestro que llevaban un título enigmático e inquietante: *Escolios a un texto implícito*. El discurso extenso de las notas y los textos se había ido concentrando ahora solo en los aforismos y las sentencias. Como un monje provenzal o un gramático alejandrino, Nicolás Gómez Dávila iba inscribiendo páginas y páginas con sus escolios místicos o sarcásticos, poéticos o jurídicos, económicos o

teológicos.

¿Y cuál era el texto implícito? Hay tantas conjeturas al respecto, que habría que escribir un libro solo para discutirlo: la soledad, la condición humana, el lector, la historia, la democracia, el silencio que latía en las entrelíneas, en fin. Pero el título también lo dice: cada escolio arrastra consigo el texto implícito —el texto todo—, destejiéndolo en secreto mientras la voz del comentarista nos lo susurra como un acertijo, como una revelación, como una lámpara que es al tiempo el contorno que producen la luz y la oscuridad. “La meditación es nuestro acto de posesión del mundo”. Dos tomos más de los *Escolios* salieron en 1986, y otro en 1992.

Nicolás Gómez Dávila nació el 18 de mayo de 1913. Viajó muy niño a Europa, donde instructores privados le inculcaron el amor por las lenguas clásicas y las literaturas. Volvió a Colombia a los veintitrés años para recluirse en su enorme biblioteca a leer y a escribir, a dialogar con los antiguos de todos los tiempos que eran sus contemporáneos; sombras que atravesaban su soledad como antorchas.

Ernesto Volkening, su amigo y uno de los críticos literarios más importantes que hubo en el país en el siglo xx, dijo de él: “Fuera de Nicolás Gómez Dávila, no veo a nadie que sepa qué hora marca el reloj del mundo”.

Vivió con lucidez una vida sencilla, callada, discreta, entre libros inteligentes y amando a unos pocos seres. Murió en 1994 y gracias al suyo el nombre de Colombia tiene la eternidad garantizada.

La muerte del almirante

Álvaro Mutis nació en Bogotá hace noventa años y un mes, el 25 de agosto de 1923, “día de san Luis, rey de Francia”, como a él mismo le gustaba recordarlo con énfasis y un recóndito orgullo. Pasó casi toda su infancia entre Bélgica y Francia, cuando su papá, Santiago Mutis Dávila, trabajaba en la legación del gobierno colombiano ante Bruselas. Allí conoció Álvaro su amor por el mar, por el puerto de Amberes, por París y por la lengua y la literatura francesas.

Pero al morir su padre y luego su abuelo, con quien su mamá y él se habían quedado en Europa, regresó a Colombia en un enorme buque, un transatlántico que muchos años después recordaría como un palacio flotante sobre el que atravesó el canal de Panamá hasta llegar a Buenaventura. Del puerto subió la cordillera para instalarse otra vez en su país, un país que todavía no era el suyo; la infancia es la única patria que hay.

Entonces se produjo uno de los hechos más perdurables y definitivos en la vida de Álvaro Mutis, en su obra como poeta y narrador: su reencuentro con el trópico, con lo que él llamaba “la tierra caliente”: la vegetación desbocada del Tolima, con sus árboles enormes de frutos prohibidos, sus cafetales, sus ríos abrasadores que bajaban desde el alto de La Línea hasta caer en el valle, y en cuyas aguas Mutis dijo siempre que había descubierto el paraíso, el paraíso perdido y recobrado.

Allí, en la hacienda de Coello que acababa de heredar su mamá y donde él pasaba las horas en una hamaca leyendo a Julio Verne, Álvaro Mutis descubrió también algo que luego latiría en cada una de sus palabras, en sus

poemas y en sus novelas y relatos: el poder corrosivo y nostálgico de la naturaleza, la manera en que el tiempo se sirve de ella para consumirnos a todos. Los elementos del desastre.

Pero la felicidad nunca es completa ni eterna —el otro gran tema de Mutis, la desesperanza— y pronto tuvo que dejar sus cafetales y sus ríos para ir a Bogotá, una ciudad que lo aburría en el alma por su clima, por su vocación colonial, por la manera en que hablaba su gente, como entre susurros; como si toda la ciudad fuera una iglesia. Entró entonces al Colegio del Rosario, donde, según sus propios recuerdos, leía cada vez más y estudiaba cada vez menos, rescatado del aburrimiento de las aulas solo por las clases de literatura de Eduardo Carranza.

A los diecisiete años Mutis tenía muy claro que era mejor estar en los billares que estar en el colegio, y así se lo hizo saber al rector del Rosario, monseñor Castro Silva. “Mire, monseñor —le dijo—: yo tengo cosas muy importantes que hacer como para seguir perdiendo mi tiempo aquí...”. Esas cosas eran el providencial billar y la poesía, los libros que solo se pueden leer por fuera de la escuela. La vida.

Así empezó Álvaro Mutis su vida de verdad, a los dieciocho años: como actor de teatro en Chapinero y como locutor nocturno de la Radiodifusora Nacional, donde un marido celoso una vez casi lo mata (la anécdota la contó Gabriel García Márquez, su mejor amigo), pensando que los comerciales que el joven poeta leía iban con mensajes cifrados para su esposa. Fue allí, en esa cabina, donde Mutis empezó también a escribir sus primeros textos, unos juegos a medio camino entre la poesía y la ficción que acusan la influencia indudable del surrealismo, que entonces lo fascinaba.

Poemas que contaban una historia donde todo era real, en especial lo inverosímil; historias que se iban destejiendo por la acción vacilante de la poesía, esa poesía que aún no sabía si lo era o no, pero en la que ya estaban todos sus elementos para siempre: la nostalgia, la desesperanza, el tiempo

pasado y vivo. “Una gran flauta de piedra / señala el lugar de los sacrificios. / Entre dos mares tranquilos / una vasta y tierna vegetación de dioses / protege tu voz imponderable...”.

En 1948, Álvaro Mutis publicó, junto con Carlos Patiño Roselli, su primer libro de poemas, *La balanza*. Siempre dijo que era el éxito más grande en la historia de la literatura universal, pues se agotó en menos de un día, por incineración. De hecho, el libro salió de las prensas de la Editorial Prag en febrero de ese año horrible para Colombia, pero sus dos autores pudieron juntar la plata para recogerlo apenas en abril: el 8 de abril, un día antes del Bogotazo. Las llamas dieron cuenta de la ciudad con sus librerías y sus poetas y solo un aguacero apocalíptico y las ruinas pudieron sofocarlas.

Y allí en *La balanza* aparece ya, entero, como una revelación, el protagonista de toda la obra de Álvaro Mutis, Maqroll el Gaviero. Una especie de vidente —la gavia es también el entablado en el palo mayor de un barco desde donde se presienten el tiempo, las tormentas o la calma—, un héroe que pasa su vida empeñado en las empresas más absurdas y perdidas, a las que se dedica con total seriedad. Maqroll el Gaviero sabe que vivir es siempre sobrevivir; que el mundo nunca es lo que parece.

Lo asombroso de Maqroll es eso: que desde el principio ya estaba allí, como los mejores personajes de toda gran literatura. Que apareció cuando Álvaro Mutis no sabía ni siquiera si iba a ser poeta o no. Y lo fue en grado sumo (sí: digan lo que digan sus detractores), en libros magistrales que estaban por venir y en los que el Gaviero siempre aparece arrastrando sus heridas y su voz, su lucidez: *Los elementos del desastre*, *Los trabajos perdidos*, *Caravansary*, *Los emisarios*, *Crónica regia*.

Luego, cuando después de pensionarse de sus varios y truculentos oficios Álvaro Mutis empezó a escribir de una sola sentada siete novelas, de 1986 a 1993, Maqroll saltó de la poesía a la narrativa para demostrar que en su caso no había ninguna frontera entre la una y la otra, que siempre sería el mismo

gaviero desastrado en la tierra caliente o en el mar, que vivir también es sobrevivir. “No olvides su rostro. Amén”.

En 1959, luego de tres años de estar viviendo en México, Álvaro Mutis pasó quince meses encerrado en el Palacio de Lecumberri, en el D. F. Lo acusaban de haber malversado fondos de la Esso cuando era su jefe de relaciones públicas en Colombia, financiando con esa plata los excesos de sus amigos; “un crimen que todos cometimos y solo él pagó”, dijo García Márquez alguna vez. Allí adentro escribió uno de los mejores relatos históricos de todos los tiempos, “La muerte del estratega”, confirmando lo que decía su amigo Miguel de Ferdinandy —el gran historiador— de la visión del pasado de Mutis: que muchas veces la poesía y la ficción cuentan mejor la historia que la historia misma.

El mejor de los amigos, el provocador más eficaz de lecturas prohibidas. Reaccionario, monárquico, legitimista y presidente vitalicio de una organización mundial y secreta para acabar con Julio Iglesias. Maestro de tantos que somos lo que somos en parte gracias a él.

Me dicen que Álvaro Mutis se murió ayer en México, que se le paró el corazón. Lo primero lo creo, lo segundo jamás. “Duerme el guerrero, solo sus armas velan”.

Las huellas del Gatopardo

De todas las ciudades italianas que son una joya —o sea todas, o casi todas—, Palermo no es quizás la más bella, ni la más limpia, ni la mejor tenida, ni la más famosa ni la que más brilla. Incluso muchos de sus edificios más antiguos están derruidos o abandonados o a punto de venirse abajo: una sombra que cuelga sobre quienes caminan por sus calles de piedra; una amenaza y un reproche, no hay pasado que no lo sea.

La capital de una isla, nada menos y nada más, eso es Palermo: una especie de balcón sobre el mar (basta abrir la ventana), pero también una especie de balcón sobre una historia gloriosa y extraviada en la que se mezclan huellas romanas, bizantinas, árabes, normandas, francesas, españolas, incluso huellas italianas, mientras por ellas caminan los gatos como los últimos custodios de lo que allí floreció.

A veces se nos olvida que uno de los emperadores más grandes de la Edad Media, Federico II, “el asombro del mundo”, hizo de la ciudad la sede principal de su corte, en la que convivían sin problema filósofos cristianos, judíos y musulmanes. Como si Palermo fuera al mismo tiempo reino y exilio (como todo reino, como todo exilio), codiciado luego por cuantos quisieron gobernar en el Mediterráneo.

Los sicilianos, sin embargo, no renunciaron jamás a la libertad; ni entonces ni nunca. Con su lengua que es mucho más que un dialecto, con su nostalgia a toda prueba, con su vino tan áspero y su comida recién sacada del agua: el que allí llegó para mandar, así pasaran los siglos, tuvo que devolverse por donde vino, no pocas veces con el rabo entre las piernas. Nadie pudo

usurparle nunca nada a Sicilia, ni el mar.

Lo curioso es que ese aire decadente y nostálgico, bellísimo, que se respira en la ciudad desde que uno entra, ese aire parece que siempre hubiera estado allí, como si las ruinas y el caos no fueran el punto de llegada sino el punto de partida, como si ese paisaje hubiera sido toda la vida el mismo. Y en sus cicatrices, en su desvergüenza y su descuido y sus fantasmas, está acaso el mayor encanto de Palermo: su razón de ser.

Y si alguien encarna ese espíritu es el escritor siciliano más célebre de todos los tiempos, el más emblemático y también el más problemático, quizás el mejor: Giuseppe Tomasi di Lampedusa, autor de una única novela, *El Gatopardo*, publicada un año después de su muerte en julio de 1957. Un clásico de la literatura que nunca supo que lo sería; un maestro que empezó a serlo solo al borde de la tumba.

Y aunque el príncipe —lo era: príncipe de Lampedusa, duque de Palma, barón de la Torretta y grande de España— tenía fama en su ciudad de ser un sabio y un erudito, un diletante dedicado por entero a la lectura, a su enorme biblioteca, a su esposa, a sus perros, a sus pocos amigos, nunca nadie, ni siquiera él mismo, él menos que nadie, se imaginó que en su destino melancólico pudieran atravesarse el éxito y la literatura.

De hecho, su biografía es la de un hombre tímido y distraído, sometido siempre al sofocante y caprichoso gobierno de la mamá: una típica mamá italiana, pero además en el ámbito crepuscular de la nobleza de Sicilia, que luchaba por sobrevivir en un mundo en el que todos sus pergaminos, y sus honores, y sus valores, y sus palacios, y su gloria del pasado parecían una excentricidad o una maldición, o ambas cosas.

“Lampedusa”, como se lo suele llamar, asistió desde niño a esa suerte de liquidación de todo un orden histórico y cultural que era el de su clase social, la nobleza, refugiada sin embargo en la prolongación de sus viejos prejuicios y sus viejos hábitos: sus banquetes, sus lenguas vivas y muertas, sus chistes,

sus paseos, sus viajes... La ficción de que todo había cambiado para que nada cambiara; el último aliento de un mundo abolido.

Había peleado en la Primera Guerra Mundial, la Gran Guerra, pero apenas por muy poco tiempo, pues su mamá le debió de dar la orden, por carta, de que se regresara ya a la casa. Igual en la batalla de Caporetto lo capturaron los austriacos, aunque él hablaba alemán con tanta fluidez que una noche logró ponerse el uniforme de un oficial enemigo, ir a la ópera en Viena, y luego fugarse para regresar caminando a Italia.

Después de la guerra su vida fue la de un aristócrata venido a menos, como todos en la modernidad, anegada en conflictos dinásticos y económicos, deudas que había que pagar, casas que había que mantener o vender, en fin. Solo lo salvaron, por esos años, sus viajes a Londres con un tío suyo que era el embajador de Italia allí, donde Lampedusa pudo reafirmar su amor por esa lengua y ese país que le parecían la cifra de la civilización.

Otra cosa importante que le pasó al príncipe en esa época londinense fue haber conocido a quien sería su esposa, la baronesa Alexandra Wolff Stomersee, una cultísima psicoanalista letona que era la hijastra de su tío, el embajador. Casi su prima, mejor dicho, aunque en realidad los unió el amor por Shakespeare y la conversación. Se casaron en 1932 y fueron felices, pero es que no se veían casi nunca.

La verdad es que la baronesa, a quien todos llamaban “Licy”, no soportaba la intromisión permanente de su suegra, de cuyo dominio no se liberó nunca el príncipe. Así que hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, en 1939, y aun después de ese año, la pareja solo se vio unas pocas veces y cada seis o siete meses. En Riga, donde ella vivía y tenía su palacio, en Roma, donde estaba su madre, en Palermo... De resto, todo por carta.

Pero fue la guerra la verdadera consumación de ese desastre, esa lenta agonía y la muerte de la vieja nobleza siciliana con su nostalgia y su anacronismo. Sobre todo porque Palermo quedó destrozada por los

bombardeos aéreos, y ahora el fin del mundo no era solo un concepto espiritual o estético sino también físico, con todos los palacios reducidos a escombros.

Y no solo los palacios: las bibliotecas, los cuadros, los recuerdos, el mundo de ayer: todo hecho un puñado de ceniza. Allí, en ese rescoldo, está quizás el origen de la novela que Lampedusa escribió una década después, y que en teoría es sobre su bisabuelo, Giulio Fabrizio Tomasi, un príncipe astrónomo al que le tocó también ver cómo su tiempo se le deshacía entre las manos con la llegada de la revolución y el liberalismo.

Ese es el modelo del “Gatopardo”, que es como le decían los sicilianos al bisabuelo de Lampedusa: el leopardo, el leopardo rampante de su escudo de armas. Y en su época está situada la acción de la novela, en el “Resurgimiento” italiano, desde 1860. La protagoniza un príncipe siciliano, Fabrizio Salina, que observa con cinismo y distancia cómo se muda y se acaba todo lo que su clase social creyó alguna vez eterno y para siempre.

Muchos creen que es una novela histórica, cuando es todo lo contrario, o es mucho más que eso: una reflexión (la más bella y desoladora) sobre el poder, sobre la hipocresía de toda revolución, sobre cómo las oligarquías se sirven siempre del cambio para perpetuarse y para apuntalar el orden establecido. La revolución como un instrumento conservador y reaccionario; la trampa de la política, su gran mentira.

Al final *El Gatopardo* es sobre todo una exaltación, en el acto, de la literatura como el único camino para recordar: la única forma creíble y perdurable de la memoria, la única cura que existe contra el paso del tiempo. “La verdad no es más que la peor interpretación posible de un hecho cualquiera”, solía decir el príncipe, quien aun para iluminar los rincones más oscuros de su propia vida se sirvió de la ficción.

Eso lo sabemos bien porque desde 1950, más o menos, Lampedusa empezó a ver a un grupo de jóvenes que lo veneraban como a un verdadero prodigio;

en realidad eran ellos los que lo frecuentaban a él, asistiendo incluso a unas clases de literatura inglesa que decidió darles por puro placer, y de las cuales quedó el manuscrito de lo que hoy es uno de los libros más bellos de la lengua italiana, las *Lecciones sobre la literatura inglesa*.

Fue allí, en ese espacio de vitalidad recobrada, donde Tomasi di Lampedusa se decidió por fin a escribir esa novela que había arrastrado consigo, entre pecho y espalda, desde niño: la historia de su bisabuelo, pero también la historia de su propia vida, reparada por la ficción. Un ajuste de cuentas con el pasado, con el espíritu siciliano, con la ingenuidad de toda convicción firme y perdurable.

Es probable que *El Gatopardo* empezara a escribirse a finales de 1954 o principios de 1955, también porque Lampedusa vio que un primo suyo, Lucio Piccolo, se había vuelto poeta, y no sin éxito. Cómo no iba a poder él, que no era más estúpido que su primo, escribir una novela, se dijo, y entonces la escribió. Un viaje suyo a Palma di Montechiaro, la tierra de sus mayores, fue el detonante para escribir sin parar.

En mayo de 1956 y en febrero de 1957, mientras Lampedusa seguía puliendo su libro, dos editoriales recibieron el manuscrito, primero Mondadori y después Einaudi, pero ambas lo rechazaron. La razón era que era un libro muy anticuado, muy extraño. Dos rechazos que le añadieron algo más de desconsuelo al príncipe, que ya viajaba a Roma para tratarse de un tumor en el pulmón. Allí murió el 23 de julio de 1957.

Por esos mismos días Giorgio Bassani, consultor en la editorial Feltrinelli, recibió de Elena Croce una copia incompleta de la novela. Leyó una página, dos, no lo podía creer; cómo era posible que una obra maestra así no estuviera publicada, quién había escrito eso. Luego supo que su autor acababa de morir, entonces viajó a Palermo de inmediato a buscar las huellas del gatopardo.

El libro se publicó en septiembre de 1958 y fue el éxito editorial y literario

más grande de la historia italiana, consagrado por la película que en 1963 hizo de él Luchino Visconti.

Un clásico póstumo, no en vano dice su protagonista: “Mientras hay muerte hay esperanza”.

Elogio de Hernando Téllez

En su ensayo *Nadar contra la corriente* definió Hernando Téllez lo que en el fondo siempre es el arte: justo eso que sugiere ese título, remontar las aguas; vivir a contrapelo del mundo para descifrarlo, para darle sentido al otro lado del espejo. Podría decirse que en esa frase está toda su teoría estética, su concepción del mundo: “El verdadero artista, por consiguiente, sería, o es, ese empecinado nadador, ese náufrago potencial que resuelve dar pábulo a su desesperación y contrariar a sus semejantes, ofreciendo una realidad insólita, chocante, que no corrobora sino que somete a duda la realidad artística anterior y establecida, la que estaba ahí, sólida y respetable como una matrona de provincia, recibiendo el sordo y ciego homenaje de la costumbre, el gran plebiscito anónimo de la conformidad...”. Así describió el maestro, en ese texto, el destino abrasador de quienes buscan la belleza. Pero es también una especie de declaración de principios, una “confesión de parte”: el mejor resumen de lo que fue la vida de Hernando Téllez Sierra, la justificación más profunda de su pensamiento y de su obra. Solo así, a la luz de esas palabras, se entienden del todo su actitud libertaria y rebelde, su independencia, su método crítico, su forma de aproximarse a los problemas de la realidad y al arte de los otros. Al leerlo uno tiene siempre la sensación de que Hernando Téllez estaba haciendo justo eso, nadando contra la corriente. Combatiendo con el alma, con su pluma, los prejuicios y los lastres y los dogmas más precarios y dañinos de nuestra tradición, de nuestra conformidad.

En la historia literaria de Colombia ha habido excelentes críticos. Desde José María Vergara y Vergara hasta don Ernesto Volkening, pasando por

Baldomero Sanín Cano, Darío Achury Valenzuela, Hernando Valencia Goelkel, Juan Gustavo Cobo Borda y otros más. Todos, por supuesto, con sus caprichos y sus manías, con sus “simpatías y diferencias”, como diría don Alfonso Reyes, con sus aciertos y sus errores; pero todos, o casi todos, con el mérito casi heroico de haberse dedicado a una labor muy ingrata entre nosotros, y para la cual no es que hubiera, como en otras partes, pero esa es otra discusión, un sistema cultural que le diera el lugar que se merece y que la dignificara y la volviera el espacio natural para reflexionar sobre el trabajo de nuestros creadores y para juzgarlo en todas sus dimensiones y con todas sus consecuencias.

Y dentro de esta ardua y asombrosa tradición que él mismo tipificó y criticó y desentrañó en tantos de sus textos, Hernando Téllez fue sin duda uno de los mejores, uno de los más comprometidos con el destino que ella entraña para bien y para mal. Si descontamos su ya clásico libro de relatos *Cenizas al viento y otras historias* (1950), toda la obra de Téllez está consagrada al género del ensayo, ejecutado por él con tanto rigor y tanta lucidez que no sería exagerado poner su nombre, en nuestra lengua y nuestro continente, al lado del de Alfonso Reyes, el más grande y a quien ya mencioné arriba, y con quien Alberto Lleras lo comparaba siempre no solo por el parecido estilístico y espiritual, por llamarlo de alguna manera muy pomposa, sino también por el parecido físico. Por el empaque y la sabiduría.

El ensayo fue entonces el género que cultivó toda su vida Hernando Téllez; el instrumento por excelencia de sus reflexiones sobre la sociedad, la literatura, la historia, el país, las miserias y grandezas de nuestra tradición, en fin. Con los ojos siempre abiertos al mundo, sin que nada de lo humano le fuera ajeno, pero con una pupila implacable para separar de un golpe el oro de la escoria y para cernirlo todo en una mirada a la vez lúcida y compasiva, irónica, insobornable, iluminadora. Sé que me estoy desbordando y él mismo me lo habría censurado, pero es que su legado me parece muy grande. Porque

en la obra de Hernando Téllez no solo hay profundidad y sabiduría, sino también mucha belleza. Su estilo, su prosa, es la de un artista de verdad; la de un filósofo y un poeta que sabe, como quería Oscar Wilde, que la crítica es en sí misma un arte y que su presencia es la que hace posible toda creación. La crítica, en otras palabras, como una creación. Y también como una reflexión sobre sí misma y su lugar en la sociedad y en la tradición estética y cultural a la que juzga; como una reflexión sobre el lenguaje que la sostiene y la redime y la emparenta, o no, con las obras de las que se ocupa. Todo eso, y de una manera ejemplar, hay en la obra de Hernando Téllez.

No en vano Hernando Téllez, junto con Volkening, otro prodigio, fue quizás quien primero intuyó las dimensiones verdaderas y universales del talento de García Márquez, su amigo y con el que pasaba las tardes enteras recitando malos versos para llegar al final a los buenos, cuando la noche y el trago los hacían mejores; a los versos, a los poetas, y sobre todo a los lectores. A todos. Es una lástima, y un símbolo, que don Hernando se muriera justo un año antes de la publicación y la explosión de *Cien años de soledad*, pues en sus reseñas de los libros anteriores de Gabo —como le decían sus amigos, y porque él lo era lo llamo así aquí— está el anuncio y el presagio de esa obra maestra que estaba toda allí, latente en esas semillas que iban a florecer como un milagro. Téllez lo sabía y lo dice todo el tiempo: en estos libros de García Márquez hay algo muy grande que se asoma, y cuando ocurra nos va a arrastrar a todos por delante; que no quede piedra sobre piedra. Algo parecido dijo en su momento del estilo y el pensamiento de Nicolás Gómez Dávila, y tuvieron que pasar cincuenta años para que el mundo le diera la razón. Y aun hoy, cuando ya muchos profesores europeos se ocupan de la obra del filósofo colombiano en sus acartonadas tesis doctorales, nadie ha dicho sobre él nada mejor que lo que dijo Hernando Téllez en 1954, cuando los *Escolios a un texto implícito* eran apenas unas notas clandestinas, una bomba, que pasaban de mano en mano entre los

amigos del autor.

Ahí, en casos como el de García Márquez o el de Gómez Dávila, o el de Álvaro Mutis o el de Osorio Lizarazo, está presente toda la clarividencia de Hernando Téllez como crítico: su don profético; su capacidad para sobreponerse a las modas y a los prestigios vacíos que imponía aquí la tradición con su retórica triste y solemne, y saber dónde estaba, dónde está, lo importante, lo perdurable, lo necesario y lo bello. Con un estilo transparente y magistral, el de un poeta en la sombra y un gran narrador que sabía muy bien, con sus maestros, que el pensamiento jamás será claro si el lenguaje que le da vida no lo es tampoco. Esa ecuación no falla nunca. Por eso en sus páginas están presentes también, siempre, los nombres de Borges o de Ortega y Gasset: los nombres de los grandes prosistas de nuestra lengua, que en Hernando Téllez encontraron un heredero y un continuador ejemplar.

Lector de Proust, de Gide, de Larbaud cuando aquí nadie sabía ni siquiera quiénes eran —basta ver su biblioteca: yo estuve en ella y es el Paraíso—, Hernando Téllez no hizo en la vida más que lo que el título de su ensayo recomienda: nadar contra la corriente, rebelarse contra el “plebiscito anónimo de la conformidad”.

Hay un bellissimo libro de Giorgio Manganelli que se llama *El rumor sutil de la prosa*. En realidad es una selección de ensayos, artículos, crónicas, reseñas y divertimentos, pero también es una profunda reflexión, explícita o implícita, según cada lector, sobre esa inasible y extraña y tan común y tan difícil y tan vieja, aunque parezca lo contrario, forma del arte de escribir que es la prosa: lo que se supone que nos sale a todos cuando no nos sale en verso.

O eso le decía el maestro de filosofía a monsieur Jourdain en *El burgués gentilhomme*, la comedia de Molière sobre el arribismo y sus tristezas: “Todo lo que no es prosa es verso, y todo lo que no es verso es prosa”. Fue cuando el pobre e ingenuo Jourdain, siempre atormentado por la certeza de ser lo que

no era, le respondió al maestro su célebre y citada frase, conjuro de todo poeta sin oído y sin ritmo: “¡A fe mía que llevo ya más de cuarenta años de hablar en prosa sin saberlo!”.

Fernando Vallejo, que es un gran escritor y un gran prosista, escribió hace años un libro deslumbrante, *Logoi*, en el que demuestra que también en eso estaba equivocado el pobre monsieur Jourdain, y que lo que él hablaba sin darse cuenta no era prosa sino otra cosa, porque en realidad la prosa es una construcción literaria tan artificial como el verso —a veces más—, e incluso la que parece más cercana al habla de la calle está hecha con procedimientos estilísticos que nacen de un conocimiento difícil y heredado. De una gramática, en otras palabras.

Simon Goldhill dice que en Occidente la prosa nació en el siglo v antes de Cristo; en Grecia, por supuesto. Lo mismo decía, con más gracia, el ya citadísimo Alfonso Reyes, un prosista tan certero como ha habido muy pocos en nuestra lengua, cuatro o cinco a lo sumo. Y ya Aristóteles en su tiempo vivía obsesionado con el tema, y hasta escribió un tratado limítrofe entre la poesía y la prosa en el que además fija una de las reglas de oro del gremio: escribir siempre lo más claro que se pueda; desechar todo rebusque como si fuera veneno.

En español, como se sabe, es muy difícil lograr eso, porque nuestra lengua arrastra consigo una grandilocuencia que casi siempre la derrota. Un desbordamiento de balcón y un exceso que están presentes aun en nuestras mayores plumas, y quizás por eso no sea extraño que en nuestra tradición se admire más a los prosistas que lograron vencer, de alguna manera, en ese pulso imposible. A Borges, al propio Reyes, a García Márquez. Y a uno que también ya mencioné y que aun cuando se salía de cauce era un prodigio, don José Ortega y Gasset.

De Colombia se dijo siempre que era tierra de poetas, y es cierto. Pero sus prosistas también lo fueron: desde Jiménez de Quesada o Rodríguez Freyle o

la Madre del Castillo hasta los grandes maestros del siglo xx, no siempre conocidos y celebrados y leídos como toca: Eduardo Mendoza Varela — enorme—, José Umaña Bernal, Jaime Paredes Pardo, Germán Arciniegas, Daniel Arango, Eduardo Caballero Calderón, Alberto Lleras Camargo, Baldomero Sanín Cano.

Pero de todos, mi favorito, como ustedes ya lo habrán adivinado, por eso estoy aquí; por eso estamos todos aquí; mi favorito es Hernando Téllez: el que mejor sabía qué hacer con las palabras; el de más oído y mejor ritmo. Y fue quizás el más comprometido con su destino de ensayista, y nadie que quiera entender a Colombia debería privarse del placer de sus libros y sus reflexiones. Porque en la obra de Hernando Téllez resuena y nos fascina el rumor sutil de la prosa. La poesía de los que la escriben sin saberlo.

Yo la conocí —lo recuerdo como si estuviera ocurriendo— hace muchísimos años en una calle de Cali en la que solían vender libros que colgaban de una pared como si fueran frutas; y quizás lo fueran: el fruto prohibido, ya ven que en español es imposible estarse quieto. En esa calle vi a trescientos pesos un librito azul del Festival del Libro Colombiano que decía: *Hernando Téllez, sus mejores prosas*. Yo jamás habría comprado ese libro si no se hubiera dado la casualidad de que justo entonces estaba leyendo *Mi gente*, las memorias de Alberto Lleras, en cuyas páginas aparecía siempre, y con el mayor cariño y la mayor admiración, el nombre de don Hernando, que en el libro de Lleras era más bien, como todo el mundo allí, un muchacho liberal y bohemio pero con una pasión voraz por la lectura, hasta el punto de que en las tertulias del Café Windsor era tenido ya por un maestro cuando ni siquiera tenía treinta años (ni siquiera treinta y nueve; esa edad que ahora está tan de moda y que es tan grotesca), sino todo lo contrario.

Así que yo compré ese libro del amigo de Alberto Lleras porque me había caído muy bien: eso tienen de bueno los libros (como dice Maquiavelo en su famosa carta, o como decía Quevedo en su verso): que nos dan la posibilidad

de tener los amigos que queramos; que son nuestra taberna personal e intransferible, y la abrimos y la cerramos, entramos o salimos de ella cuando se nos dé la gana.

Total, que a los pocos días empecé a leer esas prosas de Hernando Téllez, y no podía creer que hubiera alguien que escribiera con tanta claridad, con tanta riqueza y con tanta inteligencia. Luego, con los años, tuve la fortuna de ir recogiendo en las librerías de viejo los libros que pudiera de ese que ya era para mí un maestro, y hoy creo que lo tengo casi todo y que lo he leído siempre con la misma maravilla y el mismo asombro de la primera vez. Incluso sus textos no recogidos en libro, como se llama uno de sus libros en dos tomos que es una cantera sin fin.

La categoría de “escritor” siempre me ha dado mucha jartera y no creo ejercerla bien ni a gusto, nunca; a veces incluso me aterra. Pero mi pasión por la literatura y los libros, mi concepción de lo que significa ser un escritor, le debe mucho a Hernando Téllez.

Quiero decir para terminar que en él encuentro una lección intelectual como pocas en Colombia, por no decir que como ninguna, no solo por su honradez y su profundidad y su agudeza y su gracia, sino porque Hernando Téllez nunca concedió con la amargura. Porque nunca creyó que ser un pensador valioso implicara ser mezquino, ni soberbio, ni juzgarlo todo desde el pedestal moral del que siempre cree que los demás están equivocados. Al revés: la crítica era para Hernando Téllez un acto de amor: un esfuerzo verdadero por comprender, por hacerle justicia al objeto estético que tuviera por delante. Incluso si era para destruirlo, o para despreciarlo, o para señalar su rango tan pobre y tan insuficiente. Incluso en esos casos el maestro procedía con generosidad, con grandeza de alma.

Y creo que esas son las grandes virtudes que le hacen falta a nuestro país, sobre todo en ese gremio tan truculento al que acá tantas veces llaman “la cultura”. Se piensa hoy que el entusiasmo es bobería y que para acreditar la

inteligencia, o la agudeza o el “pensamiento crítico” (la sola expresión ya da vergüenza) hay que vivir bajo el signo del escepticismo, de la descalificación permanente de lo que hacen los demás. ¿Por qué? Pues por eso: porque lo hacen los demás.

Esa, como se ve, es la negación más triste de la crítica verdadera como una concepción del mundo, como un instrumento —el mejor— de comprensión de todo: del prójimo y del arte y la belleza.

Así que usemos por lo menos esta exaltación —esta celebración; este homenaje agradecido— de Hernando Téllez para hacer de él lo que menos le habría gustado, quizás lo que más habría odiado ser en la vida: un ejemplo. Un modelo y un consuelo.

Quien lo dude que lo lea. Juro que no se arrepentirá.

El triunfo de tantas derrotas

Alguien me contó alguna vez que el día en que lo mataron, el 2 de noviembre de 1995, cuando Álvaro Gómez Hurtado ya agonizaba en una camilla de la Clínica del Country, salió uno de los médicos que lo atendían y le mostró a su esposa, Margarita, el puño en alto. “Es muy extraño —le dijo, con la mano como abriéndose y cerrándose—, porque está muy mal pero el corazón sigue latándole muy fuerte...”.

Aun muriéndose, Álvaro Gómez Hurtado trataba de sobreponerse a la adversidad y a la derrota y el corazón le latía con más fuerza. Aun allí, o quizás allí más que nunca, su espíritu romántico, su talante, estaba dispuesto a darlo todo y a tener la razón sin que de verdad importaran los resultados de su empeño. Esa había sido su obsesión desde niño, la excelencia. Que la bondad y la belleza de las cosas no dependieran de su éxito.

Quizás por eso Álvaro Gómez nunca fue presidente de Colombia: porque su verdadera vocación, creo, estaba en el arte y en el pensamiento y no en la política, y lo que a él le importaba eran las ideas, no los votos. Tener la razón, no ganar las elecciones. Claro: en la democracia tienen la razón los que ganan las elecciones (en eso consiste la democracia, me dirán), pero ese solo hecho no siempre significa que la mayoría decida lo mejor. A veces significa lo contrario.

Y aunque Gómez también fue un político en el sentido más prosaico y electoral de la palabra, quién podría negarlo, ahí se le fue la vida entera, sus causas eran casi siempre causas perdidas porque en ellas había un desafío muy profundo a lo establecido, a los lugares comunes con los que se

legitiman, de manera acomodada y cínica, los dueños del poder y sus beneficiarios.

Digamos que Álvaro Gómez fue un representante emblemático del establecimiento que sin embargo quiso subvertirlo toda la vida, muchas veces de manera más radical y ambiciosa que los rebeldes de oficio y de turno que tanto lo criticaban y que al final eran (y son) más acartonados y más dogmáticos y más conservadores que él. Por eso escribió en su diario cuando estaba secuestrado: “Yo fui siempre un resistente”.

Eso es algo que sus enemigos, por supuesto, no van a aceptar jamás, porque para ellos la imagen de Álvaro Gómez fue y sigue siendo la del godo sectario que era hijo de Laureano y que incendió con sus intrigas y consignas al país. Esa fama que también fue determinante para que Colombia votara siempre en su contra; esa sombra que sus contradictores atizaron en cada elección.

Y sin duda que Álvaro Gómez Hurtado fue sectario e intemperante y radical: lo fue en tiempos de la historia de Colombia en que todo el mundo lo era, de lado y lado, liberales y conservadores, aunque solo él hubiera cargado para toda la vida con la culpa y la responsabilidad de esa guerra civil no declarada en la que el contrario, por el solo hecho de serlo, no merecía ni siquiera el beneficio de la duda y había que acabarlo.

Pero para eso se hizo el Frente Nacional, hoy tan despreciado: para clausurar esa guerra. Para cerrar esa página delirante en la que los dos partidos de Colombia casi acaban con ella, aunque no faltará quien diga, y no sin algo de razón, que eso fue justo lo que hicieron pero después de firmada la paz. Lo cierto es que en el pensamiento y en las maneras de Álvaro Gómez, desde entonces, hubo una evolución imposible de negar.

Yo creo que fue durante el destierro, entre 1953 y 1957, cuando eso ocurrió; cuando Álvaro Gómez dejó de ser “laureanista” para volverse “alvarista”. Fue quizás allí donde él empezó a formular sus ideas de manera

más profunda y auténtica, con un lenguaje propio muy bello y caracterizado, teñido por la influencia de Ortega y Gasset y en el que hay ya una diferencia con la voz, con la herencia de su papá, de la que él sin embargo estuvo siempre tan orgulloso, faltaba más.

De esa época queda un libro suyo fundamental, *La revolución en América*: una reflexión aguda y erudita sobre el legado hispánico en nuestro continente, y sobre cómo la independencia había planteado aquí una contradicción traumática entre ese legado (lo que fuimos y somos: una sociedad mestiza y barroca de la Contrarreforma) y las instituciones liberales y democráticas de la modernidad que no tenían cómo ni dónde germinar.

En otras palabras, y para decirlo mejor y con más claridad: para Álvaro Gómez el problema de nuestra sociedad, desde la Independencia, estaba en su indefinición cultural, pues sus estructuras sociales y su mentalidad pertenecían a la Colonia en la versión española, señorial y religiosa y casi feudal, y sus instituciones eran en cambio modernas y racionales: de la Revolución francesa, para unos países todavía medievales.

Por eso, decía Gómez, aquí vivimos refundándolo todo todos los días, pedaleando sin descanso en la bicicleta estática y voraz de la revolución permanente. Sociedades en obra negra que lo cambian todo para que nada cambie, mientras se abre un abismo entre lo que son y lo que creen ser. No funcionan el liberalismo ni la democracia, no pueden funcionar, cuando no existe una cultural liberal y democrática que los haga posibles.

En *La revolución en América* está, para mí, lo más importante del legado político e intelectual de Álvaro Gómez: la agudeza, la lucidez, la inconformidad; sobre todo la capacidad para dialogar con quienes no estaban de acuerdo con él. Cosas que también deberían recordarse hoy, cuando se cumplen veinte años de su asesinato, y no solo que nunca hubiera llegado a la presidencia o que su muerte aún siga bajo el sello infame de la impunidad.

Porque Álvaro Gómez Hurtado fue ante todo un pensador, un sabio. Y

desde la Antigüedad se sabe que el destino de los sabios es la incompreensión y la soledad, no lo contrario. Rarísimo habría sido, más bien, que hubiera triunfado; toda victoria, de alguna manera, tiende una sospecha sobre la sensatez del mundo. Él prefirió en cambio decir siempre la otra opinión, defender sus ideas aunque eso le costara la vida.

Decir, por ejemplo, y mucho antes de que tantos lo dijeran, que había que legalizar la droga y que el origen del narcotráfico estaba en los Estados Unidos, donde está el consumo, y no acá, donde está la producción. Decir que “lo más grave de Colombia es la familiaridad con que tratamos el fenómeno de la destrucción de la vida humana”. Decir que era el último liberal que quedaba, que había que hacer un acuerdo sobre lo fundamental.

Y al final de su vida, desde 1992, Álvaro Gómez dijo que el problema de Colombia era el “régimen” y que había que tumbarlo. No el gobierno, ni los ricos, ni los mafiosos, ni los periodistas, ni los jueces, ni los políticos. No. Pero todos ellos enquistados en una especie de amasijo truculento en el que el valor supremo, el vínculo esencial entre cada una de esas partes, es la complicidad.

“Se pretende tener a la gente comprometida por interés. La consideración del provecho individual se impone sobre el bien público. Los propósitos colectivos se vuelven singulares, porque así es como producen beneficio...”. Eso es lo que Álvaro Gómez Hurtado llamaba el “régimen”: un sistema perverso de explotación de lo público en causa propia; una telaraña de transacciones oscuras entre todos los que la habitan y gobiernan.

Eso era lo que Álvaro Gómez Hurtado decía que había que tumbar. Y como siempre, nadie lo entendió. Por eso lo mataron. En la mañana de su muerte leyó la *Historia de los animales*, de Aristóteles. Luego un poema de Antonio Machado. Entonces fue a dar una clase en la que habló sobre el barroco, lo que somos. Al salir le dispararon.

“Lo importante para mí no era ganar sino no claudicar, y ello se logró...”,

le escribió alguna vez en una carta a su esposa, Margarita, cuando eran jóvenes.

Eso explica también, quizás, que ese 2 de noviembre de 1995, hace veinte años ya, su corazón latiera más fuerte que nunca. Como siempre.

A lapse of reason:
el oscuro destino de Syd Barrett

*Till the Future dares / forget the past, his fate and fame shall be / an echo
and a light unto eternity!.*

“Adonais (An elegy on the death of John Keats)”.

P. B. Shelley

Nada presagiaba en él la voz de la locura. Solo un débil temblor en los labios cuando era niño, y la obsesión por escribir su nombre en un alfabeto inventado que nunca pudo recordar del todo; a veces salía de Cambridge hacia el mar con su familia, y era feliz y parecía un ser normal. Uno como cualquier otro: inglés, aunque ello es tan extraño, y entregado al cumplimiento de una vida sin afanes ni emociones excesivas, como es costumbre entre la gente de esa isla que hizo digno al siglo xx, y acaso también al xix. Pero algo ocurrió con el mundo y las cosas empezaron a estallar una tras otra. Y Syd, Syd Barrett, las contempló con sus ojos inmutables y la cara de un santo, y entonces decidió parar el juego y cortar de tajo la línea del destino. Una noche, durante un concierto en Sutton en el que había estado particularmente excéntrico —a duras penas hizo sonar tres acordes en la guitarra, pero en cambio se bañó en vino para arrobo del público—, fue evidente que ya nada sería igual. Y en efecto: después de cinco canciones, el líder de la banda, el hermoso gestor del nombre de Pink Floyd y su dueño y su encarnación más conmovedora, tiró al piso su

instrumento y abandonó el lugar sin mirar a nadie. Hubo aplausos y voces delirantes, sin duda, y Nick Mason, el baterista, se encogió de hombros sin dejar de marcar el ritmo que ahora seguía con desconsuelo Roger Waters.

Ya habían ocurrido durante meses escenas similares, y a lo largo de ese tiempo, pródigo en felicidad para los hombres ingenuos y en éxito para el cuarteto, fue imposible calmar el alma del alma del grupo. Syd Barrett se había enloquecido por completo, ayudado en la faena por dosis ingentes de ácido y por la presión que entraña el drama de ser un genio o una estrella, o algo así. La inquietud y el desasosiego lo fueron minando con voracidad, y siempre había luces ahí para exhibir la disolución de un espíritu ahogado por su talento y su sed. Sus ojos se encerraban en un velo de desprecio por las cosas, y su cuerpo todo daba la impresión de ser incapaz de soportar la obligación de seguir adherido a un destino que ya había quemado la mejor parte de sus cartas en el juego. Eran los días del Swinging London, cuando la gente corría por las calles de Covent Garden o de Soho creyendo que la vida es impune y la juventud infinita; las mujeres iban de minifalda al acecho de un Beatle o de un Rolling Stone —y el milagro se daba a menudo, porque la fama era para eso entonces como ahora—, y los hombres, con el pelo mod de las escuelas de arte, fingían tener cosas importantes que decir y fumaban, y después soñaban con formar una banda y con ser ricos y poderosos para manejar un Cooper. La vida ocurría como un viaje, y Timothy Leary, el siquiatra y filósofo y desatentado agitador, el demente, la atizaba con sus consignas nacidas del dogmatismo y de la fe: no valía la pena despertarse sin drogas, es decir sin color ni conciencia ni plenitud. Syd, entregado a la causa, ponía raciones descomunales de LSD en su desayuno, y así pasaba el resto del día, a veces pintando o durmiendo, y a veces tocando la guitarra mientras las canciones iban apareciéndosele delante para luego difuminarse como su propia mente. Ya no era el mismo de antes, y a duras penas recordaba que aún hacía parte de Pink Floyd, su banda, la cual iba camino a cumplir el

sueño, su sueño, de ser un grupo de pop famoso y nada más.

Roger Keith Barrett nació en Cambridge el Día de Reyes de 1946 en el seno de una familia numerosa y tranquila. Su padre fue un médico patólogo prominente, al que el cáncer arrastró de este mundo cuando su hijo, el más inquieto y bueno entre dos hermanas y dos hermanos, ya empezaba a tocar la guitarra después de un tránsito fugaz por el ukelele; como todos los jóvenes de su tiempo, deslumbrados con la posibilidad de que la música los redimiera de la vida, Syd había pasado del skiffle al rock y del rock al blues, y sus horas se consumían entre los pubs de la ciudad universitaria y una temprana vocación por la pintura, ejercida, como era debido, en detrimento del colegio. Fue justamente en uno de esos bares (pero según uno de sus biógrafos fue en el bachillerato, aunque la diferencia es escasa) donde recibió el sobrenombre, tributo a un viejo baterista de jazz que tenía el apellido de su padre, que lo llevaría a la fama y a la locura: Sid Barrett el Grande —pues esa era la ortografía del oscuro epónimo—, un vago llegado a Cambridge de Yorkshire. Sin mucha disciplina, Roger tocaba con varias bandas locales y era capaz ya de sacar de la nada canciones hermosas, en las que una fuerza expresiva sin límites hacía probable el encuentro de las palabras con la poesía. Una poesía radical, además, tributaria de *El viento en los sauces* o de Chaucer, y no de la desvergüenza, que suele ser el resorte insaciable de las cosas de este mundo.

Así se inauguró la vida verdadera, y muy corta, de Syd Barrett: oyendo a los Stones, o a Howlin' Wolf o a Bob Dylan; también aprendiendo impacientemente y en desorden algunas frases de guitarra que le enseñaba, con su bondad proverbial, David Gilmour, un gran amigo suyo dotado quizá de ciertas habilidades para un instrumento que era entonces la única prenda de dignidad de los jóvenes ingleses que habían nacido entre las bombas alemanas y las ruinas. Y no había para Syd mayor alegría que la de la música, por lo que tuvo que viajar compungido hacia Londres cuando lo llamaron

para presentar los exámenes en el Camberwell Art School. Una mañana de otoño se subió a un tren puntual como lo son todos en el Reino Unido, y aunque rebosaba de emoción por su nueva vida, también se dolía por lo que iba a ser ese concierto de los Beatles al que debió faltar por culpa de la pintura.

Pero la opción valió la pena, pues Syd fue aceptado en la escuela y pronto hubo de mudarse definitivamente a Londres. Fue allá donde restableció contacto con Roger Waters, un amigo de los días del colegio en Cambridge que perdía el tiempo estudiando arquitectura, y con él compartió no solo un apartamento que por poco se evapora entre las alucinaciones de sus comensales, sino también el amor por la música, del cual surgió la idea de que Barrett se uniera al grupo que Waters había formado con algunos compañeros de la universidad, entre los que estaban el teclista Richard Wright (de reciente aparición también) y el baterista Nick Mason. La banda, por supuesto, no era seria ni pretendía llegar a serlo, y con ese ánimo iba cambiando de apelativo sin ninguna vergüenza: a veces Sigma 6, a veces Los Abdabs, daba igual. Por eso, cuando Syd propuso que escogieran otro nombre, a nadie le importó que fuera el de Pink Floyd —The Pink Floyd Sound para ser exactos—: un homenaje onomástico más, en esta ocasión rendido a los *bluesmen* norteamericanos Pink Anderson y Floyd Council. Así eran las cosas en aquellos días: como en un cambio de piel, la cultura ya no necesitaba de los siglos ni de los viejos para existir, y todo lucía el estremecimiento de la ingenuidad; de multitudes enloquecidas que iban a no oír ni una sola nota en los conciertos de los Beatles, se llegó con rapidez a la explosión sónica del rock de verdad (es grotesco seguir llamándolo psicodélico), el cual despuntaba en San Francisco o en Monterrey, y sobre todo en esa nueva Roma de la felicidad que era Londres. Lennon and McCartney, por mencionar cualquier cosa, habían saltado de bellísimas canciones como *Not a Second Time* o *I'll Be Back*, a sucesos estéticos sin par

como el de la aparición del álbum *Revolver*, lanzado precisamente en ese Año de Nuestro Señor de 1966. Roger Syd Barrett tenía veinte años, y en honor a la verdad hay que decir que no estaba dispuesto a cumplir muchos más.

Pero lo hizo. En enero de 1967 cumplió veintiún años, y empezó su pasmoso ascenso hacia la gloria, y también su derrumbe y su abandono del mundo ejecutado con estrépito. Pink Floyd confirmó su condición sagrada entre el público *underground* de la escena inglesa —no era un grupo serio y nunca lo sería—, y sus largas improvisaciones, teñidas de una vocación alucinada y lírica, flotaban como banda sonora inevitable de la desmesura de los tiempos. Que eran los tiempos de Cream y de Jimi Hendrix y del ocaso del Merseybeat, ciertamente, pero también los tiempos de las noches infinitas consumadas en un *happening* en el que el saludo era un buen pretexto para hacer el amor; la vida era un baile de disfraces, y a nadie le importaba. Menos a Syd, que fungía como uno de los héroes de la nueva sociedad y que había cumplido, por fin, el sueño tantas veces acariciado: con canciones compuestas por él, su grupo había grabado un par de sencillos exitosos (*Arnold Layne* y *See Emily Play*), y había concebido además, también gracias a los brotes de su genio, un álbum que pronto llegaría a ser, y con merecimiento, un objeto de culto entre la gente decente: *The Piper at the Gates of Dawn*.

Pero algo ocurrió con el mundo. Y Syd Barrett, simplemente, se enloqueció. Nadie sabe muy bien por qué ni cómo, y sobre el tema se han vertido durante años toda suerte de equivocaciones y de mitos más estafalarios que la víctima que los inspira. Fue la droga, por supuesto, pero también una razón más profunda; entre otras cosas porque de haber sido esa la causa principal, no habrían quedado supervivientes de la época por fuera de los sanatorios ni de los cementerios. David Gilmour ha dicho siempre que el caso de su amigo de la adolescencia, a quien entre otras cosas reemplazó en Pink Floyd cuando la demencia se adueñó por entero de su alma, tiene que

ver con el trauma de la muerte de su padre. Una esquizofrenia sigilosa, exhumada por el ácido y por la fama, y por la tragedia. Lo cierto es que Barrett, hastiado de ser quien era, rompió las amarras de su conciencia e inició una vida dedicada a olvidarse de sí mismo y de su pasado. Fue un proceso lento, claro está, que ofreció sus primeros hitos cuando el desastre aún parecía tener remedio. Y no: con su cabeza deshecha, con el peso del mundo en sus hombros y con la obligación de tener que ser un genio todos los días y a todas horas, Roger Barrett renunció a su destino y dejó de existir.

Los relatos sobre la disolución de Syd abundan, aunque muchos de ellos, como ya se dijo, son burdas invenciones de gente que aunque hubiera estado allí, y justamente por ello, no tendría por qué recordarlo. Sin embargo, hay fuentes dignas de confianza sobre cuyos testimonios se puede trazar un cuadro desgarrador: por las mañanas, el héroe se levanta y abre los ojos, aunque solo queda una bruma delicada en la mirada; lee los periódicos, quizá, y pretende que escribe una canción o que pinta un cuadro, y a veces logra hacerlo con la belleza de siempre; toma ácido, pero es inútil la redundancia. Su comportamiento es impredecible y en el grupo nadie sabe cómo devolverles el cauce a las cosas. Porque fluye a cántaros el éxito, y Syd Barrett ya no está ahí. Durante la gira americana de la banda su desasosiego desbordó todos los límites, y él terminó recluido en el camerino como una fiera acorralada y enferma; en los programas de televisión respondía con monosílabos, y en El show de Pat Boone, después de innúmeros ensayos, no pudo ni siquiera abrir la boca para cantar.

Tras cancelar el tour por los Estados Unidos, Pink Floyd volvió a Inglaterra con la esperanza de redimir el alma extraviada de su creador. Incluso, por iniciativa del mánager de entonces, Peter Jenner, Syd viajó al mar para darse por fin unas vacaciones; la consigna era que no pensara en nada, y que si le quedaba tiempo escribiese unas cuantas canciones más. Pero casi no lo hizo, ni lo uno ni lo otro, y cuando apareció de nuevo en Londres

su situación tenía ya el signo de lo irreversible: nadie iba a poder salvar a Roger Barrett de su suerte, en la que ahora solo se abría un abismo teñido de grietas; un nuevo sencillo salido de su pluma, *Apples and Oranges*, fue un fracaso comercial sin atenuantes y el detonador de una larga depresión. Fue entonces cuando surgió la idea de llamar a Gilmour para entrar en la banda, como un guitarrista de apoyo que supliera las ausencias del líder o que pudiera estar ahí, simplemente, por si a Syd le daba por tocar durante toda la noche el mismo acorde. La idea no funcionó muy bien, sin embargo, y los Floyd tuvieron que optar por hacer de Barrett su autor intelectual y su cerebro en la sombra: él se dedicaría a escribir canciones y a vivir como le diese la gana, mientras ellos tocaban en vivo y grababan los discos. Pero nada de eso ocurrió jamás.

Y no se podría decir que Pink Floyd *expulsó* a Syd Barrett, o que lo abandonó de manera perversa. Solo lo dejó tranquilo, con las turbaciones de su alma y por su propio bien. Incluso después de que fracasara el intento de hacer de la banda un quinteto con David Gilmour como nuevo elemento, todo el aparato Floyd se puso al servicio del bueno de Roger, y así se concibió la idea de su primer álbum en solitario, *The Madcap Laughs*. Pero el disco (salido al mercado en enero de 1970), a pesar de que terminó siendo bellísimo y una obra atravesada por fulgores geniales a la vieja usanza, fue un vano esfuerzo por hacer que Barrett volviera por sus fueros. Un esfuerzo penoso, además, que vio cómo su destinatario se hundía en la angustia, mientras podía pasar todo un día experimentando con los efectos de la guitarra en el estudio o cantando sin orden ni sentido. Pero a pesar de las dificultades, *The Madcap*, con la dirección de Jenner y la ayuda de Waters y de Malcolm Jones y la posterior de Gilmour, salió bien librado del juicio del público, y no fueron pocos los que quisieron ver en él un augurio tranquilizador sobre el destino de su amigo y de su ídolo.

El segundo disco en solitario de Syd, titulado simplemente *Barrett*

(noviembre de 1970), fue una experiencia aún más aturdidora y triste que la primera; había en él, una vez más, destellos y la inevitable presencia del genio, pero la grabación, en este caso hecha bajo el cuidado del propio Gilmour, resultó un caos de principio a fin. Era preciso estar con los micrófonos al acecho, y esperar a que en medio del marasmo surgiera una buena canción, o por lo menos una buena sucesión de acordes. Con la cara demacrada y curtida por los excesos y una obsesión terca por la juventud, Syd Barrett ya no podía hallarse en ningún lado, ni siquiera en el estudio. Mientras su antiguo grupo iniciaba un nuevo camino en el que iba a encontrar un sonido sin comparación en el ámbito de la música universal, él se dedicaba a estar por ahí, tendido en su apartamento o caminando por las calles de Londres o de Cambridge; con los réditos de sus canciones podía vivir cómodamente, y siempre pasaba con puntualidad a recoger el cheque de sus regalías, y prometía, hablando de manera inconexa, que estaba escribiendo canciones y que pronto volvería a grabar un álbum. E incluso trató de hacerlo, pero nada que valiera la pena salió de esa maraña que había emparedado su cerebro palmo a palmo. Entre 1973 y 1974, Syd huyó con horror de su trájín londinense, y regresó a la casa de su familia para tratar de salvarse. La mamá de Roger Waters le consiguió un trabajo de jardinero, y aunque lo disfrutó por unos días, al final lo dejó porque sí.

Ese fue el final de Syd Barrett, cuya sombra se extravió entre los pasos de un mundo que ya no era el suyo. Se engordó notablemente y se despojó del frondoso pelo que había sido uno de sus rasgos esenciales, y se convirtió en una figura irreconocible; tanto que cuando Pink Floyd grababa su magistral y sublime *Shine On You Crazy Diamond* —la canción en homenaje a Syd que inaugura y cierra el álbum *Wish You Were Here* de 1975—, ninguno de sus viejos amigos lo identificó en el estudio de Abbey Road, mientras él, de visita, caminaba de un lado al otro oficiando los gestos más extraños que quepa imaginarse. Después de media hora preguntó: “¿Cuándo conecto mi

guitarra?”, y entonces los otros, reconociéndolo por fin, se encogieron de hombros y lloraron, y Rick Wright solo le dijo: “Lo siento, Syd, pero ya están grabadas todas las pistas”. Hay una foto suya de ese día, calvo y enorme, con la expresión de un pastor metodista que ignora dónde está.

La historia de Barrett, desde entonces, ha sido un misterio y un motivo de culto y especulación para millones de fanáticos que aún lo tienen como el héroe de la psicodelia y el inventor de uno de los mejores motivos para sentir orgullo, y consuelo, de la especie humana. A él, sin embargo, su pasado le inspira el más drástico desprecio, y no ha querido abandonar una reclusión que lleva más de treinta años, en una casa modesta de Cambridge y con la compañía exclusiva, y dispersada por el tiempo y por la enfermedad, de su familia. Hasta allá acuden romerías de adoradores, que si tienen suerte, de cuando en cuando pueden ver salir en bicicleta a un hombre pálido que pareciera no mirar a nadie. Es Roger Keith Barrett —las pocas veces que ha hablado dice que Syd ya no existe o que no puede salir, y acaso tenga razón—, y de su belleza y su genialidad solo queda un rescoldo que él mismo se encarga de apagar todos los días. Varias veces los ladrones han entrado a su estudio para robarle cuadros y notas, y no faltan los espontáneos, u orates que sin duda lo exceden, que aseguran que por las noches lo han oído tocar la guitarra o componer canciones, e incluso hacer conciertos clandestinos con Jimmy Page y David Bowie; otros han dicho que se está quedando ciego después de la muerte de su madre, y que estuvo recluido por ocho años, o más, en un sanatorio. Según su hermana y su sobrino, sin embargo, él solo quiere que lo dejen en paz.

Dentro de esa larguísima historia de genios asfixiados que encontraron en la reclusión su última morada, el caso de Barrett exhibe una grandeza que va mucho más allá de la tragedia. Su destino se cumple a plenitud en unos pocos meses, y quizá por ello su protagonista, en el sentido griego de la expresión, sabe que cualquier intento adicional es una pérdida de tiempo y una glosa

innecesaria. Quienes aún hoy se lamentan por esa hermosura malograda, desconocen una vieja certidumbre que ya brillaba en Homero o en Virgilio: no vale la pena hacer más cuando ya todo se ha hecho; no conviene hastiar a los dioses. Más que con la figura de Hölderlin o con la de Nietzsche o con la de Abelardo —para ponerle banalidad a la especulación y no cargarla con alusiones técnicas a Brian Wilson o a Peter Green, músicos ellos también y desterrados por las drogas y por el santo oficio de la tontería—, la de Roger tiene mucho que ver con la de Arthur Rimbaud surcando los mares. Y no se trata de representar aquí, una vez más, esa idea tan burda, tan políticamente correcta, que traza una genealogía entre los poetas malditos y el rock. No, por amor a Cristo. Se trata más bien de un justo homenaje que invoca la memoria de ese niño que escribió *El barco ebrio* o *Las iluminaciones*, y que después descubrió que la vida es la única obra que vale la pena cuidar, y que la poesía desconfía de sus encarnaciones; el mundo se levanta dentro de nosotros y se agita y ocurre, para quietarse luego sin que nadie lo sepa. Así se quiebra también ese fetichismo con la imagen “revolucionaria” y “transgresora” de Rimbaud, cuando lo vemos dueño de sí por fin: en Abisinia, o en Chipre, comerciando con marfil y amando a su familia; artista más que nunca, solo para él mismo. En silencio. O como está escrito en una de sus cartas africanas (del 29 de marzo de 1888), “Habrá buenas noticias. Paz y silencio sobre la tierra y bajo el cielo”.

En 1985, después del cumplimiento de varios proyectos que por poco acaban con la razón de sus miembros restantes, Pink Floyd pasó de ser una banda de rock, y no cualquiera, a convertirse en la causa principal de un litigio penoso: Roger Waters demandó a sus compañeros de toda la vida, con la esperanza de prohibirles usar sin su consentimiento ese juego de palabras que en otros tiempos, muy lejanos ya, había servido para bautizar a un grupo que no era serio. El verdadero dueño del nombre debió reírse un poco en su asilo, antes de disponerse a cortar las flores del jardín. En la mañana había

salido a comprar el pan, y al regreso encontró a dos de sus fans apostados en la puerta de su casa; uno de ellos le pidió un autógrafo, y él, sin decir nada, estampó con una caligrafía sutil la firma que ha usado los últimos treinta años: “Roger Barrett”.

Humboldt en Colombia

En *La medición del mundo*, la prodigiosa novela de Daniel Kehlmann, asistimos por obra y magia de la literatura a las intimidades del encuentro real entre dos sabios universales: Johann Carl Friedrich Gauss y Alexander von Humboldt. Ambos llegan a Berlín para estar en el Congreso Internacional de la Ciencia y los Naturalistas y allí, en una taberna, al calor de la cerveza y el aceite de una lámpara, comparten las cuitas de sus vidas contrapuestas. El uno, Gauss, desde niño como un genio de las matemáticas y de la física, y el otro como una celebridad que ha deslumbrado al mundo entero con las noticias de sus viajes y descubrimientos. Gauss es un cascarrabias que a duras penas sale de su casa —el viaje más largo de su vida fue precisamente ese que lo llevó hasta Berlín, y maldijo en el carruaje como si lo estuvieran botando al Amazonas; hombre parco y desdichado, solo le importaban los números, mientras su mujer lo atormentaba con las cosas cotidianas— y en cambio Humboldt es un portento, un diplomático versado en mil ciencias que luce en el pecho las medallas de todos los gobiernos que lo han querido agasajar para honrarse con su nombre. Pero en el fondo, y esa es la trama sutil de la novela, ambos saben que cada cual encarna todo lo que el otro habría querido ser y jamás pudo, como en un espejo del destino malogrado. Un hombre de reflexión y de contemplación intelectual, en el caso de Humboldt, y un hombre de acción, un aventurero sin mujer ni hijos ni ataduras ni tristezas, en el caso de Gauss.

Pues lo más interesante de la novela de Kehlmann es que está inspirada en la vida real, sobre la que apenas se permite unas variaciones y unas licencias

casi secundarias. No solo porque el encuentro entre Humboldt y Gauss fuera cierto —tan lo fue que de allí surgió una asociación científica maravillosa, con un nombre digno de una secta mística: La Unión Magnética—, sino por algo que ya se sabe, y que las vidas del siglo XVIII y el siglo XIX se han cansado de demostrar hasta el delirio: que la historia y la literatura están tejidas con el mismo material, y que la puerta giratoria entre la vida y la ficción no se aquieta nunca, y no sabemos de veras qué extraño dios (o qué extraños dioses) la hace girar y en qué sentido, en qué dirección. Como Pierre Menard cuando escribe los célebres dos capítulos de su libro célebre el *Quijote*, Daniel Kehlmann nos regala una novela que acaso podría prescindir de la invención; una novela hecha de la acomodación ingeniosa, casi enternedora, de los episodios reales que entretejieron las vidas de Gauss y de Humboldt. Sus sueños, sus pesadillas. Sus palabras, sus viajes.

Dejaré al pobre Gauss por ahora —su mujer le grita porque el desayuno ya está listo; luego tiene que ponerle la camisa blanca y peinarlo— para hablar de Friedrich Wilhelm Heinrich Alexander von Humboldt y sus viajes por el territorio de lo que hoy llamamos Colombia. Pero eso no quiere decir que allí termine la novela. Al revés: allí comienza, allí sigue. Si no, leamos al propio barón de Humboldt relatando su paso por Turbaco, muy cerca de Cartagena: “Estábamos sorprendidos de encontrar, tan cerca de la costa en una tierra frecuentada por los europeos durante más de tres siglos, gigantescos árboles pertenecientes a especies completamente desconocidas, tales como el *Rhinocarpus excelsa* (que los nativos llaman ‘Caracoli’ por sus frutos espiralados), el *Ocotea turbasensis* y el ‘Macondo’ o *Cavanillesia platanifolia* cuyos frutos parecen faroles colgados de las puntas de sus ramas”. El macondo: un árbol emblemático cuyos frutos exhalaban un perfume sigiloso y adormecedor; con su madera ancha se hacían las canoas. Luego fue un pueblo, en cuyas casas habitaron las estirpes condenadas a cien años de soledad. De él barrió el fuego la hojarasca.

Humboldt nació el 14 de septiembre de 1769: el mismo año que Napoleón Bonaparte, un mes después en el mismo verano: ese verano que en el hemisferio septentrional se inauguró con un tránsito de Venus por el sol, produciendo un eclipse que varios ojos ilustrados registraron con curiosidad y asombro. El capitán Cook, por ejemplo, lo vio desde la cubierta de su navío; y Louis Antoine de Bougainville desde su mansión en la Bretaña francesa. El primero iba en la mitad (en la Polinesia) del primero de sus viajes, y el segundo hacía tres meses, en marzo, que acababa de regresar para siempre del suyo muy famoso: la primera circunnavegación de la Tierra, bajo la bandera de Luis XV, hecha por un francés. Tres años: 1766 a 1769. De ese viaje Bougainville llevó a Francia una flor americana que hoy guarda su nombre, la buganvilia, que se cruzaría en el destino de Humboldt hasta doblarle el sendero. Para fortuna suya y de todos, de la ciencia. De la Ciencia.

Pero antes de ver la buganvilia en París —y al propio Bougainville de setenta años, quien lo invitó a una fallida expedición al Polo Sur; eran ya los tiempos difíciles de la Revolución y de las guerras, y Francia tenía que gastar el dinero de las investigaciones científicas en armas y en soldados—, mucho había ocurrido en la vida de Humboldt para forjar su talante ilustrado, su pasión por el conocimiento y los viajes, su voracidad intelectual. Su juventud podría describir perfectamente el arquetipo de la “educación sentimental” (para los niños ricos y afortunados) en el siglo XVIII, el Siglo de las Luces. Hijo de un viejo oficial prusiano de raigambre feudal y de una viuda millonaria, Humboldt llega al mundo cuando ya se han producido las grandes revoluciones científicas que le abrirían la puerta a la modernidad en Occidente. Es un siglo prolijo, en el que influyen por igual el doctor Johnson y Voltaire, Antonio de Ulloa y Giuseppe Baretti, Erasmus Darwin y Kant. Pero nada encarna mejor el signo de ese tiempo que los viajes y las aventuras. Casi todas las novelas que se escriben en él son epistolares justamente por eso: porque hay una necesidad radical, en todos los hombres, de evadir su

condición sedentaria; así sea con la imaginación, pero mejor si es en cuerpo y alma. Porque no se puede ser moderno sin conocer el mundo; no se pueden leer las estrellas sin antes haber pisado el mar. En los libros de Fielding, en los de Smollett, en los de Richardson, esa es la consigna: viajar, viajar, que de los viajes algo queda. Pero no es solo una apuesta individual y estética, no. También se trata de un proyecto político de largo aliento (en últimas, ese es el sustento material de lo que se llama la Ilustración —*das Aufklärung* en alemán, *the Enlightenment* en inglés, *les Lumières* en francés—: un proyecto de dominación a partir de las categorías mentales y culturales de la Europa capitalista y moderna, un discurso teleológico de construcción imperial), un proyecto en el que los viajes y las expediciones ya no tienen por objetivo el descubrimiento y la conquista, sino el conocimiento y la utilidad. Se llega a los parajes más remotos del orbe, sin duda, pero con el claro propósito de clasificarlos y explotarlos según los nuevos patrones de la filosofía natural, de la geodesia, de la economía (no en vano es también el siglo de Adam Smith). Ya no es la poesía la que nombra al mundo, como cuando las expediciones españolas y portuguesas y aun inglesas y holandesas de los siglos XV y XVI y XVII, sino la Ciencia. Así, en mayúscula. Y una vez más se produce esa extraña simbiosis entre la realidad y la ficción, cuando a las novelas epistolares de viajes y aventuras las superan, y luego las inspiran, los relatos de los exploradores de verdad. Las noticias de Jorge Juan, las de La Condamine, las de Joseph Banks, todas se leen por igual en los gabinetes y en las tertulias, como magníficos referentes para el establecimiento de negocios, y también como relatos dignos de Lawrence Sterne.

Esa es, pues, la circunstancia cultural en que Humboldt forma su carácter y sus ambiciones. En una de las regiones más ricas de Europa —el margraviato de Brandeburgo—, además, donde confluyen tres tradiciones igualmente prósperas: la de la nobleza prusiana de gran protagonismo en la modernidad alemana, la del feudalismo histórico de la marca, y la de una burguesía altiva

con profundos intereses científicos y culturales, más allá del exclusivo lucro económico. La madre, Marie Elizabeth Colomb, ha heredado una inmensa fortuna de su primer marido, el barón de Hollwede. Una inmensa fortuna y un castillo, el castillo de Tegel, adonde se muda cuando se vuelve a casar, ahora con el chambelán real de Prusia Alexander Georg von Humboldt. De los hijos nace primero Guillermo y luego Alexander. La vida transcurre allí plácidamente, interrumpida solo por los viajes a Berlín que hacen las delicias de los niños. Ambos aprenden de todo, según la usanza formativa de la época, desde latín y música hasta botánica y geología. El mayor tiene una facilidad pasmosa para las lenguas (su nombre también se haría famoso, precisamente ayudando a descifrar la complejidad del entendimiento humano en la construcción del discurso), y el joven Alejandro una fascinación insaciable por las cosas del mundo, los insectos y las plantas y las piedras y los ríos; de hecho, ya desde niño, colecciona trozos de la naturaleza que suscitan su atención, y los guarda con sigilo en la recámara. Siempre bajo la mirada entrañable de su tutor, otro típico sabio de la Ilustración: Gottlieb Johann Christian Kunth.

En 1779 muere el padre y la presencia de Kunth se hace tanto más decisiva; es él quien termina por encaminar a los hermanos Humboldt en sus respectivas vocaciones, la filosofía para Guillermo y la naturaleza para Alejandro. Ambos van primero a la Universidad de Fráncfort del Óder a estudiar Derecho y Economía, respectivamente, pero al poco tiempo cambian de sede y, con un año de diferencia —en el mismo orden de siempre: primero Guillermo y después Alejandro—, se van los dos a Gotinga, que entonces era una suerte de epicentro intelectual del mundo germánico y donde enseñaban algunos de los mejores profesores de Europa, entre ellos el genial físico y aforista Georg Christoph Lichtenberg. Fue allí también donde Alejandro conoció a Georg Forster, quien ya era famoso, a pesar de su juventud (entró con veintidós años a la Royal Society), por haber estado junto a su padre en

todo el segundo viaje del capitán Cook. De hecho, eso era lo que más conmovía a Humboldt de su nuevo amigo: no sus conocimientos de entomólogo y botánico, sino sus noticias inagotables de otros mundos, de parajes lejanos, de viajes maravillosos atravesados por la selva y las serpientes y las aves. No sería exagerado decir que nada influyó tanto en la decisión de Alexander von Humboldt de ser el científico que fue, como la amistad y los relatos de Forster, en los cuales él tuvo un ejemplo y un estímulo que lo hicieron dedicarse de lleno al ideal de ser un sabio y un aventurero, un científico de verdad, con un solo laboratorio: el universo. Desde entonces no perdió un minuto más de su tiempo el barón de Humboldt y se puso a estudiar sin descanso todo aquello que pudiera servirle en su objetivo, en su obsesión. Aprende finanzas, lenguas, astronomía, anatomía, botánica; va a Jena, a Hamburgo, a Friburgo, allí donde hubiera alguien que pudiera mostrarle algo nuevo de la Ciencia. Pero sobre todo, viaja. Viaja como un loco bajo el estímulo de Forster, con el que va hasta Inglaterra para ver el gabinete de las maravillas que alberga Joseph Banks, el célebre naturalista y demente de los viajes de Cook. También va a Austria y a Suiza y a Italia, siempre con su morral lleno de aparatos para medir lo que se le atravesara, desde la temperatura hasta el grado longitudinal del sitio en que lo sorprendiera la noche. Lo intrigan los volcanes; siente que en su interior no duerme la lava sino importantes secretos.

Tanto se había dedicado Humboldt a aprender y a pensar y a medir (ya tenía listo su *Florae Fribergensis Specimen*), que en febrero de 1792 recibe un mensaje con membrete real en que se le dice que “Su Majestad ha decidido aprovechar los conocimientos teórico-prácticos adquiridos por Alejandro von Humboldt en matemáticas, física, historia natural, química, tecnología y mineralogía, y en consecuencia le nombra hasta el fin Asesor Técnico de la explotación y administración de minas del Reino...”. Se trata de un honor, por supuesto, pero también de una oportunidad para ahondar en

todas sus investigaciones y curiosidades, y por eso su desempeño como funcionario excede los límites del rigor y la dedicación profesionales. No: Humboldt no hace nada a medias cuando lo convocan la Ciencia y la pasión, y para él su trabajo en las minas no es el de un burócrata sino el de un apóstol del progreso. Esa podría ser otra característica de los “ilustrados” del Siglo de las Luces que están en el servicio público: su obsesión por combinar la utilidad científica con la utilidad económica; su interés en que su vocación como individuos esté ligada íntimamente con la idea del progreso que su concepción del mundo está imponiéndole a la sociedad toda. Así que Alejandro tampoco para en el ejercicio de sus funciones; al revés: las minas bajo su mando son más rentables que nunca, a tal punto que el real ministro de Prusia para la minería acoge todos sus informes como dogma indiscutible y derrotero, y además le propone que viaje por todo el reino verificando que las cosas se estén haciendo según su criterio y sus luces. Viajes y más viajes y más investigaciones, y mientras tanto su pasión se acrecienta dentro de su alma como el fuego dentro de esos volcanes que tanto le siguen interesando y que frecuenta aún con su uniforme de funcionario del Estado. Su nombre empieza a ser reconocido en Europa y varios eruditos y sabios le responden con amabilidad y cariño sus cartas; incluso Priestley, el descubridor del oxígeno —también el inventor de la gaseosa, lo cual es más importante—, le agradece porque sus observaciones le han servido mucho para su descubrimiento. Se está volviendo tan importante Humboldt que incluso el reino le asigna algunas misiones militares y diplomáticas, que ejecuta con el mismo brillo de siempre. Hay cuadros suyos de esa época con uniforme castrense, pero los ojos, absortos en el paisaje, siempre revelan en él su verdadera pasión, que es la naturaleza.

Y desde 1789 Europa estaba mudando de piel con la Revolución francesa, por la que Humboldt tuvo cuidadosas y hondas simpatías, y también su vida estaba a punto de hacerlo para siempre. Habían sido años de una gran

agitación y los ojos de todos los ilustrados no se movían de París. Allí lo habían visto todo, desde el brote popular hasta las decapitaciones y el triunfo de la demagogia; desde la perversión del ideario enciclopédico hasta la aparición de Napoleón Bonaparte, ese otro niño nacido en aquel verano de 1769 cuando Venus se le atravesaba al sol. No lo sabía entonces Humboldt, pero también Napoleón y sus guerras se le iban a cruzar en la vida para obligarlo a cambiar de planes; para obligarlo a cumplir su destino, a escribirlo en la selva. Pero hasta entonces él seguía en lo suyo: la Ciencia, las minas, el progreso. En noviembre de 1796, sin embargo, un hecho vino a remover del todo las perspectivas de su tranquilidad como funcionario y servidor del Estado. Su madre, Marie Elizabeth, muere tras una larga enfermedad en el viejo castillo de Tegel, dejándole por fin el uso pleno de la herencia familiar, que era una enorme fortuna. No es que antes no pudiera lanzarse al cumplimiento de sus sueños como viajero y explorador, pero varias cosas lo retenían: el aprendizaje, claro, y el amor por su casa y su mamá; y también, por qué negarlo, la imposibilidad de gastarse su herencia como se le diera la gana. Varios tutores (por ejemplo el viejo Kunth, siempre atento y quien seguiría siendo el custodio financiero de los Humboldt por mucho tiempo) rondaban ese colosal patrimonio, que curiosamente no era ni siquiera de su padre sino del primer esposo de la señora Colomb, muertos ya todos los tres. Pero qué más daba: allí había dinero hasta para empapelar los salones de toda Gotinga, y con él se podían organizar los viajes más provechosos para la Ciencia y la Humanidad. Los Ilustrados, no está de más recordarlo, escribían muchas de sus obsesiones con mayúsculas.

Así que Humboldt renunció a su cargo en las minas de Prusia e hizo lo primero que se le vino a la cabeza, lo que siempre había querido: un viaje exploratorio por el Tirol con su amigo Léopold von Buch, y tres meses de asueto en Jena con nadie menos que Goethe y Schiller. Aunque un asueto a su manera, claro está, plagado de lecturas y de nuevos descubrimientos y de

estudios de anatomía bajo la supervisión de Loder. Quiso hacer otro viaje más a Italia, esta vez para analizar de cerca la actividad del Vesubio y del Etna. Pero la Revolución y Napoleón habían llegado también al Piamonte y a la Lombardía y toda la península (esa bota pateando un balón, como en el calcio) era un hervidero de intrigas y soldados heridos. Entonces tuvo que quedarse en Salzburgo, el barón Alejandro de Humboldt, concentrado en sus pesquisas meteorológicas. En ellas estaba hundido cuando le llegó una curiosa invitación de lord Bristol: si quería, era muy bienvenido en una expedición a Egipto que estaba organizando el viejo noble, más loco que una cabra. No solo irían a Egipto sino también a Siria y a Palestina y se dedicarían a desenterrar antigüedades y maravillas. Emocionado por el viaje, Humboldt fue a París a comprar instrumentos para sus investigaciones, y allí le cayó la noticia como un baldado de agua fría en pleno invierno, aunque fuera la primavera de 1798: Napoleón —otra vez él— había zarpado hacia Alejandría, y en Milán el ejército francés tenía detenido a lord Bristol bajo la grave acusación de ser un espía inglés (para los franceses todos los ingleses eran espías en ese momento) que preparaba un peligroso viaje a Oriente. Los nuevos planes, así, quedaban otra vez abolidos; otra vez por Bonaparte y la Revolución. Y Humboldt se quedaba en París a la espera de un nuevo viaje que se le cruzara en el camino, no alcanzaba a imaginarse cuál, de qué manera.

París era una fiesta. En guerra, sí, pero con las mejores galas. Allí estaban los sabios más grandes de Europa y con todos ellos Humboldt empezó a tratarse de igual a igual. Hablaba con Cuvier, Jussieu, Lamarck, Desfontaines, Laplace, etcétera, y a cada uno lo deslumbraba a su manera. No había cosa que no le interesara al prusiano barón, y prácticamente sobre todas las que le preguntaban tenía una idea original; y cuando no, tenía una pregunta original, que acaso fuera aún más importante. Fue allí en París, también, donde Humboldt conoció a su gran compañero Aimé Bonpland, que

sería como una sombra bienhechora para él en los años y aventuras por venir. Cirujano y navegante y naturalista —ayudante de Gay-Lussac, discípulo de Bichat—, era el mejor amigo que la vida le podía poner justo en ese momento en que todo estaba por revelarse en su destino, definitivamente. Ambos, ya unidos en torno a un sinnúmero de planes e ilusiones, oyeron con muy buenos ojos el plan que les ofrecía Bougainville para viajar a América y al Polo Sur, dentro del cual podían llevar a cabo todas las investigaciones que se les diera la gana. Pero Bougainville ya estaba viejo y cansado y le había dado la vuelta al mundo una vez, y muchos creían que sus planes más que eso eran achaques, delirios de un anciano sin dientes. Fue cuando el Directorio nombró a Nicolas Baudin para comandar esa expedición, y a Humboldt en verdad no le importaba: mientras zarparan los barcos, no era problema suyo quién gritaba las órdenes desde el castillo. Mientras el mundo estuviera allí para él, le daba igual quién fuera su dueño y su señor. Pero otra vez Napoleón se le hizo en medio, ahora enfrentado a Austria. El Directorio no podía dilapidar las energías en viajes de sabios. Eran ya los tiempos difíciles de la Revolución y de las guerras y Francia tenía que gastar el dinero de las investigaciones científicas en armas y en soldados.

Un plan más que fracasaba —ya se estaba impacientando el barón, con su fortuna allí lista para pagar la colección de pájaros y rocas del trópico— cuando otra invitación lo sedujo de nuevo. Se la hizo el cónsul de Suecia en París, el conde de Skjöldebrand, quien tenía el encargo de llegar hasta Egipto (¡otra vez Egipto!), donde Humboldt tenía el secreto propósito, ya que así se le presentaban las cosas, de unirse a los ejércitos de Bonaparte, dentro de los que militaban algunos de los más notables sabios franceses, muchos de ellos sustrayendo a saco los tesoros arqueológicos de la vieja civilización de El Cairo. Hasta Marsella llegaron el barón y Bonpland y esperaron junto con Skjöldebrand a que los recogiera la fragata de nombre Jaramas. Jamás. Esperaban y esperaban y esperaban, y nada: no se veía su velamen en el

horizonte. Esperaban en vano, pues antes que la fragata llegó la noticia de su hundimiento, con toda la tripulación a bordo; habían sido feroces las tormentas, casi tanto como la guerra. Ya exasperado, Humboldt se remangó el abrigo y fue él mismo a fletar un barco, quizás un lugre, que los llevara, a él y a Bonpland, hasta Túnez. De allí pasarían a Egipto como fuera para unirse a la expedición de Bonaparte. Pero las autoridades de Marsella eran sensatas, así lo reconoció el propio Humboldt en una carta, y le impidieron semejante desafuero: no solo estaban la amenaza de la guerra y los peligros de la zona, completamente convulsionada, sino también los peligros de la mar, tan convulsos como el Oriente con el que los dos científicos soñaban. Dice Humboldt allí mismo, en esa carta: “¡Época triste ésta donde no se puede ir con tranquilidad de un lado para otro, pese a todos los sacrificios y así se gastaron millones!”.

Y antes había dicho, en la misma carta: “No tenía nada mejor que hacer que renunciar, por el otoño, a mi viaje a Oriente, pasar el invierno en España y, desde ahí, hacer una excursión a Esmirna”. Así que con su amigo Bonpland se va para España —cuenta su viaje y lo pone como una caminata por el Mediterráneo hasta llegar a Barcelona— y allí no solo tiene que desmontar muchos de los prejuicios culturales que como buen hombre del norte alberga sobre los peninsulares, sino que es recibido en la corte con gran deferencia, y la gestión de un par de amigos poderosos, el señor de Tribolet-Hardy y el señor de Forell, le gana el favor de los reyes pero sobre todo el del secretario de Estado Mariano Luis de Urquijo y Muga, otro más de los exponentes de la Ilustración que encarnan aún el ideario borbónico en medio de la disoluta corte de Carlos y María Luisa. Ya en Madrid, Humboldt se acerca a los círculos intelectuales y científicos de la capital del Imperio, y establece relaciones con muchos de sus miembros (Antonio de Cavanilles, Casimiro Gómez Ortega, José Clavijo y Fajardo), de cuya labor queda sinceramente impresionado. Pero sus contactos con los ilustrados españoles

no tienen el único propósito de celebrar las maravillas del Progreso y de la Ciencia, y hay en ellos también, obviamente, una innegable intención utilitaria: la de ambientar el viaje que el barón sueña realizar por fin a las provincias americanas del Imperio, esa mina; ese tesoro no solo de tesoros sino de plantas y animales y volcanes que Humboldt quiere conocer y comprender al fin. Se trata una vez más de la doble condición del pensamiento científico e ilustrado de la modernidad: el conocimiento como aventura del individuo, y el conocimiento como instrumento de la dominación y la creación de la riqueza. Esos dos proyectos, no tan distantes, que el capitalismo hizo confluir en su ideario. Son sabios que aman el saber, sí, pero sabios que están al servicio de imperios coloniales que quieren que su naturaleza se convierta en riqueza tangible y verdadera. Cuando se habla de la “riqueza natural” no es un juego de palabras, porque lo es en los dos sentidos de la expresión. Y Humboldt lo sabe y se le ofrece a Urquijo con dos cartas muy poderosas: primero, con su hoja de vida como experto en las minas de Prusia, en las cuales alcanzó unos niveles de eficiencia y rentabilidad (se diría hoy) admirables. Pero hay algo aún más importante: él mismo pone toda su fortuna como garantía del viaje, y le pide a la corona una suerte de respaldo burocrático y formal. Permisos y pasaportes y licencias y cosas así; es decir, lo más importante que se requería entonces para un viaje de esa índole, más cuando se trataba de llegar a los reinos ultramarinos del Imperio castellano. También pide Humboldt, cómo no, apoyo “académico”, y para eso refrenda sus buenas relaciones con los sabios de la península, que constituyen un eficaz entramado que le da más solidez al proyecto del prusiano.

En la Memoria que Humboldt le escribe al rey Carlos IV, en francés, le dice, palabras más palabras menos, que con tantos avances que se han hecho en la física y en la química y con la aparición de nuevos instrumentos de medición de la atmósfera, el naturalista tiene, nunca como en ese momento,

las mayores posibilidades de conocer el medio en que viven los hombres. “Y no es, Señor —añade el barón—, sino en la enorme extensión de los Reinos bajo Vuestro cetro, como se puede estudiar la construcción del Globo...”. Y lo cierto es que el rey, motivado por la posibilidad de que un gran sabio viajara a sus dominios a hacerlos más rentables y a catalogar sus maravillas y riquezas, y motivado también por las intrigas palaciegas de los amigos de Humboldt, y motivado porque el barón prácticamente corría con todos los gastos de la expedición, lo cierto es que el rey acepta de muy buen grado y le confiere al prusiano un pasaporte que excedía las mejores expectativas de todos, empezando por las del propio Humboldt. Este es el texto del pasaporte —el segundo, mucho más preciso— emitido por Urquijo:

Don Mariano Luis de Urquijo Caballero pensionista de la real y distinguida orden española de Carlos III, del Consejo de Estado de S. M. su embajador extraordinario y plenipotenciario nombrado cerca de la República Bátava, y encargado interinamente del despacho de la primera Secretaría de Estado. Por quanto ha resuelto el Rey, que Dios guarde, conceder pasaporte a Don Alexandro Federico Barón de Humboldt, consejero superior de Minas de S. M. el Rey de Prusia, para que acompañado de su Ayudante o Secretario Don Alexandro (sic) Bonpland, pase a las Américas, y demás posesiones ultramarinas de sus dominios a fin de continuar el estudio de minas, y hacer colecciones, observaciones, y descubrimientos útiles para el progreso de las ciencias naturales; por tanto ordena S. M. a los Capitanes Generales, Comandantes Gobernadores, Intendentes, Corregidores, y demás Justicias o personas a quienes tocase, no pongan embarazo alguno en su viage al expresado Don Alexandro Federico Barón de Humboldt, ni le impidan por ningún motivo la conducción de sus instrumentos de Física, Química, Astronomía y Matemáticas, ni el hacer en todas las referidas posesiones las observaciones y experimentos que juzgue

útiles, como también el coleccionar libremente plantas, animales, semillas, y minerales, medir la altura de los montes, examinar la naturaleza de éstos, y hacer observaciones astronómicas, pues por el contrario quiere el Rey que todas las personas a quienes corresponda den al expresado D. Alexandro Federico y a su Ayudante todo el favor, auxilio, y protección que necesitaren, y además ordena y manda S. M. a todas las personas a quienes correspondiese por razón de sus oficios que reciban y hagan embarcar para Europa con dirección a esta primera Secretaría de Estado y del despacho, y con destino al Real Gabinete de Historia natural, todos los cajones que contengan objetos naturales pertenecientes a esta Historia, y que les fueren entregados por dicho Don Alexandro Federico Barón de Humboldt a quien se ha encargado que recoja y colecciona las expresadas producciones para enriquecer el Real Gabinete de Historia natural, y los Jardines Reales, que así es la voluntad de S. M. De Aranjuez a 7 de mayo de 1799.

Mariano Luis de Urquijo

No lo podía creer Humboldt, y febrilmente se empeña en los preparativos de su viaje. El 5 de junio de 1799, finalmente, zarpa de La Coruña en la fragata Pizarro con su entrañable Bonpland. Parado en la cubierta, quizá, Alejandro de Humboldt recordaba a las buganvillas en flor que había visto en el jardín del Palacio en París, un año antes, cuando su destino aún no cruzaba el mar.

Como lo dijo Germán Arciniegas (en su hermoso libro *Bolívar y la revolución*), en las descripciones de Humboldt a su paso por la Nueva Granada está presente todo el realismo mágico, la condición novelesca de la naturaleza colombiana y americana, del trópico. Ha llegado el barón a Cartagena casi por azar, en 1801, pues su propósito era ir a Norteamérica y atravesarla de oriente a occidente para luego entrar a México y desde allí

bajar por el Pacífico hasta Guayaquil, donde pensaba reunirse (ahora sí) con el explorador Baudin. De Venezuela —capitanía en la que estuvo un año y medio desentrañando los misterios del Orinoco— zarpó hacia Cuba, y en la isla también permaneció un buen trecho, del que incluso quedó un libro agudo y lleno de observaciones astronómicas y botánicas y sociológicas: el *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. Iba pues rumbo del norte el científico prusiano, pero las nubes y el mar se ensartaron en una áspera polémica, en medio de la cual quedó el navío que lo llevaba sin ninguna certeza; el relato del viaje, de la singladura, que está en su diario y en sus cartas es una versión contemporánea de *Las Argonáuticas* de Apolonio de Rodas, y de él se extraen las escenas más agitadas de un naufragio inminente. Las maderas crujen, las velas se arquean como palos de bambú. Nadie puede subir a la cofa a gritar “¡tierra a la vista!”, porque cada quien está salvando su pellejo aferrándose a lo único que no se mueva en esa nave de Dios. Una noche es tan dura la tormenta, que el palo de mesana se rompe en tres pedazos; el velamen parece ahora una tela de araña.

El barón decide entonces cambiar de rumbo, y desciende otra vez hacia el sur para llegar al Ecuador, y al Perú, atravesando los Andes. Es el mismo destino que se había trazado con el plan mexicano, pero ahora debe remplazar al mar y sus trampas por la tierra colombiana; por las alturas de la América equinoccial, desde las cuales podrá ver mejor a las estrellas, y con su luz podrá acercarse mejor a una vegetación absolutamente inédita, cuya comprensión habrá de maravillarlo y habrá de retenerlo por más tiempo del que él mismo se imaginó cuando el nombre de la Nueva Granada era apenas un rito de paso en su empeño alucinado por perseguir la sombra de Baudin. Pero esa sombra es esquiva y Humboldt le escribe desde Cartagena poco después de su llegada. Le dice que nunca pensó que se volvieran a ver luego de su encuentro en París —el lenguaje que usa es el de la Revolución francesa, lo llama “ciudadano”— pero que qué curioso: ahora ambos andan

por esas tierras feraces y exóticas, y quizás se puedan juntar para que él, el barón alemán que está en América gracias a los permisos del rey de España, se incorpore a la expedición del francés jacobino que quiere llegar a las propias Filipinas. El problema es que Humboldt no recibe respuesta, pues mientras él baja Baudin sube, y la carta llega a Lima pero el francés ya está muy lejos, camino del oriente. Entonces Humboldt se instala en la Nueva Granada y empieza a ver con mejores ojos los relatos que el señor José Ignacio de Pombo, su anfitrión, le cuenta todos los días sobre el ingenio de los colombianos. Hay un Caldas en Popayán, que si estuviera en Europa sería tan grande como Linneo; y está Mutis en Santafé, el sabio gaditano que se ha propuesto contra viento y marea hacer la Expedición Botánica, y lo ha logrado luego de años sin cuento de padecimientos y de intrigas y de miradas entreabiertas.

Es cuando Alexander von Humboldt emprende su viaje por el río de la Magdalena, buscando llegar a Bogotá y a su encuentro con la escuela de Mutis. Y su contacto con la vegetación de la “tierra caliente” —como diría Álvaro Mutis, descendiente del sabio— produce uno de los testimonios científicos y culturales más estremecedores de la Ilustración europea. Este es su relato:

El 6 de mayo queríamos salir de Mompós. Todos los remeros estaban reunidos. Tan pronto vieron que queríamos subir al champán, recordaron que todavía no se habían bebido todo el sueldo que se les había adelantado, 8 de ellos se largaron y nosotros pernoctamos en el rancho del ladrillo, a un cuarto de milla de la ciudad. Una de las más venenosas y de las más osadas serpientes, la pequeña coral, cayó por casualidad entre nuestras camas. Ella trató de esconderse debajo de las almohadas. El ruido la puso furiosa. Saltó sobre los que la perseguían y solo la habilidad con que los indígenas la arrojaban lejos de sí, hizo que no mordiera a nadie. Estos incidentes son

inquietantes, pero muy comunes; de allí que yo los mencione raras veces en este diario y en el de Río Negro. Aquí se conocen tan bien los antídotos, y la naturaleza es tan rica en ellos, que en total, muy pocos hombres mueren por mordedura de una culebra, solo aquellos que no saben utilizar con suficiente rapidez el remedio. Por ejemplo, en el Chocó (la región más húmeda, más caliente y por lo tanto más rica en culebras), han sido encontrados frecuentemente en el camino, viajeros, indios y negros, muertos por estas mordeduras; con frecuencia encontraron también hombre y culebra muertos, pues aquel se había defendido ya moribundo. La mayoría de las picaduras de culebra, especialmente las del pecho (cuando la serpiente cae de un árbol), hace perder el conocimiento, y la culebra se dispone entonces a matar a su enemigo.

De Mompós hacia arriba, el paisaje que se disfruta desde el río es más variado, más verde y agradable. Las riberas son menos altas en largos trechos y el panorama está entonces menos restringido. La región está construida a la manera de las colonias españolas, bastante cultivada en comparación con el Orinoco. Se ven muchísimas casas y plantaciones aisladas junto a la ribera. La vegetación aumenta a cada paso a partir del 9. grado de latitud. Desde Munchiques hacia arriba es realmente muy bello. El río forma apacibles islas, cubiertas unas veces con altos y espesos árboles de grueso follaje cual bosque flotante, otras veces coronadas de aislados sauces de tiernas hojas, brindando una pradera de juncos. Estas islas de Sauces son en verdad, de una gran belleza y una ventaja del río Magdalena, pues esta especie arbórea, este Salix, falta en el Orinoco y Rionegro. Este sauce tiene ramas que cuelgan casi como Salix babilonica, pero solo las ramas jóvenes, no las más viejas, están inclinadas. Su hoja es siempre delgada y de verde más claro y delicado. Están diseminados en pequeños grupos, no muy apretados sobre llanos húmedos ricos en cañas; casi nunca tienen más de 12

a 15 pies de altura y contrastan agradablemente frente a la ribera de bosque denso. Estos bosques tienen un carácter grandioso, solemne y severo, por la fastuosidad y cantidad de vegetación, por la dimensión del gigantesco Bombax, Anacardio caracolí, Ficus indica... Este carácter es, en general propio de las regiones cercanas al Ecuador, desde 0° hasta 9° de latitud. La legión de plantas trepadoras, las grandes hojas poco complicadas de las heliconias, cañagria, que cubren el suelo, llenan, por decirlo así, todos los espacios intermedios. A los animales más grandes les falta espacio para moverse, pues las plantas lo llenan todo. En Casiquiare los tigres aúllan desde los árboles. Esta es la casa de los animales de la clase de los monos y de las aves que viven eternamente sobre los árboles y no conocen el suelo en que éstos están arraigados. Allí donde la materia orgánica encuentra un espacio allí se extiende (Goethe, Metamorfosis) y estimulada continuamente por la luz solar y el calor húmedo, solo condiciones internas (fruto y flor), ponen término a esta expansión orgánica. Pero precisamente esta visión de plenitud, este gigantismo de las formas, esta falta de lugares claros, esta medrosa oscuridad impenetrable que causa aquellos techos de follaje, trae al espíritu serias y escalofriantes emociones. A esta región del trópico le falta el amable carácter de nuestras praderas alemanas, de nuestras campiñas nórdicas. Nosotros anhelamos casi un curso de ideas más ligero, una naturaleza menos grandiosa, menos solemne y menos rica. De allí la bienhechora impresión que hace a nuestro ánimo una isla de sauces, una ribera llena de arbustos de mimosa pequeños y de hojas delicadas, una pradera de hierba cubierta de palmos y tamarindos aislados. Sobre todo los sauces, una forma nativa tan fielmente repetida como si fueran sauces de la ribera del Oder o del Sena. La naturaleza que dio a los hombres un espíritu inquieto y una fiebre intermitente de emigrar sin descanso de una zona a otra, la naturaleza ha mezclado la forma de las plantas tan amorosamente, que en cada región, una hoja, una flor, un fruto, recuerdan al extranjero su

*lejana patria. Qué agradable es esta remembranza, con cuánto gusto escucha el hombre cada voz de la naturaleza, se reconoce incluso en los nombres que los agricultores del norte han dado en todo el sur a los productos desconocidos para ellos. Los europeos han encontrado en todas partes ciruelas, cerezas, aceitunas, manzanas... El más lejano parecido de las plantas del trópico con las plantas de la patria ha sido captado por ellos. El danés ve en todas partes abedules, abetos, sauces, y robles; el español olivos y algarrobos (*Ceratonia siliqua*); a cada uno se le aparece en todas partes el cuadro de su patria ante los ojos. Para llenar la fantasía con sueños agradables, el recién llegado da el nombre de su ciudad natal al nuevo lugar de su residencia. Ríos, lagos y montañas, todo el ambiente es saludado con nombres de la patria. Cada colina de Cataluña y de Vizcaya, cada vega de Andalucía tiene su nombre hermano en ambas Indias. Así los vástagos de aquellos pueblos, que una vez asombraron al mundo con sus descubrimientos, españoles y portugueses, tienen la ventaja de encontrar en ambas Indias no solo su idioma y conciudadanos, sino también recuerdos de los productos y de las relaciones locales de su patria.*

Y se queja Humboldt:

La dificultad de la navegación por el río Magdalena se debe a 1) la falta de agua del dique de Mahates, 2) falta de recursos arriba de Badillo, donde no hay hombres en 80 leguas a pesar de que podrían fundarse pueblos fácilmente, 3) la incomodidad de los champanes que fueron imitados a los indios, cajas cuadradas con 2 puntas que prestan una desmesurada resistencia al agua. Botes en forma redondeada, navegan más rápido, aunque comúnmente les adjudican una tripulación menor, 4) la demora en la angostura de Carare. Yo propuse mejorarla por un canal subterráneo (socavón). Ver mi plano del río Magdalena en el cual está exactamente

detallado el proyecto. El Virrey Don Pedro Mendinueta demostró interés por su ejecución. La Secretada del Virreinato y D. Mutis conservaron copia del plan.

Antes de llegar a Santafé, Humboldt es recibido por una comitiva de notables, entre la que se cuentan el marqués de San Jorge y Jorge Tadeo Lozano. Con el sabio viene su acompañante de todas las horas, el señor Bonpland y Luis Rieux y su hijo del mismo nombre, gracias a cuya pericia quedaron los registros gráficos de todas las impresiones botánicas y sociológicas del barón por el río Magdalena, desde cuando pintaron los volcanes de lodo de Turbaco. Así aparece en su diario:

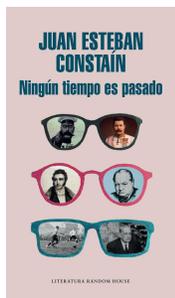
En Santa Fé, la expectativa por nuestra llegada fue singularmente excitada. Yo había escrito desde Turbaco al famoso Mutis que el solo deseo de verle y de admirar su obra me habían movido a preferir el camino por Popayán al inmensamente más corto por Panamá y Guayaquil. Este sacrificio (y en realidad a causa del río Magdalena, no fue pequeño) movió al Señor Mutis y a sus amigos a movilizar todo para proporcionarnos un recibimiento honroso. Habían situado botes a todo lo largo de todo el camino a partir de Guaduas, para conocer el día de nuestra llegada. La fiebre de Bonpland y nuestra permanencia en Guaduas hicieron que Don Pedro Groot y sus amigos nos esperaran durante 10 días en Facatativá. En Fontibón encontramos un recibimiento esplendoroso. Se había reunido lo más distinguido de la ciudad para darnos la bienvenida según la costumbre española, el asesor del Virrey, el Secretario del Arzobispo, el Rector del Colegio del Rosario, el marqués de San Jorge, Don José María Lozano (educado en España como su hermano Don Jorge, inteligente, muy instruido, especialmente lo último, en Química antiflogística, alumno de Proust)... Cerca de Fontibón admiramos las avenidas de árbol loco muy común aquí,

una Polymnea de 20 pies de altura, hueca por dentro, de tal manera que un adolescente rompe el árbol con una mano, la bella Vallea stipularis, junto a los caminos la borrachera o Datura de flores grandes.

Ya en Bogotá, como lo cuenta Jorge Arias de Greiff en su texto *El encuentro de Humboldt con la ciencia en la España americana: transferencias en dos sentidos*, Humboldt pudo decantar mejor sus impresiones sobre la geografía y la vida neogranadinas, pero también ahondó en su reconocimiento a la pericia científica de las “dos Españas”: la de allá y la de acá, la de Europa y la de América. Bastaría recordar su impresión de cuando vio en Cartagena a la expedición de Fidalgo, que le hizo pensar que se trataba de una de las más grandes proezas científicas de su tiempo. Según Santiago Díaz Piedrahita en su texto *La botánica y el viaje de Humboldt y Bonpland*, “gracias al ascenso de los Andes, Humboldt comprendió lo que en apariencia nadie había comprendido; la organización de los seres vivos respondía, en buena medida, al clima, y algo aún más importante: ese clima, en las zonas equinociales, estaba condicionado por la altitud”. La estancia del barón en Santafé fue provechosa y plácida, en parte gracias a las atenciones de Mutis. Humboldt esperaba encontrarse con un difícil y huraño personaje, y en cambio dio con una especie de Bougainville gaditano aclimatado como nadie al trópico. Bueno, un Bougainville matizado, al que se le parecía por lo menos en la edad y los achaques y la ausencia casi total y notable de dientes. Los pocos días previstos en la capital del Virreinato se volvieron meses —también por las fiebres del pobre Bonpland—, meses que incluyeron visitas a las salinas de Zipaquirá, al salto del Tequendama, a Guatavita. De Santafé emprendieron los viajeros su camino hacia Quito, yendo por Melgar y el Espinal. Llegaron a Popayán, donde el padre de Caldas les mostró las observaciones de su hijo —que estaba en Quito él mismo, pero listo para salir a Ibarra a recibir al barón— y los dos europeos quedaron

maravillados: cómo era posible que en semejante aislamiento alguien fuera capaz de producir ciencia a ese nivel.

Y así podrían leerse las observaciones de Alexander von Humboldt: como un estupendo relato de aventuras, más allá de sus observaciones sobre volcanes y costumbres, sobre plantas y animales y rocas; como una pieza literaria en la que la naturaleza va destejiendo un cuento prodigioso: el de la América todavía por descubrir, dormida entre sus ríos y sus árboles, enrevesada como un laberinto. Y a cada paso de este sabio alemán que alguien llamó acertadamente “el nuevo Colón” se van sembrando, o asentando, las ideas de la Ilustración que a la vuelta de unos pocos años llenarían las cabezas de quienes saltaron de los herbarios y de la escolástica, sin mucho beneficio de inventario, a la Revolución; de las quinas a la Independencia. Pero nada de eso habría sido posible —ni la república, ni la libertad— sin el ejemplo de este insaciable viajero prusiano (;nadie sabe para quién trabaja!) que cumplió el sueño de recorrer el mundo. El sueño de la libertad.



Ningún tiempo es pasado reúne varios ensayos y columnas de Juan Esteban Constaín sobre temas tan diversos como la Primera Guerra mundial, el Día D, el asesinato de Rafael Uribe Uribe, la batalla de Waterloo, el viaje de Humboldt a Colombia, la vida cultural del Café Windsor, la locura de Syd Barrett (el mítico fundador de Pink Floyd) y la notable obra crítica de Hernando Téllez. Historia de Colombia y del mundo, cercana y remota; poetas, novelistas, intelectuales; música, fútbol, cine, ciudades..., en fin, un variopinto compendio sembrado de anécdotas y datos asombrosos y de reflexiones inteligentes y ponderadas, en el estilo tan único, y tan grato, de su autor.

“Popayanejo europeo, rockero medieval, políglota futbolístico: los textos de Constaín siempre guardan sorpresas deliciosas”.

Daniel Samper Pizano

JUAN ESTEBAN CONSTAÍN

Nació en Popayán en 1979. *Los mártires* es su primer libro, publicado en 2004. Después vendrían *El naufragio del Imperio* (2007), *¡Calcio!* (2010, Premio Espartaco de Novela Histórica en la Semana Negra de Gijón; publicado en Italia por Marco Tropea y en Polonia por Rebis) y *El hombre que no fue Jueves* (2014, Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana, Eafit; publicado en Italia por Fazi). Es columnista del periódico *El Tiempo*. Tiene tres hijas: María, Manuela y Miranda.

Título: *Ningún tiempo es pasado*

Primera edición: agosto de 2018

© 2018, Juan Esteban Constaín

c/o Guillermo Schavelzon & Asoc., Agencia Literaria

www.schavelzon.com

© 2018, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.

Cra 5A No 34A – 09, Bogotá – Colombia.

PBX: (57-1) 743-0700

www.megustaleer.com.co

Fotografías de cubierta en orden descendente:

1. Póster de reclutamiento de la Primera Guerra Mundial, Kitchener. Alfred Leete.

<https://en.wikipedia.org/wiki/File:Kitchener-leete.jpg>

2. Retrato del archiduque Francisco Fernando, emperador de Austria.

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:HGM_Wilhelm_Vita_Portr%C3%A4t_Franz_Fei](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:HGM_Wilhelm_Vita_Portr%C3%A4t_Franz_Ferdinand.jpg)

3. Retrato de Joaquín Mosquera, G. Pierre Grevedon.

https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Joaqu%C3%ADn_Mosquera_lithograph.jpg

4. Sir Winston Churchill.

© Gettyimages.com

5. Foto antigua de partido de fútbol.

© Gettyimages.com

6. Retrato de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, Davide Mauro.

https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Tomasi_di_Lampedusa_foto.jpg

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-958-54-5840-6

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Ningún tiempo es pasado

Dedicatoria

Introducción

Crónicas de la Gran Guerra

La guerra en que nació el mundo en que vivimos

Un fogonazo en Sarajevo

Las armas y las letras

La tregua de Navidad

Los colombianos en la Gran Guerra

Otras cosas, otras guerras

El colombiano que fue rey (o casi)

La novela inconclusa de Louis Aury

El fin de “la Britannica”

El Día D

Cien años atrás: el primer siglo de la Revolución rusa

Setenta años del fin de la guerra

Waterloo: una batalla que no se rinde

El quinto centenario de la modernidad

Un asesinato en Bogotá

Ciento diez años de una tragicomedia

El plebiscito del 57

En río revuelto

El Café Windsor y “Los Nuevos”: De la bohemia bogotana a la República Liberal

De fina coquetería

Una romería

Yo vi en bola a Teresa Gutiérrez

El concierto más grande de todos los tiempos

Un acto de fe

La tragedia de Europa

Manes

Cien años de soledad

La muerte del almirante

Las huellas del Gatopardo

Elogio de Hernando Téllez

El triunfo de tantas derrotas

A lapse of reason: el oscuro destino de Syd Barrett

Humboldt en Colombia

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos